

Harlequin Romance

El precio del paraíso

JANE ARBOR

EL PRECIO DEL PARAISO

Bianca Nº 84

¿Su amor se había muerto con su matrimonio?

Fern se había negado a recorrer los sitios más remotos del mundo con su errante marido, que era un ejecutivo del negocio del petróleo, Grant Wilder. Así que se separaron. No lo había visto en casi tres años, hasta que su padre la llevó un día, mediante engaños, a la feria de Maracca, una isla en el Océano Índico, donde Grant estaba instalado ahora. ¿Qué había esperado conseguir su padre? ¡Sabía tan bien como Fern que su relación con Grant estaba en un callejón sin salida!

Título Original: *The price of paradise*

Colección: Bianca
UUID: a3f9b499-5bdf-4746-bc6d-398b3561b4eb
Generado con: QualityEbook v0.84

Capítulo 1

—¡No es posible que hables en serio! —la exclamación de incredulidad la acompañó con un movimiento de cabeza que agitó su cabello de color maíz. Después, volvió a mirar fijamente a su padre, rogando en su interior que estuviera bromeando. Pero, al parecer, él hablaba con seriedad.

—Todo lo contrario; no bromeo, y sabía que no te daría ninguna alegría saberlo —respondió el señor muy serio. Sir Manfred Stirling era un hombre bien parecido y lucía una pequeña barba.

—¿Darme alegría? —gimió con aire desvalido—. Supongo que también pensaste que reaccionaría con rabia por haberme tomado el pelo como a una tonta para hacerme caer en la ratonera.

—¡No utilices ese lenguaje conmigo!

—Dijiste que me traías de vacaciones a una isla tropical paradisíaca —dijo la joven respirando agitadamente—, me animaste a que te acompañara justo cuando reanudaba mi vida en Londres; me engatusaste con que haríamos el viaje en el yate de la compañía, en vez de ir en avión; y ahora faltando media hora para atracar, me avisas de que Grant está aquí y que lo sabías desde el principio. Lo planeaste así. Estoy segura de que los dos os habéis confabulado. Grant sabe que me has traído y los dos os queréis reír de mí. Si para ti no es un abuso de confianza y una treta indigna, entonces, ¿qué es? ¿Cómo lo catalogas y cómo lo hace él?

—No niego que lo planeé —respondió su padre después de un momento de silencio—. De no ser así no estaríamos aquí. Y, si no recuerdo mal, al final no tuve que obligarte a hacer el viaje. Eres mayor de edad y estás casada…

—¡Ya no!

—Tuvisteis una disputa personal que no tiene ningún valor legal —replicó sir Manfred, encogiéndose de hombros—. Como decía, te podías haber negado a hacer el viaje, pero te recuerdo que no tuve que usar la fuerza para que subieses a bordo.

—Eso fue porque conseguiste convencerme de que no debía dejar pasar la oportunidad de conocer Maracca, ya que sería una experiencia inolvidable, poco usual, llena de colorido. Me dejé engañar. ¡Qué forma de dorar la píldora! ¡Tú y Grant urdisteis el plan para castigarme y hacer que entrara en razón, y creíste haberlo conseguido cuando me convenciste de que sería maravilloso que conociera la isla!

Sir Manfred se limitó a asentir por toda respuesta mientras miraba por la ventanilla del camarote. A su pesar, Fern siguió con los ojos la mirada que dirigía su padre hacia el azulado y perezoso mar que lamía las blancas paredes del muelle, y que rompía en olas coronadas de espuma sobre las estrechas franjas de arena, bordeadas de palmeras. Al levantar la mirada, vio el verdor de las alturas de las diferentes lomas y colinas, salpicadas de color, que constituían gran parte de la isla Maracca, una de las joyas más hermosas del océano índico, situada a una distancia de unos mil seiscientos kilómetros.

—Para alguien que goza de todos sus sentidos, debería sobrar la labor de convencimiento —pensó en voz alta sir Manfred.

—Bueno —murmuró ella, enfadada—. Por lo que veo, no exagerabas y he de admitir que el viaje ha sido agradable, pero eso no justifica que tú y Grant os hayáis valido de eso para tentarme y no decirme la verdad hasta que ya es demasiado tarde para echarme atrás.

—Fue indispensable hacerlo —dijo su padre, poniendo otro cubo de hielo en su vaso de whisky, al que dio un sorbo—. Debo decirte que, aunque pienses que fue un acto desleal, Grant no tiene nada que ver en ello.

—¡Dices que está aquí! Y, además, no has dejado de comunicarte por radioteléfono con la oficina de Opal —exclamó Fern.

—No hablé con Grant, sino con Austin Logan, el actual director, al que trasladaremos a otro sitio para que Grant se haga cargo de las instalaciones marítimas. Grant tiene mucha más experiencia que Logan —sir Manfred hizo una pausa—. Debo añadir que adquirió esa experiencia en varias instalaciones petrolíferas de distintos puntos del mundo. Destruíste tu matrimonio al negarte a acompañarle.

—Grant pretendía que compartiera con él los míseros alojamientos en que, a veces, se veía obligado a vivir cuando la compañía Opal le

trasladaba —replicó a la acusadora afirmación que acababa de hacer su padre.

—Cuando te casaste con él, no ignorabas que, como ejecutivo de nuestra empresa, tendría que viajar constantemente. Si le hubieras amado…

—Le amaba, yo… —titubeó y se mordió el labio—. De todos modos, él sabía cuánto deseaba yo quedarme en Londres, donde viven todos mis amigos, y no comprendo por qué no pudiste darle un puesto en las oficinas centrales de Londres. Pudimos haber vivido en una casa del centro o en el peor de los casos, en algún sitio como Richmond o Heath.

—Querida, si no quisiste darte cuenta de lo que te esperaba como esposa de Grant Wilder, no fue por no habértelo dicho. Te lo dije y estoy seguro que él también lo hizo. ¡Pero tú no hiciste caso y, por eso, a la mínima complicación que tuviste durante aquel invierno en Canadá…!

—¡Canadá fue terrible! —exclamó Fern, estremeciéndose.

—Claro, te molestó lo responsable que es Grant en el cumplimiento de su trabajo. Y, como ya te he dicho, te convertiste en la pobre chica rica obligada a vivir como una gitana. Abandonaste a tu esposo y volviste al lado de papá. Supongo que la culpa la tengo yo por haberte mimado siempre.

—No fui yo la que abandoné a Grant. Él me dejó… para irse al Golfo Pérsico o a otro sitio del Oriente Medio.

—Olvidemos los detalles y digamos que tú te fuiste. Pero el otro día y sin querer precipitarme demasiado, al tener en cuenta la cantidad de tonterías que habías cometido con tu grupo de alocados amigos… decidí que ya era hora de que os volvierais a ver. Así que soy el único culpable de esto.

—¡No eres el Todopoderoso! —le dijo en tono desafiante.

—No es mi intención serlo, simplemente soy el padre de una hija testaruda que no quiere convertirse en mujer. Es mi deber evitar que siga huyendo —sir Manfred vació su copa y, acercándose a Fern, le puso un brazo sobre los hombros—. Le he pedido a Grant que suba a bordo esta tarde para tomarnos una copa juntos.

—¿Sin decirle que estoy aquí? —preguntó ella, apartándose bruscamente—. ¿Qué esperas conseguir? ¿Que después de lanzar una exclamación de sorpresa me abra los brazos y yo caiga en ellos? Cae el telón…música suave… final feliz. ¿Después de tres años de separación? ¡Debes estar bromeando!

—Teniendo en cuenta cómo trataste a Grant, es posible que te abofetee y no le culparía por ello —repuso sir Manfred—. No soy tonto como para pensar que, al veros, vaya a ocurrir un milagro. Me sentiré satisfecho de haber hecho lo que me correspondía; pero te advierto que desde el momento en que os veáis, Grant y tú os las arreglaréis solos. Me lavaré las manos y no os brindaré ayuda, pero tampoco os frenaré —se acercó a la joven, le dio un tierno beso en la frente y luego se dirigió hacia la puerta—. Tres años desperdiciados, de ninguna manera constituyen una vida de porfiadas locuras. Aún tienes mucho tiempo por delante, de modo que mantente calmada, señora de Grant Wilder, y acicálate para esta noche.

Al quedarse sola, Fern apoyó el rostro en el cristal, entibiado por los rayos del sol, de la ventanilla que daba a la cubierta de proa del Calypso. Sentía que su padre la juzgaba mal y tuvo que contener unas lágrimas de frustración. No lloraría ni en secreto, aunque temía la severa prueba que la esperaba. Bastante lloró al principio, cuando Grant la humilló en lo más profundo de su ser, al rechazarla con repulsión antes de marcharse de Inglaterra para cumplir una misión. Ni siquiera la llamó para despedirse.

«Digamos que tú te fuiste», había dicho su padre con respecto a la ruptura que separó a los jóvenes esposos. Era lo único que él sabía, porque Fern no se había atrevido a contarle los detalles. Había tenido que proteger su orgullo y defender a Grant porque la verdad era que su amor nunca se había extinguido del todo. Durante bastante tiempo, anheló poder recuperar a su esposo, a pesar de que recordaba la última escena violenta que había habido entre ellos y que la hizo comprender que Grant nunca la había amado y que no estaba dispuesto a ser indulgente con ella.

Se habían conocido en una fiesta e inmediatamente se sintieron atraídos. Los dos hicieron lo posible por volver a verse. No tardaron en comprenderse y amarse e iniciaron una relación que Fern creyó maravillosa.

Ella sabía que Grant se sentía orgulloso de haber ascendido, a base de trabajo y esfuerzo, en la compañía Opal. El padre de Fern, director de la misma, había ascendido de igual manera. Grant era ambicioso y no quería aplazar sus aspiraciones para el futuro; pero ella, equivocadamente, creyó que él se conformaría con realizar un trabajo administrativo y directivo, encerrado en un despacho. No se le ocurrió pensar que sir Manfred estaba cerca de los setenta años y que Grant,

que amaba vivir al aire libre, sólo tenía treinta y tres.

Grant también conoció los antecedentes de Fern. Infancia rodeada de lujos, internado en Suiza, lecciones de equitación, clases de baile, escuela de preparación para la vida social; todo ello concebido para que a los diecinueve años fuese el ejemplo a seguir de casi todas las chicas de su misma edad y nivel social. Tomó clases de arte, fue profesora de francés de los hijos pequeños de sus amigos sin cobrar honorarios y quedó huérfana de madre en aquella época. Se vio obligada a cumplir con la tarea de administrar la casa, cosa que no le resultó nada difícil puesto que contaba con un personal adiestrado y leal que les servía desde hacía tiempo.

Fern disfrutó los días y bailó por las noches, segura de que el futuro le depararía un esposo con el cual formaría un hogar en un barrio elegante de la ciudad. No tenía prisa, se imaginaba una vida parecida a la de Joan, Anne y Cecily, en la que disfrutaría de un matrimonio bien avenido, feliz para siempre.

Grant apareció en su vida, como un meteoro e hizo salir a la superficie toda la sensualidad femenina que ella albergaba en su interior. Jamás se había sentido tan embrujada como ante la magia de su presencia. Pero él mismo destruyó aquel embeleso, aquella terrible y última noche…

—Ese hombre parece tener las características del granito —comentó sir Manfred cuando dio su consentimiento para la boda.

Fern tenía entonces diecinueve años y estaba muy mimada; Grant, a los treinta y tres, era duro y decidido.

—Tienen las edades adecuadas para que el matrimonio tenga éxito —comentaron las señoras durante la ceremonia, aunque, al enterarse de la separación, no tuvieron el menor reparo en recordar que habían pronosticado el fracaso.

Aquella escena… que fue la culminación de varias pequeñas disputas, hizo erupción cuando Fern le comunicó a Grant que, aunque había soportado los meses de intenso frío en Canadá, no tenía intención de asarse en el Golfo Pérsico. Lo había dicho medio en broma, pero Grant se lo tomó en serio.

—Te casaste conmigo sabiendo cuál era mi trabajo. Me acompañarás o tendremos que olvidarnos de nuestro matrimonio —le había dicho.

—¿Quieres decir que te irías sin mí? —inquirió con gesto de sorpresa, anonadada por la amenaza.

—No me queda otra alternativa si te niegas a acompañarme.

—¡La tienes! Ya hemos hablado de esto varias veces y sabes que papá te daría un puesto en las oficinas centrales si se lo pido. ¡No pretenderás separarte de mí cuando llevamos solamente seis meses de casados!

—¡Y tú no podrás convertirme en alguien que sólo vive para oprimir botones en un escritorio! Me casé contigo para cuidarte y amarte. Si te conviertes en una mujer separada, será porque tú me abandonas.

—¡No te estoy abandonando!

—No tiene sentido seguir discutiendo: te dejaré, si mantienes esa postura. ¡Por Dios, mujer! —su furia fue tan patente que Fern sintió miedo—. De haber sabido que casarme contigo significaba que me permitirías compartir tu cama algunas veces antes de despedirte, nada me hubiese impedido hacerlo con cualquier mujer y sin ataduras. Cualquier mujer me habría servido…

Fern quiso pegarle y lo habría hecho si Grant no le sujeta la mano.

—¿Cómo te atreves? —gritó a punto de llorar de rabia—: ¿Cómo te atreves a compararme con… con…?

—¿Acaso eres mejor o diferente?

—Tú debes saberlo.

La escena había tenido lugar en el dormitorio del apartamento amueblado que tenían alquilado. Antes de lo que ella consideraba como la «etapa de Canadá», había disfrutado de momentos en la cama en que charlaban y se amaban. Algunas ocasiones, habían utilizado el ancho sofá de la alcoba, que estaba al pie de la cama, para hacerse el amor. En aquel terrible momento, Grant la miró de arriba abajo, mientras ella se encogía sobre las almohadas de la cama.

—Creí que lo sabía, pero por lo visto me equivoqué —exclamó en tono amenazador.

—¡No te equivocaste! No soy cualquier mujer, soy diferente. Te amo y…

—¿Amarme? —se burló él—. Muchacha, lo único que sabes del amor es una sola cosa y no me basta. Pero si es todo lo que puedes ofrecer, más vale que me aproveche de ello, señora, y gracias por el ofrecimiento —inclinándose, la cogió en sus brazos y la arrojó encima de la cama. Fern estaba en bragas y sostén y él la inmovilizó en la cama mientras la despojaba de las prendas.

—¡No lo hagas, Grant! Estás enfadado conmigo, no es posible que quieras…

—¿Hacerte el amor? Me daré por bien pagado aunque tú no quieras.

Puesto que odias ser mi esposa, te daré motivos para que me recuerdes con odio.

—Si me obligas, ¡te odiarás a ti mismo!

—Correré el riesgo.

En vano Fern había intentado esquivar los bruscos besos que asaltaron sus labios. Grant la cogió de la barbilla para inmovilizársela mientras la aprisionaba con el cuerpo. No intentó excitarla con caricias tiernas ni con las palabras amorosas que habían acuñado juntos.

Fern no protestó y tampoco habló. En el momento en que él se disponía a poseerla no le abrazó, pero no permitió que su cuerpo disfrutara del momento. Aquella noche no aceptaría el dulce sabor del éxtasis, se mantendría indiferente a un acto sexual consumado por la fuerza. Grant la había rebajado primero con palabras y luego con una violación. Si había tenido la intención de que ella recordara aquella infame despedida, lo había logrado, porque Fern la guardó como un vergonzoso e infausto recuerdo. ¿Lo habría hecho él con ese propósito?

Comprobó llena de tristeza, que así había sido. No volvieron a hablar del viaje y, sin muchos preparativos, Grant se marchó al Golfo Pérsico como mediador de la compañía petrolífera Opal que trabajaban las concesiones dadas por las autoridades árabes, como consejero de las mismas autoridades y como aprendiz de los expertos en instalaciones marítimas. Pasó sus días libres en aquel lugar y las vacaciones bianuales las pasó primero en África, en un safari, y luego en Japón. No volvieron a encontrarse y, después de largos y desolados días y noches en que ocultaba lo mucho que le echaba de menos, Fern logró protegerse con una coraza de indiferencia. Con el tiempo, salió de su concha de cangrejo ermitaño, convirtiéndose en la vivaz dirigente de un grupo social, dispuesta a probar cualquier cosa, cuando menos una vez, sin importarle el resultado. Luego pasaba al siguiente estímulo, sin volver la vista al pasado.

Intentó apartar de su mente los recuerdos para volver a lo que le estaba sucediendo en aquellos momentos. Dos o tres horas más tarde, volvería a ver a Grant. Se encontraría bajo la mirada crítica de su padre y la mirada valorativa de Grant. Saber que también Grant había resultado engañado le dio cierta alegría. Sir Manfred le había sugerido que se arreglara bien, y eso haría. Grant se regalaría la vista. En los treinta meses de separación, Fern se había hecho más mujer y se daba más cuenta del poder femenino que poseía para sacarle partido a su físico y a su porte. De pronto, se le ocurrió preguntarse si Grant habría

cambiado y si ella quería que así hubiera sido. No supo qué contestarse.

Fue a su camarote y tardó bastante tiempo en cambiarse una vez que hubo decidido que se pondría un traje pantalón de pesada seda blanca que haría resaltar su cutis bronceado; ropa interior de crepé de china y unas sandalias de delgadas tiras entretejidas. Reanimada por el baño, que acababa de darse, se miró desnuda en el espejo del tocador y examinó lo que Grant vería cuando se encontraran.

Se levantó el cabello con los dedos y lo dejó caer de forma natural para que le enmarcara el rostro. La habían bautizado con el nombre de Fern, que en inglés quiere decir helecho, debido al raro y brillante color verde que tenían sus ojos. ¡Había sido una repentina inspiración de sus padres! En su vida la habían felicitado más por el lazo que existía entre su nombre y sus ojos, que por cualquier otra característica de sus facciones. Su nariz era delicada, tenía los pómulos salientes, una boca expresiva y un orgulloso y grácil cuello. Su piel era transparente, a pesar del bronceado, y Grant una vez la había descrito como una transparente concha de nácar. No necesitaba mucho maquillaje y sólo solía darse sombra en los párpados y un poco de color en los labios.

Era de piernas largas y caderas esbeltas. Mientras terminaba de ponerse la ropa interior se deslizó las manos de los senos a las caderas. Habría sido una hipócrita si hubiera ignorado que contaba con belleza y fortuna. ¿De qué le habían valido? Sólo había tenido un fugaz matrimonio, aunque apasionado mientras duró, corto como una luna de miel. Luego una separación obligada y momentos en que estuvo tentada a correr alguna aventura sexual que, afortunadamente, había evitado. ¿No se había dado cuenta Grant de lo que dejaba atrás? ¿Cuántas tentaciones habría resistido él teniendo en cuenta que, al ser un hombre, la sociedad le confería más libertades que a ella?

Como siempre, se esforzó para no imaginárselo en brazos de otra mujer y, como era de esperarse, estaba nerviosa cuando sir Manfred fue a buscarla para llevarla al salón principal, en donde su camarero les estaba esperando para servirles las copas que pidieran.

El Calypso ya estaba anclado en el muelle y, mientras su padre aceptaba una copa y charlaba con el camarero, Fern se acercó a la ventanilla desde donde se podían ver los muelles. El sol tropical estaba en su ocaso y el movimiento diurno había cesado. Sólo vio un grupo de cuatro marineros hindúes en animada tertulia. De pronto, llegó un enorme automóvil abierto y los hombres se pusieron de pie para abrir la puerta, con la esperanza de ganarse una propina.

—Grant —murmuró Fern, volviendo inmediatamente al lado de su padre—. Viene al volante y está acompañado.

—¡Maldición! —exclamó malhumoradamente sir Manfred—. Debía haber dicho que viniese solo. ¿Quién viene con él?

—Un hombre y una mujer.

—Déjame pensar… —sir Manfred meditó un momento y luego añadió—: Austin Logan y su esposa. Subirán a bordo con Grant y eso va a resultar embarazoso.

—Yo diría que demasiado —convino Fern apesadumbrada—. Si crees que voy a dejar que Grant y yo nos enfrentemos ante testigos, te equivocas.

—¡Él tiene que enterarse de que estás aquí!

—Pues mala suerte, ya que tendrá que esperar si quiere verme. Voy a mi camarote para cambiarme y bajar a tierra firme.

—No harás tal cosa, muchacha. ¿Crees que puedes bajar por la noche a una isla que no conoces?

—Entonces, me meteré en la cama y cerraré el camarote con llave.

—No hay tiempo. Te los encontrarás en la escalera. Deja que yo maneje la situación…

Fern tuvo que obedecer, ya que, en aquel momento, un marinero abría la puerta para dejar pasar a Grant y a una pareja que Fern no conocía. Su padre dio un paso adelante, con los brazos extendidos y la ocultó un poco.

—Logan, señora Logan —dijo sir Manfred— no tengo el gusto de conocerla, ¿verdad? Bienvenidos al Calypso, el yate de la compañía. Y Wilder… Grant, muchacho, mira quién ha venido conmigo a pasar unas vacaciones en Maracca.

El fingido tono alegre desapareció y durante un momento pareció que los cinco formaban un cuadro pintado. Luego, Grant dio un paso adelante y ofreciéndole la mano a Fern, le dijo con un tono lleno de cortesía:

—¡Fern Stirling, vaya sorpresa! —le soltó la mano y se dirigió a sus compañeros—. La señorita Stirling, hija de sir Manfred, la señora Logan —las presentó mientras desafiaba con la mirada a su suegro, que estaba francamente anonadado.

Los ojos de Fern y los de Grant se encontraron durante aquel breve silencio y los dos aprovecharon para sondearse. Para Fern, el tiempo volvió al pasado, al instante en que vio por primera vez a aquel duro y bronceado hombre, a cuando comprendió que, si la suerte le sonreía, su

futuro estaría al lado de él. Su expresivo rostro, enmarcado por la mata de cabello castaño, no había cambiado, tampoco su cuerpo, cuya virilidad ella llegó a conocer en la intimidad durante el poco tiempo que duró su matrimonio. Era Grant, su esposo, y estaba al alcance de su mano…

Pero sus ojos verdes no pudieron sostener la acerada mirada de aquellos ojos grises. ¡La había presentado con su nombre de soltera como si ya no fuese su esposa! ¿Qué había querido dar a entender con ello? ¿Cómo se atrevía a humillarla de aquella manera? Miró a su padre, pensando que no permitiría que Grant saliera impune después de aquel insulto. De pronto, le entró la terrible sospecha de que su padre sabía de antemano que Grant iba a negar el derecho que ella tenía a su apellido. No podía ser, sir Manfred no había planeado que el encuentro fuese ante otras personas. El azoramiento de su padre ante las palabras de Grant había sido auténtico. Notó que su padre le hacía una imperceptible seña con la cabeza y comprendió que le indicaba que él no comentaría nada delante de los Logan y que le pedía que tampoco lo hiciese ella. Fern hervía de furia, pero obedeció por orgullo. En realidad aceptó tomar el papel que le había adjudicado Grant por venganza. Sonriendo, le tendió la mano a la señora Logan.

—Parece que esta isla es bellísima —se volvió hacia Grant y habló con infinita dulzura—. Me atrevo a decir que te sorprende que me haya alejado de Londres, pero si no recuerdo mal, hace mucho que no nos vemos. ¿Hará unos dos años que estuviste en Inglaterra? ¿Más, menos? —se encogió de hombros—. ¡Son tantos los que entran a trabajar en Opal que una pierde la cuenta!

—Hace más de dos años, casi tres —repuso Grant, con expresión impenetrable—, excepto en las ocasiones que fui a presentar un informe o a recibir instrucciones verbales.

—Ah, sí —asintió Fern sin darle importancia—. Creo que se habló de que fuiste, pero sólo durante una noche y sin tiempo para visitar a los amigos. ¡Qué devoción al deber! —se volvió de nuevo hacia los Logan —. Cuando se fue… creo que al Golfo Pérsico, no pensamos que desaparecería del todo. Nos dejó intrigados y nos preguntamos si le había impulsado la ambición o ¡si el rechazo de una chica le había hecho alejarse para tratar de olvidar!

Se sintió recompensada al ver la expresión sombría de Grant. ¡Su golpe había sido certero, había dado en el blanco! Sin embargo, él no tomó represalias y se limitó a indicarle a sir Manfred la bebida que le gustaría tomar. Los Logan hicieron lo mismo y sir Manfred, con una

pasmosa facilidad, llevó la conversación a temas de negocios, del viaje en el Calypso y de los planes que tenía para su estancia. Recalcó que Fern había ido para descansar.

La señora Logan, una mujer alta y reservada, de cutis curtido por la intemperie y de ojos un tanto fríos, le prometió a Fern presentarle a algunas personas de la comunidad europea.

—Descubrirás que no somos más que el pobre relleno del emparedado de malayos, hindúes e isleños.

Su esposo aprobó el comentario, pero Grant lo rechazó.

—Debemos tener en cuenta que el emparedado estaba aquí antes de nuestra llegada.

—Emparedado o relleno, nos necesitamos mutuamente y no será culpa de la empresa más reciente de Opal, con Grant a la cabeza, si no nos llevamos bien —intervino sir Manfred.

—Es preciso que así sea —murmuró la señora Logan, después de mirar a Grant y luego a su esposo.

Un sexto sentido le hizo ver a Fern que aquella mujer era enemiga de Grant. ¿Por qué? La intrigó darse cuenta de que tomaba partido por Grant en contra de aquella agriada mujer.

—¿Se alojará en el barco, señor? —preguntó Austin Logan a sir Manfred.

—Creo que sí. Fern y yo estamos a gusto en nuestros camarotes; hay sitio en el salón para recibir visitas y… —sir Manfred sonrió—. Puesto que me he adueñado del yate para unas seis semanas, nuestros accionistas esperan que lo utilice como hotel. Antes de que se vayan, se lo enseñaré, ¡es toda una belleza!

Poco tiempo después, cuando los Logan insinuaron que era hora de marcharse, Fern aprovechó el momento para irse a descansar. Rechazó otra copa y les rogó que la perdonaran. Pretextó estar cansada después de una travesía de veinticuatro horas desde la isla Mauricio.

—¿No vas a cenar? —preguntó su padre.

—No tengo hambre, pero si me apetece algo, pediré que me lo lleven al camarote.

Su padre no insistió y Fern se lo agradeció. Seguramente comprendía que quería alejarse de Grant y lo aceptaba. Cuando iba a salir, Grant le abrió la puerta.

—Buenas noches, señorita Stirling —murmuró, pero ella no respondió y salió rápidamente.

Ya en el camarote, se dejó caer en la cama y apoyó la cabeza en la

almohada. Dejó que sus pensamientos atacaran encarnizadamente a sir Manfred y Grant.

¡Qué plan tan estúpido el de su padre! ¡Tratar de presentarla ante Grant como si fuese un conejito que saliera del sombrero de un mago! Pues bien, el tiro le había salido por la culata y Fern no se sentía triste porque su padre se sintiese tan herido como ella. Grant les había vencido en aquel juego desde el momento en que la había visto.

Había sido una instintiva reacción de desprecio por ella. No titubeó y se limitó a decir: «¡Fern Stirling, vaya sorpresa!» Con eso la había colocado, públicamente, en el sitio que creía que le correspondía, alejada de su vida, dando a entender que no la necesitaba ni pensaba en ella.

Fern había hecho lo posible para corresponderle con la misma moneda y, durante un momento, creyó haberlo logrado. Pero él había asestado el segundo golpe cuando le había abierto la puerta y había repetido su apellido de soltera. Había hablado con tanta naturalidad que los Logan no habían sospechado nada. ¿Se haría pasar por soltero en Maracca? De ser así, ¿qué era ella?

Era casi seguro que se iría con los Logan. Luego, su padre iría a verla. Se quitó el traje y la ropa interior y se dirigió al baño con un transparente camisón en las manos. La cama estaba dispuesta y el mosquitero extendido. Se acostó y se cubrió con la sábana. Decidió no pedir comida. Estaba demasiado tensa para leer y esperó a sir Manfred. Había debido quedarse dormida porque la despertó una llamada a la puerta. El reloj luminoso de la mesita de noche le indicó que eran las diez de la noche.

—¿Eres tú, papá? —preguntó con voz adormilada—. Espera un minuto… —se destapó y antes de que sus pies tocaran el suelo oyó decir:

—No, soy yo, Grant. ¿Te acuerdas de mí?

—Vete —le ordenó bien despierta y con el corazón desbocado—. Estoy en la cama y no deseo que me molesten.

—Eso dice la tarjeta que hay en tu puerta, pero las circunstancias no son normales —respondió él después de un momento de silencio.

—Yo no he elegido las circunstancias, fuiste tú —replicó ofendida.

—Estás equivocada. Sabes que me las impuso tu padre.

—Entonces, habla con él y déjame en paz.

—Ya lo he hecho y vengo a hablar contigo. ¿Quieres que busque al camarero para que me abra, rompo la cerradura o me abres tú? Elige.

Fern no tenía alternativa y Grant lo sabía. Bajó de la cama, se acercó a la puerta e hizo girar la llave. Grant y ella se quedaron mirándose fijamente en el umbral. Él tenía la ventaja de haberse salido con la suya; ella estaba en desventaja por estar descalza, apenas vestida y sintiéndose con poca dignidad por haber tenido que ceder a las exigencias de Grant. Él entró y cerró la puerta.

—Métete en la cama o ponte algo menos transparente. Vine a aclarar nuestra situación. Mi programa para esta noche no incluye la seducción.

Capítulo 2

—NI el mío dejarme seducir por ti —respondió Fern dándose la vuelta para ponerse las zapatillas e ir por una bata al armario. Mientras se anudaba el cinturón observó a Grant con los párpados entrecerrados. ¿Sentiría él los mismos estremecimientos de emoción y expectativa que la sacudían a ella? Grant se sentó en la única silla del camarote—. ¿Cómo has podido hablar con papá en presencia de esa gente? —preguntó Fern, sentada también, pero en la cama.

—No lo he hecho. Les he llevado a su casa y he vuelto porque he aceptado la invitación a cenar que me hizo tu padre.

—¡Qué raro que hayas tenido agallas para hacerlo!

—Más bien fue una orden y no una invitación y como ya había bebido su whisky, no me pareció mayor crimen compartir el pan con él.

—¡Debió decirme que cenaríais juntos!

—Tu padre es un hombre justo y aboga por concederle audiencia al culpable; es algo que tú nunca harías —Grant hizo una pausa—. Desde luego, se mostró partidario de tu causa, pero entre la sopa y el café y, al fumarse el último puro, admitió que mi comportamiento había tenido su justificación.

—¿Justificación? ¿Para repudiarme como lo hiciste? —protestó.

—Justificación para recobrar mi estado de soltería desde que me dejaste.

—Cuando tú me dejaste a mí —insistió—. ¿Eso significa que desde que te fuiste has hecho creer a la gente que eres soltero?

—Así no he tenido que explicar tu ausencia y además la soltería me proporciona ciertas ventajas, según he comprobado.

—Ya me lo imagino —replicó ella en tono burlón—. ¡Aventuras

amorosas que lamentaste no haber corrido después de nuestro matrimonio! Dijiste que podrías tomar a cualquier mujer sin tener que cargar con la responsabilidad, y el papel de soltero ha debido presentarte muchas oportunidades.

—Tu buena memoria no te permite sosiego, querida. Pero, aunque me halagaría saber que he podido ponerte celosa, dudo que hayas perdido el sueño al atormentarte pensando en las diversiones a las que yo estaría entregado.

—Tienes toda la razón —mintió.

—Es lógico. Tres años es mucho tiempo y, según el padre de la mujer que se separó de mí, ella no lamentó durante mucho tiempo la pérdida. Se dedicó de lleno a cometer tonterías: fiestas en Maidenhead, a las cuales tuvo que acudir la policía en más de una ocasión; alquiler de un local en el mercado de antigüedades que perdió tres veces el valor de lo que vendían en él; una riña que provocaste en una de las salas de fiestas de moda. Según el jefe, la lista es interminable y los periodistas hicieron su agosto al escribir acerca de cómo se divertía el ratón en ausencia del gato, o sea la heredera de Opal sin marido. No, no creo que nuestra separación te haya roto el corazón —terminó con severidad.

—Por lo menos no negué que tenía marido; no ignoré tu existencia como lo hiciste tú conmigo —replicó airadamente—. Tuve que soportar los sarcásticos comentarios de la sociedad en tanto que tú te hallabas lejos, haciéndole creer a todas tus mujerzuelas que eras soltero. ¿Qué esperabas que hiciera? Volví a casa sin que me necesitara nadie; no me dejaste hogar que cuidar. Y has de saber que no malgasté todo el tiempo porque estuve enseñando francés a un grupo de chiquillos. ¿Qué tiene de malo que buscara un poco de diversión dentro de mi círculo de amigos? —sabía que de poder, él ignoraría sus preguntas. Tomó aliento y prosiguió—: De todos modos no tenías derecho a hablar de mí con papá. ¿Se quejó él de mí?

—Es evidente que no te diste cuenta de lo preocupado que le tenías. Por eso se le ocurrió tentarte con este viaje. Esperaba que mordieras el anzuelo y, afortunadamente, lo hiciste. Tu padre, dejándose llevar por el optimismo, creyó que, al volvernos a ver, habría una reconciliación. Pero no tuvo en cuenta que durante tres años me he olvidado de que tengo esposa, ya que ella nunca se esforzó lo más mínimo en hacerme la vida agradable. Que te haya traído aquí para que pases unas vacaciones no cambiará mi postura.

—¿Quieres decir… que, aunque no hubiesen estado los Logan,

habrías negado el lazo que nos une?

—No tan expresamente, desde luego, pero ésa es la situación. Os habría convencido a tu padre y a ti de que una reconciliación no es posible si has venido a Maracca sólo para divertirte. En cuanto decidas que estás dispuesta a aceptar mis condiciones, dejaré de fingir que estoy soltero.

—¡Jamás las aceptaré si me amenazas! —exclamó.

—Jamás… En realidad, no tienes la mínima intención de regresar a mi lado, te amenace o no. Por lo tanto estamos de acuerdo, pero es preciso que sepas que, en público y mientras permanezcamos en esta isla, tendrás que olvidar que eres mi esposa.

—¿Quieres seguir con la mentira que has urdido en honor de los Logan, que soy…?

—Que todavía eres la bella Fern Stirling, buena presa para los solteros enamoradizos —terminó por ella y se puso de pie—. De eso quería hablarte y a eso he venido —se dirigió a la puerta y salió.

La desilusión envolvió dolorosamente a Fern al verle desaparecer tras la puerta. Esperó hasta después de medianoche a que su padre fuese a verla. Pero en el yate todo era silencio y tuvo que aceptar que Grant había debido convencer a su progenitor para que no se inmiscuyera en el ultimátum que le había presentado a su hija. ¿Habría optado sir Manfred por el camino de los cobardes aunque fuese temporalmente?

Pues bien, existía algo que ella podía hacer al respecto, se dijo Fern a la mañana siguiente mientras se vestía. Recordó que durante la travesía siempre había desayunado en el camarote de sir Manfred. Allí no podía escapársele, y le explicaría, sin dejar lugar a dudas, las consecuencias del golpe que había recibido de Grant. ¡Estaba decidida a hacerlo!

Pero la esperaban dos contratiempos: el primero fue que su padre no la había esperado para desayunar juntos y cuando le encontró estaba absorto examinando unos papeles que tenía encima de su escritorio; el segundo, fue que sir Manfred no levantó la cabeza de inmediato.

—Espera un momento, cariño —murmuró.

Fern estuvo a punto de explotar.

—¡Papá! ¡Parecía que no estabas aquí anoche cuando Grant me insultó! —protestó—. Le oíste y permitiste que se saliera con la suya. Luego, te pusiste de su parte durante la cena, y me imagino que faltó poco para que le dieras palmaditas de aprobación al considerar que tenía razón.

—Te equivocas —aseguró, mirándola por encima de la montura de sus lentes. Se quitó las gafas para limpiarlas—. No aprobé su proceder y quedé tan sorprendido como tú. Sin embargo, cuando me explicó por qué no había podido hacer otra cosa, estando presentes los Logan…

—¡Los Logan! Pero si a mí me aseguró que de todos modos habría confesado lo mismo, es decir que se presenta como soltero y seguirá haciéndolo, a menos…

—Continúa.

—A menos que vuelva a su lado, incondicionalmente, por supuesto.

—¿Lo harás?

—Ni aunque me amenace con una pistola —replicó ella con arrogancia—. Prefiero morir.

—No seas exagerada. ¿Quiere él que vuelvas a su lado?

—Ya que os tenéis tanta confianza, pregúntaselo a él.

—Ni pensarlo; y, si todavía le tienes afecto, deberías saberlo tú. Mientras tanto y tal como te dije, el propósito de que vinieses era conseguir que estuvieseis juntos. De ahora en adelante, me lavo las manos y quiero subrayar que mientras no te perjudique el hecho de que se haga pasar por soltero, Grant puede pasar por lo que le de la gana.

—Y su esposa por la solterona que no es, ¿verdad?

—Temo que es lo lógico, si os encontráis o tenéis que convivir con gente que no os conoce —sir Manfred giró su silla para mirarla de frente y colocó una mano sobre la rodilla de Fern—. Pero en tu caso, cariño, existe un remedio. Si estás segura de que no existen esperanzas para mi pobre plan, te lo daré. Basta con que me lo pidas.

Fern miró cariñosamente la mano de su progenitor, se la cogió y le dio un apretoncito. Sabía que él la quería y que tenía las mejores intenciones.

—¿Qué remedio propones? —preguntó.

—No hace falta que vuelvas a ver a Grant. Le pediré al capitán Lewis que lleve el Calypso a Durban y allí cogerás un avión que te lleve de vuelta a casa. ¿Estás de acuerdo?

—¿Volver a Inglaterra cuando acabamos de llegar? —preguntó la joven con gesto de sorpresa.

—Irás tú; yo necesito quedarme para llevar a cabo lo que vine a hacer. Lewis irá en mi lugar. Me quedaré en un hotel mientras el yate navega.

—¿Y me voy a tener que privar de las vacaciones que esperaba pasar aquí? No. No le tengo miedo a Grant y no huiré de él. Tendrá que

acostumbrarse a verme por estos rumbos, aunque por mi parte, haré todo lo posible por mantenerle a cierta distancia.

—¡Muy bien dicho! Me alegro de tu decisión. Pero evitar encontrarte con Grant no te va a ser tan fácil porque necesito verle a menudo y nos encontraremos con él en las reuniones sociales. Nos invitarán a los mismos sitios, ya que será el próximo jefe de Opal, y yo tendré que invitarle cuando ofrezca alguna fiesta. Si con esta nueva información cambias de opinión, no te preocupes, lo comprenderé.

—No quiero pensar más en el asunto. He venido a pasar unas vacaciones y nada las estropeará. Si Grant decide acercarse demasiado a mí, de la forma que sea, te aseguro que no me será difícil librarme de él.

—¿Tal como sucedió anoche? —inquirió sir Manfred—. Te pusiste tan colérica que me avergoncé de ti.

—Bueno, él se lo buscó. ¡No iba a permitir que creyera que me había pasado los últimos tres años suspirando por él!

—Si alguna vez pensó que había sido así, logré sacarle la idea de la cabeza.

—Lo sé. Le describiste, con todo lujo de detalles, algunos de los divertidos líos en los que me metí. ¡Sabes que ninguno de ellos fue serio! ¿De qué lado estás, papá?

Sir Manfred suspiró antes de responder.

—Fui un ingenuo al pensar que no tendría que elegir entre Grant y tú y que sólo existiría un partido.

—Ahora que sabes que son dos, ¿cuál escoges? —insistió.

—No deberías preguntarlo —dijo él, mirándola con un gesto de leve reproche—. Ponte una prenda fresca y un sombrero, el sol de Maracca es traicionero. Grant va a llevarnos al campamento de Opal, y allí hay poca o nada de sombra.

—¿Cómo es posible que los Logan no sepan que Grant es mi marido? —inquirió Fern en el umbral de la puerta.

—Se explica con facilidad. Vinieron directamente de Canadá, mucho después de que tu matrimonio fuera noticia. Austin había ido a Londres sólo para asistir a una junta y su esposa no le acompañó.

—Comprendo. ¿Y…? —se calló la pregunta que iba a hacer—. Nada —aseguró al ver que su padre enarcaba las cejas. Había estado a punto de decir que sospechaba que Grant aparentaba que estaba soltero porque quizá estuviese corriendo una aventura sentimental en la isla. No le reveló sus sospechas porque comprendió que en aquel asunto

estaba sola y que, si no se equivocaba, ella sería la única que podría ponerle dificultades para su aventura. No se mantendría alejada como había decidido inicialmente. Se alegró de su razonamiento y al pensar en la sorpresa que se iba a llevar Grant al ver que no se iba, no pudo evitar sonreír.

La zona portuaria de Port Dauphin, capital de la isla, era tan prosaica como cualquier otra; era un sitio de barracas de hierro ondulado y de bodegas. El pavimento ardía y el ambiente era sofocante, saturado con los olores de copra, azúcar, café y caucho, almacenados y listos para la exportación.

El coche abierto de Grant, bastante amplio para acomodar a otros dos pasajeros en el asiento delantero, llegó a las grandes avenidas, flanqueadas por árboles y adornadas con macizos de flores. La calle atestada de turistas, coches, mujeres morenas con jarras o bultos encima de la cabeza, hombres que empujaban carretas y niños que correteaban por doquier. El cielo parecía un tazón invertido de color azul y sólo lo adornaban unas cuantas nubes ligeras y blancas; las casas de los barrios residenciales brillaban por su blancura, que contrastaba con el colorido de sus jardines.

Más adelante, la verde y despoblada campiña se abría hacia un extremo de la isla. Allí estaba el campamento petrolífero. Sus plataformas de perforación se extendían no muy lejos de la playa y había un puertecito más pequeño que Port Dauphin para que los barcos petroleros pudiesen cargar o descargar el petróleo crudo con destino a las refinerías.

En contraste con el frondoso panorama del resto de la isla, aquella zona era fría y comercial; grúas, torres, casetas de mantenimiento y oficinas. Fern, a quien le estaba encantando la vista, sintió un deseo malvado y obstinado de criticar los dominios de Grant. Se volvió hacia su padre, pero dirigió su comentario a Grant.

—¡Qué lástima que hayas arruinado una hermosa isla como Maracca al invadir la tierra, molestar a la gente y contaminar el aire! ¡Qué osadía!

Sir Manfred miró a Grant por encima de la cabeza de Fern.

—¿Cuánto tiempo crees que los puntitos como la isla de Maracca pueden subsistir con una economía basada en aceite de coco, caña de azúcar, caucho y café, cuando tienen que quemar gran parte de esos productos al haber demasiada oferta en el mundo? —inquirió Grant.

—Hasta ahora les ha ido bastante bien.

—Sin nuestra ayuda no podrá seguir así. Al mundo le hace falta el petróleo y está dispuesto a ir a la guerra si no lo consigue. Los nativos necesitan el trabajo. Maracca tiene suerte.

—Además, no hemos invadido más que kilómetro y medio cuadrado —intercaló sir Manfred—. Con eso proporcionamos trabajo, bien remunerado, a cientos de hombres y buena educación para sus hijos. Muéstrale la instalación a Fern, mientras hablo con Logan en la oficina —le sugirió a Grant.

Grant detuvo el coche delante de un blanco edificio de un piso, junto a un prado requemado por el sol, bordeado de ixoras de color rojo. Sir Manfred bajó del coche y entró en el edificio. Grant volvió a ponerlo en marcha y, mientras se dirigía hacia la playa, empezó a describirle a la joven la disposición del campamento. Los patios de maniobras, con sus redes de líneas férreas, los cobertizos para las reparaciones, los talleres de soldar, los principales equipos de barrenado, las columnas de las plataformas, flanqueadas por delgadas chimeneas que, por la noche, emitían un continuo resplandor, parecido al fuego que, según las leyendas, arde sin cesar debajo de las calderas que el diablo tiene en el infierno.

Desde el centro del campamento partían buenas carreteras y se estaban construyendo otras. A unos cuatrocientos metros de las oficinas había algunas pistas de tenis, una piscina y las viviendas ocupadas por los miembros del personal.

—Es la zona residencial y casi todas las casitas son para los europeos casados —señaló Grant—. Existe un club para los solteros, Le Corsair, más cerca del campamento.

—¿En dónde vives? —preguntó Fern.

—En el club cuando tengo que quedarme aquí, pero tengo un pequeño apartamento en la ciudad, que utilizo en ocasiones.

—¿En qué ocasiones?

—Pon a trabajar tu imaginación. Fiestas que se alargan hasta la madrugada, averías de coche…

—¿Y salidas con mujeres?

—Te dije que usaras tu imaginación. No niego que ha llegado a suceder.

—¿Al decir la ciudad te refieres a Port Dauphin? ¿En dónde está tu apartamento?

—Es un pequeño ático del hotel Meurice. Tengo entendido que sir

Manfred te llevará al comedor del hotel para comer hoy. ¿Por qué lo preguntas?, ¿piensas visitarme sin que te invite?

—Creo que papá y yo debemos saber dónde encontrarte —respondió, haciendo caso omiso de la burla. Al observar a los niños jugando en los diminutos jardines y a sus madres entrando y saliendo de sus casas, vestidas con pantalones cortos y blusas escotadas, comentó—: Me da la impresión de una nueva ciudad, todavía sin terminar, aunque independiente, y que esto es la periferia.

—Así fue planeada —asintió Grant—. Tenemos una biblioteca creada con libros, casi todos de bolsillo, donados por particulares, un hospital, un jardín de infancia y, por supuesto, el bar del club.

—¿Y escuela?

—Sólo el parvulario. Los niños mayores, por lo general, están en internados europeos. Debo decirte que un viento casi constante nos favorece porque se lleva los humos contaminantes, que tanto criticas, hacia el mar —detuvo el coche y se volvió, a medias, poniendo un brazo sobre el respaldo del asiento—. La realidad no es tan sórdida como la habías imaginado, ¿verdad? Lástima que hayas juzgado mi trabajo pensando únicamente los rigores que sufriste en Canadá. De haber encontrado petróleo antes aquí, quizá te habría sobornado para que vinieses conmigo a Maracca. No creo que exista un folleto turístico en el que no describan el lugar como «una isla paradisíaca».

—Sigo pensando que la compañía Opal debió colocarte en Londres, donde lo tenemos todo. Hace años te dije que papá lo hubiese arreglado si me hubieras permitido que se lo pidiera. Incluso, ahora, él… —se interrumpió, temerosa de que Grant se diese cuenta de que estaba maravillada con la isla.

—Eres una manipuladora incorregible y jamás cederás —dijo Grant, esbozando una burlona sonrisa—. El precio que le pusiste a nuestro matrimonio fue que me quedara detrás de un escritorio en las oficinas centrales y sigues pensando que sólo así se volverán a reanudar nuestras relaciones conyugales —movió la cabeza y miró hacia delante—. Ah, no, querida muchacha, así no se harán las cosas y ya hemos hablado bastante al respecto. Aunque sigues siendo tan seductora como siempre, no dejas de ser tan inmadura como una avellana verde. Sabías a qué me dedicaba desde que te besé por primera vez, pero creíste que nuestro matrimonio sería un bombón azucarado y pensaste que conseguirías cambiarme en cuanto saliésemos de la iglesia. Sigues con la misma idea, o sea que bastaría con engatusar al jefe para…

—No es cierto —exclamó airadamente—. Sólo he dicho que papá estaría dispuesto a tenerlo en cuenta, pero si crees que le voy a suplicar, estás equivocado. No lo haré y tampoco levantaré un dedo para convencerte de que cambies y te desvíes del futuro que te has trazado. En cuanto a mí —le temblaron los labios al empezar a sentir compasión de sí misma, pero logró controlarse—, papá me trajo a base de engaños, pero no pienso desperdiciar mis vacaciones y me voy a divertir sin tener obligaciones contigo, Grant Wilder… soltero.

—Perfecto. No niego que cuentas con atractivo y belleza, aunque…

—¡No me halagues!

—Eso es imposible. Sabes muy bien el efecto que causas, ya que te has especializado en lograrlo desde la cuna —puso en marcha el motor y prosiguió—: Iba a decir que vas a descubrir que tienes que depender de mí más de lo que quisieras.

—¿Cómo?

—En el ámbito social. Al principio necesitarás que te presenten al personal y ¿quién más adecuado para acompañar a la hija del jefe que el encargado de las operaciones en Maracca? Sí, temo que tendrás que acostumbrarte a verme a tu lado con frecuencia.

—¿En el ámbito social? Creí que trabajabas para poder vivir.

—¿Y que caigo agotado en mi camastro de madera a temprana hora como se acostumbra en el trópico? No, me las arreglo para mantener una reserva de energía y dedicarla a ir a bailar o salir a cenar.

—¿O para las citas?

—En efecto, para las citas. Pero primero la cena y luego la diversión.

—¿En el apartamento que tienes en el Meurice?

—En ocasiones. Pero existen bastantes playas desiertas y luna llena, así como otros sitios a donde acudir.

—Claro, ¡cuentas con todos los ingredientes románticos! Aunque tengas el deber de presentarme y acompañarme, no me gustaría que interrumpieras tu rutina.

—¿Qué razón tendrías para querer que suspendiera mis actividades íntimas? —preguntó con la sonrisa demoníaca que le conocía.

Fern tenía la palabra exacta para decirlo porque, a pesar del encono existente entre ellos, todavía se sentía celosa, como si aún fuese suyo. Le miró de reojo, fijándose en el sombrero de ancha ala que llevaba puesto y notó que sus manos conducían con pericia; vio el perfil, el atlético torso que se imaginó desnudo… Se le vino a la cabeza la imagen de aquellas manos acariciando el cabello, hombros y senos de

otra mujer, mientras él inclinaba la cabeza para observar de cerca el rostro que iba a besar; el cuerpo relajado sobre las cálidas arenas, brillando a la luz de la luna; y un cuerpo a su lado que no era el de ella; Grant, bailando con otra, llevándola en sus brazos al ritmo de la música… ¡No! Aquella mañana había creído que podría soportar todo aquello, pero ya no estaba segura de poder resistirlo. Deseó que él, al menos, tuviese sus aventuras con discreción, pero dudó que lo hiciera. Fern advirtió en su mirada que la desafiaba a mostrar los sentimientos que él seguía provocando en ella, ya que con eso agregaría sal y pimienta a cualquier aventura amorosa. Por otro lado, aunque Grant parecía creer que a ella no le importaban sus aventuras, de todos modos, la incitaba a mostrarse celosa. Era preciso que tuviera cuidado para no revelar su sentir.

Sir Manfred les esperaba en la puerta del edificio de oficinas.

—¿Comerás con nosotros? —le preguntó a Grant y éste aceptó encantado.

El Meurice tenía una elegancia muy particular. Era un edificio alargado, con columnas. La fachada daba a una ancha avenida, y la parte de atrás terminaba en una terraza de piedra con vista al mar. El inmenso comedor ocupaba todo el fondo y allí tenían una mesa reservada.

—Grant tendría que aconsejamos en cuanto a los platos típicos —comentó sir Manfred—. Si no recuerdo mal, será una mezcla de comida china, hindú y local. ¿No es así? —le preguntó a Grant.

Fern jamás había visto frente a ella un surtido de comida tan exótico. Supuso que la aguada, tibia y apenas aromatizada sopa era el primer plato, pero resultó ser una bebida para aplacar la sed durante la comida. Sobre la mesa había pequeñas fuentes con huevos rebanados, nueces, camarones, brotes de soja, todo preparado con exquisitas y delicadas salsas que se servían con un curry de color ocre y sobre un tazón de arroz hervido. Lo único conocido fue una ensalada de fruta de mangos, lichis y rebanadas de melón.

Grant y sir Manfred la observaron mientras probaba y saboreaba con interés aquella extraña cocina.

—No creas que siempre va a ser igual —advirtió Grant a secas—. En un restaurante de menos categoría te servirán comida enlatada o pollo hasta que te hartes. Más vale que te gusten los aguacates porque de lo contrario… ¡Los hallarás rellenos con todo! ¿Cómo reaccionó Logan? —preguntó Grant después, al hablar de negocios.

—Le disgustó que vayas a coger las riendas —respondió sir Manfred —. Tendrás que ser diplomático. Piensa que, hasta cierto punto, le hemos desplazado.

—Eso ha sido cosa de Freda Logan. A su lado, Austin es un ente negativo. Ella, en cambio, es ambiciosa y le protege como una gallina clueca —aclaró Grant y aquella aclaración bastó para confirmar las sospechas que abrigaba Fern de que la señora Logan era enemiga de su marido.

—Ah, la hembra de la especie… —empezó a citar sir Manfred, pero se calló al darse cuenta, al mismo tiempo que Fern, de que Grant no le prestaba atención.

Fern siguió la dirección de la mirada de Grant y vio que estaba observando los graciosos movimientos de una esbelta mujer que se acercaba sonriente con la mano tendida de forma teatral. Grant se levantó de la silla. La mujer era pelirroja y llevaba el cabello recogido en un lado de forma que le caía sobre un hombro descubierto. En el otro hombro, lucía un inmenso lazo verde que sostenía el inclinado escote del vestido de playa. Tenía el cutis de color oliváceo y los ojos ocultos por unas gafas de sol. Cogió la mano de Grant y no la soltó mientras le regañaba en inglés, pero con un leve acento francés.

—Dicen que no existe nadie más ciego que el que no quiere ver. Me refiero al que, cuando entró en el comedor con sus amigos, no le echó tan siquiera una ojeada a la pobrecita de Mille que, solitaria, mordisqueaba una corteza de pan sentada en una de las mesas.

—No es posible que te haya pasado por alto —dijo Grant sonriendo, antes de besarle la mano—. Debes echarle la culpa a mis amigos, seguramente me han entorpecido la vista.

—Es comprensible, por supuesto —se volvió hacia Fern y luego hacia sir Manfred—. ¿No nos presentas?

—Sir Manfred Stirling, mi jefe; la señorita Fern Stirling, su hija… *mademoiselle* Rose de Mille, que el Meurice ha contratado para una temporada después de que la viera actuaren Berlín y antes de que vaya a hacerlo en Atenas…

De Mille. En aquel momento, Fern comprendió por qué la mujer había hablado como lo había hecho. En el vestíbulo había visto un gran cartel anunciando a Rose de Mille, que cantaba canciones en seis idiomas, famosa en todo el mundo. Cada noche, a las nueve, daba un recital en el salón Golden Mosque y, a las doce, en el Gala Nights.

De modo que era bastante famosa en su círculo para que la

conocieran por su apellido, igual que la Garbo o la Fonteyn. Era una belleza, que residía y trabajaba en el Meurice. Saltaba a la vista que conocía bien a Grant. Fern se preguntó si debía seguir buscando en ella a su temible rival cuando la otra se quitó las gafas oscuras y la observó con sus grandes ojos castaños.

—Grant me comentó que le esperaba, sir Manfred, pero no me dijo que iba a venir con su hija.

—No sabía que ella iba a venir a pasar unas vacaciones aquí. Ojalá se divierta.

—¡Estoy segura de que así será! Maracca es una isla hermosísima, muy exótica y romántica —dijo Rose de Mille antes de volverse hacia Grant—. Nunca me has hablado de la señorita Stirling y es evidente que os habéis conocido en Inglaterra.

—Así es, nos conocimos muy bien —un tic nervioso le hizo arrugar la comisura de la boca.

—¡Aah…! —el alargado monosílabo y la sonrisa de complicidad hicieron aparecer cierta expresión de picardía en el rostro de Rosa. Su fingida bienvenida era tan falsa como el beso de Judas, pensó Fern mientras dudaba si debería añadir que era natural, ya que estaban casados. Decidió no hacerlo porque no era el momento indicado.

Al parecer, Rose de Mille estaba contenta con lo que pudiera haber logrado con el encuentro y se despidió, después de rechazar la invitación de que les acompañara en la sobremesa tomándose un café. Les sonrió melosamente a los tres.

—¿Estarás en el Gala esta noche. Grant? ¿Irás con la señorita Stirling?

—Si Fern acepta acompañarme, sí.

—¿Quién se negaría a hacerlo? —siguió Rose dando a entender que Fern debería sentirse halagada con la agradable compañía de Grant.

Momentos después Grant les explicó que la artista era medio francesa y medio norteamericana, con una pequeña herencia de sangre holandesa e indonesa; que había estudiado en los Estados Unidos y Alemania y que tenía preparado un amplio repertorio de música. Viajaba con su acompañante, una guitarrista llamada Sophie Dean, que, además, era su ayudante de camerino y su secretaria.

—Sí, vive aquí en el hotel —le respondió a sir Manfred y añadió contestando a la silenciosa pregunta de Fern—: Sí, es una mujer muy atractiva y tiene un gran talento. ¿Soltera? Eso parece, pero esas preguntas no se hacen.

Después de comer, Grant llevó a Fern al Calypso y él se fue con sir Manfred al campamento. Fern durmió una larga siesta.

En aquel momento se vestía para ir sola al salón Gala Nights porque no había podido convencer a su padre de que su presencia era indispensable.

—No existen peros, irás —le ordenó sir Manfred mientras bebía una copa en el salón—. Yo no asistiré, tengo mucho trabajo y me quiero acostar temprano. Has venido a bailar y a divertirte y, como hasta ahora sólo conoces a Grant, quiero que vayas con él.

—¿Disfrazada como la señorita Fern Stirling?

—Puesto que parece que ambos así lo queréis, sí, aunque… esta tarde te has merecido una buena calificación por contener tu lengua. Me dio la impresión de que te la mordiste para no contradecir a Grant cuando te presentó. De haber hablado, nos habrías avergonzado a todos —la miró con gesto preocupado—. ¿Crees que podrás salvar todos los obstáculos que se te presenten, o prefieres cambiar de opinión y volverte a casa?

—Me quedaré contigo el tiempo que permanezcas aquí —murmuró entre dientes—. Te aseguro que Grant no logrará echarme.

En aquel momento, al ir a arreglarse para salir con Grant tuvo el dilema de si ataviarse para sobrepasar los mundanos artificios de Rose de Mille, cosa no improbable ya que traía bastante ropa de alta costura, o hacer lo contrario y vestirse con sencillez. Optó por lo segundo y se puso un vestido vaporoso de seda blanco, que le daba el aire de una princesa y con orla en el cuello. Se estiró el cabello hacia atrás, haciéndose un severo peinado en lo alto de la cabeza. Como adorno se puso un collar de perlas de una sola vuelta, regalo de bodas de su padre. Al mirarse la mano, de la cual se había arrancado la noche anterior el anillo de boda, deseó haberlo hecho en presencia de Grant. Ya no tenía remedio, así que tendría que pensar en que le haría ver que le rechazaba, igual que él a ella, a pesar de aceptar su compañía. Antes de encontrarse con él en el salón ya tenía un plan. Llevaba el anillo dentro del bolso de noche.

Asistir a la Gala Night en el Meurice era, sin duda alguna, un importante acontecimiento social en Port Dauphin. Una larga cola de automóviles esperaba turno frente a la entrada, iluminada como para un carnaval y alfombrada hasta el borde del pavimento. La gente que atestaba el vestíbulo les impidió llegar a alguno de los bares. Grant

cogió del brazo a Fern para conducirla a los ascensores.

—Nos convertiremos en bebedores solitarios allí arriba. Que los demás se las arreglen solos —subieron cuatro pisos—. En Maracca no hay rascacielos porque existe el riesgo de que haya un tifón, aunque la posibilidad es remota —comentó al salir del ascensor a un pasillo.

Abrió una puerta e invitó a Fern a pasar a una sala, que al igual que muchas habitaciones orientales tenía sólo los muebles indispensables: unas sillas negras de roble con respaldo alto, un escritorio, una mesita de té tallada y varias alfombras sobre el suelo de mármol. Por las ventanas se veía el mar y a través de las puertas entreabiertas, Fern vislumbró la cocina y el dormitorio. Grant se acercó a un mueble, sirvió un poco de ron y jugo de limón, le añadió unos cubos de hielo y le entregó una copa a Fern.

—¿Éste es tu apartamento? —preguntó Fern.

—Sí, y, como puedes comprobar está decorado por el hotel, no por mí. No hay pieles de animales ni divanes de seda para seducir a las huríes. Sin embargo tengo una cama de matrimonio.

—¡No me digas!

—¿No te interesa? Debí imaginármelo. Entonces, temo que sólo puedo ofrecerte la vista como señuelo para la seducción —Fern se acercó a la ventana y miró a través de las hojas de las palmeras, la inmensidad del mar, teñida con visos azules y morados y el rojo del sol casi poniente. Permaneció allí, en silencio, hasta que los tonos desaparecieron bajo un manto de oscuridad—. ¿Ningún comentario? —inquirió Grant a su lado.

—¡Es bellísimo, jamás había visto nada parecido! —exclamó la joven.

—¿No se te ocurre que, de haber sido menos cobarde y más tolerante, podías habértelo ganado de forma tan legítima como lo he hecho yo?

—¿Al precio de tener que soportar Canadá y el Golfo Pérsico y, sin duda, el norte de Escocia en invierno? —preguntó, repuesta del momento de debilidad que había sentido—. ¿Por qué habría de «ganármelo» a base de sinsabores?

—No tengo la respuesta que te complacería, excepto que casi todo lo deseable tiene un precio y yo he tenido que pagar el mío por Maracca —terminó su copa, cogió del brazo a Fern y la llevó hacia la puerta—. Pero si tú no… Anda, vamos, tenemos que bajar y mezclarnos con los demás —Fern se detuvo, abrió su bolso, sacó el anillo de matrimonio y

se lo entregó.

—Recuerda, soy una solterona —murmuró—. Así tus amigas no verán el anillo en mi dedo. Por lo general, los hombres no os fijáis en esos detalles. Por favor, cógelo. Lo que significó alguna vez ha dejado de existir.

Grant se lo deslizó en un dedo, pero no pasó del primer nudillo.

—¿Significó algo para ti en algún momento? —se dirigió a la cómoda, abrió un cajón, dejó caer el anillo y volvió a cerrar el cajón.

Fern no sabía qué consecuencias había esperado que tuviera su acción. Pensó que Grant se enfadaría, se burlaría o quizá le rogaría que lo guardase. No se le había ocurrido que trataría la implícita promesa de la que era símbolo, como si fuese una baratija comprada en cualquier bazar y carente de importancia.

Sintiéndose vencida salió en silencio y se dirigió hacia el ascensor.

Capítulo 3

DURANTE la velada, llamaron a Fern tantas veces por su apellido de soltera que casi llegó a aceptarlo como normal. Grant lo utilizaba con gran soltura al presentarla y la señora Logan anunció, con cierto orgullo, que ya había conocido a la hija del jefe de Opal Oil. Fern fue el foco de atención para los demás, aunque ella no podía recordar los nombres y ocupaciones de tanta gente.

La invitaron a días de campo en las montañas del interior, a reuniones, jugar partidos de tenis, a nadar, a las carreras de caballos, a ir de pesca por la tarde, a visitar las plantaciones de azúcar, té y plátanos y, contrastando con todo ello, a visitar los templos de las religiones hindú, musulmana, budista y cristiana que en Maracca existían sin problema alguno.

Aceptó todas las invitaciones y prometió asistir, pero tuvo que ahogar los remordimientos de conciencia al saberse agasajada bajo falsas apariencias. Al fin y al cabo, la culpa era de Grant y ella no tenía responsabilidad alguna en aquel fingimiento. Si él quería ocultar que era su esposa, ¡nada le impedía llenar su agenda de citas y disfrutar de aquellas actividades a las que la habían invitado!

Fue un gran alivio conocer a alguien que ocupaba un puesto poco importante y después de estar rodeada de gente de alta jerarquía. Sucedió cuando Fern, cansada de bailar, se sentó al lado de una mujer joven, poco atractiva, de rostro anguloso, de unos treinta años y sin pretensiones de resultar elegante. Sin embargo, su voz merecía toda la atención lo mismo que sus modales. De pronto se dirigió a Fern.

—Soy Rhoda Camell y dirijo la guardería de la compañía Opal. No te burles de mi nombre, ya lo han hecho demasiadas veces.

—¡Me lo imagino! —exclamó—. Soy Fern Stirling.

—Lo sé. Estuviste en las instalaciones esta mañana. ¿Por qué no te llevó Grant a visitar nuestra guardería?

—El… señor Wilder…

—Le gusta que le llamen Grant.

—Ah… bueno, me habló sobre la guardería, pero debió pensar que no disponíamos de tiempo, ya que tenía que reunirme con mi padre para ir a comer. Me habría gustado conocerla. ¿Eres la única encargada? ¿Cuántos niños tienes a tu cargo?

—Casi siempre son bastantes y sólo me ayuda una chica; un muchacho hace la limpieza. Los niños europeos van al parvulario. La guardería es para los hijos de las nativas que trabajan en la cafetería del club o que hacen la limpieza en las oficinas. El doctor Croft vigila su salud con regularidad. ¿Te gustan los niños? —preguntó.

—Sí, mucho, sobre todo los muy pequeños —admitió después de pensar que, si Grant no la hubiera abandonado, quizá podría haber tenido un hijo que ya hablaría y andaría.

—Dile a Grant que te lleve en alguna ocasión —Rhoda se levantó de la silla—. Me voy porque necesito mi sueño de belleza más que la mayoría de vosotras y tengo que levantarme a las seis. Las mujeres llevan a sus hijos a las seis y media.

—¿Tan temprano… para niños tan pequeños? —inquirió Fern con gesto de sorpresa.

—La jornada de trabajo de Maracca empieza casi al amanecer.

Todos, incluyendo al personal de oficina, están en sus puestos a esa hora.

Cuando Fern se quedó sola vio que Grant se acercaba a ella y señalaba su reloj de pulsera.

—Pronto será medianoche, ¿bailamos la última pieza antes de que empiece el espectáculo?

Fern se puso en pie y se dejó abrazar para bailar al ritmo de un vals clásico. Siempre habían formado una magnífica pareja y aquello la hacía estremecerse de celos cuando pensaba que Grant pudiese bailar con otra mujer. Su forma de bailar era un galanteo, una dominación sobre ella y, hasta cierto punto, una capitulación ante él. Nunca habían bailado de forma extravagante ni alardearon de formar una pareja perfecta que lograba crear una vibrante entidad. Y en aquel momento, desde el punto de vista físico, no existía motivo para que no pudiesen repetirlo, pero no fue así. Ya no existía la magia que les había unido en el pasado. Mientras bailaban, solamente consiguieron hablar como si

fuesen dos desconocidos educados y amables.

Fern estaba contenta porque no había tenido que verle al lado de Rose de Mille, ya que la artista no apareció en la pista de baile.

—Rose no alterna con el público —respondió Grant a la pregunta de Fern—. Conoce el valor que tiene el «hacer una entrada espectacular». Como profesional que es, es parte de su actuación.

—¿La conoces bien?

—¡Creí que no ibas a preguntármelo nunca! —la miró de arriba abajo—. Depende de lo que quieras decir con «bien».

—No te hagas el tonto, sabes lo que quiero decir —exclamó—. Parece que conoces todos sus hábitos.

—Hace algún tiempo habría dicho que ambos nos conocíamos así de bien, pero hoy no puedo asegurarlo. ¿Puedes tú? —no era una contestación a su pregunta y Fern comprendió que no se la iba a dar.

El espectáculo de medianoche empezó con un magnífico despliegue de bailarines malayos, vestidos con hermosos trajes de seda y fantásticos adornos. Los hombres imitaron escenas guerreras y amores apasionados que llegaban casi al suicidio; las mujeres se movían tímidamente en el escenario y daban pasitos tan sutiles, que parecían más bien deslizarse sobre el suelo. Con los dedos hablaban un lenguaje propio, y las ondulaciones de sus cuerpos eran tan expresivas que contrastaban con la impasibilidad de sus rostros orientales.

La cerrada ovación se apagó por fin; el escenario se oscureció y apareció Rose de Mille rodeada de una aureola de luz.

Vestía un traje de tela de color plateado que le ceñía el cuerpo desde el cuello hasta las muñecas y los tobillos. Creó el efecto de una deslumbrante figura y avanzó lentamente hasta llegar a la curva del piano, en donde apenas inclinó la cabeza.

No había orden en la presentación de canciones de su repertorio. Variaban desde las melodías populares hasta las arias para voz de contralto; cantó *Greensleeves*, en inglés, y *Lili Marlene*, en alemán; ofreció canciones de Grieg, Dvorak y canciones flamencas. Al terminar, desapareció en la oscuridad y volvió para agasajar a su público con una repetición.

Con su actuación terminó la velada y Fern y Grant salieron con los demás. Ya dentro del coche, Fern intentó analizar lo que sentía hacia Rose de Mille. Era una mezcla de admiración por el profesionalismo de aquella mujer, pero también de irritación por ignorar qué tipo de relación mantenía con Grant y por comprender que ella no podía

compararse con la otra en trato y aplomo y en la desenvoltura con que se movía en las reuniones de sociedad.

—Papá piensa ofrecer una fiesta en el Calypso. ¿Crees que Rose de Mille aceptará cantar allí? —rechazaba los celos, pero la curiosidad la impulsó a hacer la pregunta.

—Sin duda, pero sólo si se pone de acuerdo con el jefe en cuanto a los honorarios que cobraría —repuso Grant, sonriendo.

—Creí que siendo amiga tuya…

—Lo es, pero el que se gana la vida con su trabajo tiene derecho a que le paguen por ello y no seré yo quien le pida que actúe sin remuneración.

—No he dicho que fuera gratis —replicó Fern. Sólo quería conocer más de cerca el enigma que constituía Rose de Mille.

—De acuerdo, disponlo todo y que tu padre ofrezca la cantidad. Rose decidirá.

—¡Tus palabras la hacen parecer una mercenaria!

—Es una chica trabajadora que no necesita vender barato su talento —comentó Grant. Defendiendo a Rose de aquel modo, mantenía a Fern en ascuas.

Al salir de la ciudad, en vez de dirigirse al muelle, Grant siguió por una carretera que iba en dirección contraria. Bordeó la curva de la playa, delimitada por palmeras, que dejaban entrever, a través de sus ramas, la brillante arena mojada por el encaje que formaba la espuma de las olas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Fern.

—Terminaremos la velada como de costumbre.

—¿Qué quieres decir?

—¡No me digas que no lo sabes! —detuvo el coche y deslizó un brazo por el respaldo del asiento—. ¿En estos últimos tres años cuántas veces te han llevado a casa después de una fiesta sin que te dieran un beso de buenas noches?

—No veo la lógica. No eres… —recordó todos los fugaces besos que había soportado y que había permitido por cortesía. Rió sin alegría.

—¿No lo he hecho bien como acompañante y por eso debo pedir mi remuneración?

—No es eso. Te doy las gracias por la velada —el corazón le latía aceleradamente—, pero no pretenderás…

—Eso crees —le apretó el hombro con la mano y prosiguió con voz grave—. ¿Por qué crees que traje a colación el asunto?

—No lo sé, quizá para avergonzarme.

—¿No será que tengo curiosidad de saber si has adquirido experiencia o si no has aprendido nada nuevo? Vamos, quiero averiguarlo… —sin abrazarla, le levantó la barbilla con los dedos para ponerle el rostro más hacia la luz. Colocó sus labios sobre los de ella y la incitó al deseo. Fern no tuvo la fuerza de voluntad para alejarse de aquella ola de sensaciones que la embargaba. Grant permanecía impasible. Fern añoraba sentirse transportada por la magia que solían producir los besos que se daban, pero intuyó que Grant sólo se complacía en excitarla, sin tener intenciones de satisfacerla. La besó en la mejilla, la oreja, el cuello. ¡Jugaba con ella al gato y al ratón! Aquel pensamiento le dio ánimos para apartarse de él y recuperar el dominio de sí. Grant no se lo impidió—. Vaya, vaya, ¡qué abandono a un simple beso de despedida! —se burló—. De querer sentirme halagado, creería que has echado de menos mi técnica.

—No lo pienses porque estarías equivocado —replicó, más enfadada que dolida.

—¿Quieres decir que siempre te excitas igual cuando…? —fingió estar molesto.

—¡Cállate! —gritó Fern y golpeó el salpicadero con tanta fuerza que se hizo daño en el puño—. No querías besarme y yo no quería besarte tampoco. Lo hiciste con ganas de humillarme, de presumir de lo alejados que estamos y para recalcar lo poco que te intereso. Ya lo sabía. Has querido averiguar si puedo corresponder a las caricias de otros, o si por tu abandono me he convertido en una vieja ciruela pasa. ¡Necesitabas saberlo para poder aceptar que ya no significas nada en mi vida! —terminó llena de furia.

—Gracias por tus pequeños favores. Al menos no me acusas de que con un beso, que por cierto te he dado para provocarte, intento llevarte de nuevo al matrimonio en contra de tu voluntad. Me parece muy bien, ya que tampoco es mi deseo.

—Perfecto, yo tampoco quiero volver a tu lado. Haz el favor de llevarme al yate.

Entró en el camarote de su padre y le encontró acostado. Sir Manfred le preguntó si se había divertido. Fern se sentó en el borde de la cama.

—He conocido a mucha gente y he recibido tantas invitaciones que me será difícil cumplir con todas —le dijo.

—Me alegro de saber que te sientes compensada por lo que echas de menos de Londres.
—Más de lo que me imaginaba —sonrió—. Pero…
—¿Qué?
—Ahora que tengo conocidos no creo que sea necesario depender de Grant para que me pasee.
—Si eso quieres, no seré un obstáculo. Tendremos coche con chófer para que nos lleve adonde queramos. Pero me temo que seguirás encontrándote con Grant a menudo. Aquí el círculo social es muy cerrado.
—Me arriesgaré. Pero no quiero que la gente piense en nosotros como en una pareja. No quiero darle la oportunidad a Grant de atormentarme a su gusto en la falsa situación en que me ha colocado. Eso es lo único que pido.
—¿Eso ha hecho esta noche, te ha avergonzado? ¿Qué te hace pensar que ha disfrutado haciéndolo?
—Haber visto cómo mantuvo la calma en la Gala, me llevó a su apartamento. Le recordé que él me había adjudicado el papel de soltera y le devolví el anillo de matrimonio. Lo aceptó y me dio a entender que nunca había significado nada para mí. De haber tenido un cubo de basura cerca lo habría arrojado en él en vez de dejarlo caer en un cajón.
—Deberías agradecerle que lo guardara en un sitio seguro —suspiró con impaciencia—. Podía haber hecho que te lo tragaras. Querida muchacha: ¿No te das cuenta de que para un hombre es una afrenta que le devuelvan el anillo?
—Pero él ha tenido la culpa de que no pueda ponérmelo en público —dijo Fern.
—Por lo que he oído, da lo mismo: de todos modos, si no soportabas verlo en tu estuche de joyas podías habérmelo dado a mí para que te lo guardara. Además, ¿es necesario que te recuerde que rechazaste mi ofrecimiento de enviarte de vuelta a Inglaterra para evitar estos sinsabores?
—Lo sé, lo rechacé y volvería a hacerlo.
—No es indispensable, todavía puedes volver.
—No —exclamó la joven, poniéndose en pie—. Acepté la situación y la sobrellevaré.
—¡Así se habla, pequeña mía! —exclamó sir Manfred, cuando Fern le sonrió mientras cerraba suavemente la puerta al salir.
En su camarote, y antes de dormirse, Fern recordó el alegre estado

de ánimo en que se había encontrado al decidir seguir de cerca a Grant. No se había imaginado que la realidad sería otra, ya que después de cada encuentro ella se alejaba para lamerse las heridas, humillada e indefensa ante la decisión de Grant de herirla. Tampoco se creía merecedora de la alabanza paterna por su decisión de seguir adelante. No se sentía en absoluto valiente; se quedaba porque quería ver, si después de algunas semanas en Maracca, la actitud de Grant se ablandaba. Se dijo que él necesitaba tiempo. Antes de que ella volviera a Inglaterra él debía aceptar que había cometido una injusticia con aquella comedia. Se quedaría para ver que Grant reconocía haber fallado en su intento de meterla en cintura. Sumida en aquellos pensamientos, pudo por fin conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, sir Manfred recibió el coche con conductor que había alquilado y sugirió a su hija que, si ella no tenía otros planes, le acompañara al campamento. Fern aceptó. Aprovecharía la oportunidad para ir a ver a Rhoda Camell y visitar la guardería. ¡Así pasaría la mañana, alejada de la órbita de Grant!

La guardería estaba instalada en un gran salón ventilado, dividido en secciones no lejos de la cafetería principal. Al llegar a la puerta, que estaba abierta, Fern oyó voces infantiles que hablaban en varias lenguas, incluido el dialecto local, gritos y risas. Mientras tanto, vio que una nativa adolescente y hermosa cogía en brazos a dos pequeños y desaparecía dentro de una de las secciones. Luego volvió a buscar otros dos.

Junto a una mesa cubierta con un mantel, un hombre de barba, de más o menos la misma edad que Fern, repartía galletas y servía leche. Rhoda no estaba. Cuando entró, el hombre dejó la lata de galletas y la jarra de leche encima de la mesa y se le acercó. Fern sonrió y le tendió la mano.

—Soy Fern Stirling y la señorita Camell me ha invitado a venir.

—Lo sé. La vi anoche y me hubiera gustado conocerla, pero… Bueno, soy el médico de aquí y me llamo Ben Croftus. Lamento que Rhoda no esté, pero tuvo que ir a la ciudad a resolver un problema que tiene una de las madres y me dejó encargado de la guardería hasta que vuelva. No creo que la veamos ya esta mañana. ¿Me deja que sea su guía aquí?

—Está muy ocupado y no quisiera quitarle tiempo.

—Pronto terminaré y, cuando Mahe haya acostado a los niños, ella

se hará cargo de todo. ¿Conoce a Malie? ¿No? En este momento prefiero no interrumpirla. Rhoda se la presentará.

—No quiero distraerle, puedo venir otro día.

—No hay inconveniente. Solamente me queda dar de desayunar a los pequeñines, examinar a un par de ellos y recetarles algunas medicinas. Después tendré tiempo, ya que las madres no vienen a recoger a sus niños hasta que suena la sirena de mediodía. Los niños vienen a la guardería únicamente por las mañanas.

—¿Puedo ayudar en algo? —inquirió Fern.

—Por supuesto, si no le molesta. Termine de servir la leche y cuando vuelvan a ponerse a jugar, quédese cuidándoles hasta que Mahe la sustituya. ¿Le gustan los chiquillos? —preguntó el médico mientras volvía a llenar la jarra de leche.

—Mucho —aseguró—. ¿También les doy galletas?

La dejó sola y se metió en una de las secciones. Los niños se quedaron de pronto callados al ver que era Fern. La observaban con sus grandes ojos muy abiertos y daban la impresión de estar llenos de timidez; nadie parecía tener hambre. De pronto un niño más audaz le entregó su tazón y los demás no tardaron en imitarle. Recuperaron la confianza al verla sonreír y reanudaron sus juegos. Fern no podía entender lo que decían, porque el inglés que hablaban tenía demasiados vocablos de su dialecto; sin embargo, el francés era más puro y logró sostener una corta conversación con dos de ellos. Después de limpiar la mesa se puso a jugar con ellos con plastilina y así la encontraron el médico y Mahe cuando volvieron.

—¿Vendrá cuando Camell *Mem* esté aquí? —le preguntó Malie.

—Me encantaría, pero la próxima vez les avisaré por teléfono —respondió Fern.

—Venga a que le enseñe todo esto —invitó Ben Croftus y la llevó a todas las secciones, las cocinas, la sala de operaciones, las instalaciones del vestíbulo principal, los pasamanos, el tobogán, el parque infantil, los pequeños bancos y sillas de trabajo, un ábaco de colores y un piano. Fern le dio las gracias y se dispuso a marcharse.

—Mi coche está fuera. ¿Me deja que la invite a una copa en el club antes de que vuelva con su padre.

—¿En el club, en Le Corsair?

—Sí, allí nos reunimos los solteros —dijo, consultando su reloj—. Todavía no son las doce. Habrá mucha gente después de que suene la sirena, pero en este momento estará tranquilo.

Ben le habló de su vida y ella le escuchó mientras tomaban una copa en la terraza del club. Al médico le gustaba mucho su trabajo, que era el primero que hacía desde que había acabado la carrera. Pensaba especializarse en pediatría, pero antes y durante un tiempo, tenía que dedicarse a la medicina general. Odiaba pensar en tener que marcharse de la isla, pero no podía permitirse el lujo de quedarse allí durante mucho tiempo y, a la larga, tendría que irse.

—¿Cuánto hace que está aquí? —preguntó Fern.

—Casi desde que la compañía Opal se instaló y requirió los servicios de un médico. Al principio nos alojábamos en tiendas de campaña y mi dispensario era una cabaña de madera. Eso fue hace dos años, y creo que es bastante tiempo en un mismo lugar —sonrió tímidamente—. Cuando me case, mi mujer tendrá que seguirme adonde vaya. Pero si congeniamos, no habrá problemas, ¿no le parece?

La pregunta tocaba un punto sensible de Fern.

—Dependerá de la chica —contestó.

—Por supuesto, pero póngase en esa situación. Si su hombre tuviese que viajar, ¿no le acompañaría de buena gana?

—La pregunta es hipotética —repuso ella, sonriendo.

—Más bien considera que ha sido una impertinencia —dijo Ben, mirándola fijamente con sus ojos azules—. De acuerdo, pero le haré otra parecida. ¿Existe algún hombre en su vida, señorita Stirling?

—Llámeme Fern, por favor —respondió, añadiendo después segura de que no estaba mintiendo—. Por el momento, no.

—Entonces, no he sido justo al hacerte esa pregunta hipotética. Pero me alegro de habértela hecho. Supongo que tú y sir Manfred conocéis bien a Grant Wilder, ya que fuiste con él al Gala Night.

—Hace mucho tiempo que le conocemos, pero no sabía que estaba en la isla hasta que llegué.

—Sir Manfred seguramente le…

—Sí —le interrumpió Fern— sabía que el consejo de Opal nombró director a Grant. Sólo yo fui la sorprendida —presintió que, de seguir hablando, mentiría y consultó el reloj—. Muchas gracias, por la copa y la compañía, pero debo irme. ¿Serías tan amable de llevarme a la oficina principal para recoger a mi padre?

—Con mucho gusto.

La sirena acababa de sonar hacía unos minutos. Al ir a salir, unos hombres que entraban saludaron a Ben Croftus.

—Hola, doctor —dijeron, mirando con curiosidad a Fern y silbando

con admiración cuando ella salió, acompañada de Ben.

—Les he ganado la delantera —dijo Ben Croftus con una sonrisa—. No es frecuente que tengamos la suerte de admirar una belleza como tú —Fern no le prestaba atención. Jamás hubiera imaginado que iba a ver a Grant allí. Venía hacia ellos y, al verla, se detuvo interrogándola con la mirada.

—No sabía que ibas a venir —comentó y después de hablar un momento con Ben se alejó rápidamente.

—Ese Wilder es un tipo estupendo. Tenemos suerte. Las chicas se vuelven locas por él, pero últimamente corre el rumor de que ya le han atrapado.

—¿Que le han atrapado? —repitió Fern.

—Sí, Rose de Mille, la estrella del espectáculo de anoche.

—¿De veras? —preguntó fingiendo poco interés. Supuso que Grant no sufriría porque ella tomara una copa con Ben. Si él estaba interesado en Rose de Mille, ella podría hacer algo más que simular una conquista o dos. Los coqueteos sin futuro habían sido fáciles en Londres, ¿por qué no allí?

Los siguientes días y noches fueron agradables aunque agitados. Se encontró con Grant en algunas fiestas, unas veces sabía que le iba a ver y otras no. Pero ya no dependía de él para que la acompañara. Si no tenía quién la llevara y la trajera, Christopher, el chófer lo hacía. En ocasiones iba y volvía con sir Manfred. Pocas veces le faltaba la compañía de algún galán con quien había bailado la noche anterior o con quien pensaba ir a nadar al día siguiente. Debido al horario de trabajo, incluso en el campamento petrolífero, existía bastante vida social y mucha gente con quien divertirse. Ben tenía bastantes horas libres y no era difícil verle al lado de Fern en sus momentos de ocio.

«Ben y Fern» se convirtieron en una unidad y pocas veces se oía el apellido «Stirling». A veces soñaba con volver a ser Fern Wilder. Pero el recuerdo del anillo abandonado en el cajón de Grant reforzaba su decisión de divertirse.

Sir Manfred dio varias cenas y comidas a bordo del Calypso y organizó una gran fiesta, días antes de la planeada vuelta a Inglaterra. Todos los ejecutivos de la compañía Opal fueron invitados, al igual que los miembros importantes del parlamento de la isla y los muchos amigos que Fern había hecho. El yate estaba de gala y Rose de Mille, contratada con mucho tacto por sir Manfred, cantaría después de la

cena. Sería un homenaje de sir Manfred a la isla de Maracca por la hospitalidad con que le había recibido y, a juzgar por las personas que habían aceptado la invitación, la isla había respondido con entusiasmo.

Fern se puso un vestido confeccionado por una costurera china de la isla, con una tela de seda hindú que había comprado en Port Dauphin. Se puso unas sandalias plateadas y se recogió el cabello en un moño atado con un hilo afiligranado de plata que había comprado en el mercado oriental. Con un alfiler se sujetó en el hombro la orquídea que le había enviado el hombre que sería su pareja durante la velada, el alcalde francés de la ciudad. Sir Manfred acompañaría a la esposa del alcalde y Grant a la mujer del primer ministro; Rose de Mille, según su costumbre, no cenaría antes de cantar. Le proporcionaron un camarote como camerino. Desde allí le envió un mensaje a Fern, pidiéndole que fuera a verla.

Fern la halló acostada, en bata y con unas almohadillas húmedas sobre los párpados. Rose no se levantó ni se destapó los ojos, en cambio le tendió la mano.

—Le agradecería que después de mi actuación me sirvieran un bocadillo y una copa de champán en vez de cena. ¿Cree que es posible?

—Por supuesto —aseguró Fern—. ¿Necesita algo en este momento?

—Nada, gracias. ¿Todo marcha bien?

—Eso espero.

—Y usted, ¿ya está vestida? ¿Sí? Entonces debo verla… —Rose se quitó las almohadillas para observar a Fern—. ¡Ah, justo su color y estilo. Como compañero suyo, ¡Grant será la envidia de todos los hombres!

—No voy a entrar a cenar acompañada de Grant Wilder. Será pareja de *madame* Desmarais; a mí me acompañará el alcalde.

—Mala suerte para usted —dijo, haciendo un gesto de tristeza—. Pero, desde luego, no se debe olvidar el protocolo, aunque separe a los amantes. Dígame, ¿es cierto que no les han visto juntos últimamente? Según me confesó él mismo, fueron buenos amigos en Inglaterra. ¿Qué ha pasado aquí?, ¿prefiere a otro hombre?

—Conocí a bastantes y todos fueron amables y me invitaron a varias actividades —murmuró con cautela.

—¡Comprendo! Sin duda uno o dos son sus favoritos. Por ejemplo, el apuesto y joven médico de barba que trabaja para la compañía. He oído… —no terminó la insinuación y volvió a cubrirse los párpados.

Fern dedujo que, a pesar de su aparente indiferencia, Rose se

mantenía alerta a los chismes que corrían por la isla. No sería ella la que echara más leña al fuego.

—No se imagina lo ansiosos que estamos de oírla cantar —murmuró y Rose aceptó el tributo sin mover la cabeza, pero sonriendo.

—Es agradable saber que se aprecia nuestro arte. Es lo mismo que ser elogiada por un hombre por los atractivos que una pueda tener como mujer. La mayoría de los ingleses que he conocido son torpes en ese aspecto, pero existen excepciones. Grant es una de ellas… tiene habilidad para hacerla a una sentir que es mujer y deseable. Señorita Stirling, debería animarle a que la halague, aunque sea en tono frívolo. ¡Será una experiencia inolvidablemente deliciosa!

Cuando Fern cerró la puerta del camarote, sus labios formaron una palabra poco decorosa para describir a Rose de Mille.

Después de las formalidades de la cena y una vez que terminó el extraordinario recital de Rose y ésta abandonó el escenario, el ambiente se calmó. Algunos abandonaron a su pareja de cena para ir al lado de su amigo o amiga preferido; se bailó y los camareros no cesaban de servir copas. Algunas parejas iban y venían por los oscuros rincones de la cubierta.

Fern se quedó sola y sintió la necesidad de respirar un poco de aire fresco, así que se dirigió a la cubierta de estribor. No notó que la habían visto y que la seguían hasta que alguien le dio un golpecito en el hombro. Ben estaba a su lado, apoyado en la barandilla.

—Te has mantenido alejada de mí toda la noche.

—No tengo la culpa, además tú hiciste lo mismo —replicó ella, sonriendo.

—Tampoco la tengo yo. Nos han impedido estar juntos los numerosos invitados de tu padre. ¡Qué fiesta! ¡Maracca no dejará de comentarlo durante años!

—Me alegro de que haya tenido éxito porque para mi padre era importante mantener en alto la bandera de la compañía. ¿Hasta qué hora crees que se quedarán los invitados?

—¡Oye, todavía es temprano! —dijo dándole un leve codazo—. Parece que deseas deshacerte de la gente. ¿Me equivoco? Admiremos la vista y no me digas que tú y tu padre no la habéis tenido en cuenta.

Le resultó agradable sentir que el brazo de Ben le rodeaba los hombros. Dirigieron la mirada al muelle y luego al mar. El agua estaba tranquila y parecía un lienzo de seda extendido, que matizaba las luces

del Calypso y las de las otras embarcaciones.

—Imagínate navegar por un mar como éste, ir a cualquier sitio nuevo, con la chica con la que uno sueña a su lado. Aventurándonos juntos… a … ¿Qué importancia tiene el lugar? Dame tiempo, uno o dos años aquí, otros más allá y haré que suceda, ¡ya lo verás!

Fern sabía que no tenía derecho al tributo que le ofrecía Ben con sus besos. Antes la había besado, pero nunca de esa forma con la que buscaba promesas que ella no podía darle. Pero sus deseos de despertar la pasión en otro hombre que no fuera Grant hicieron ceder a su instinto y le correspondió físicamente, aunque su mente le rechazaba. Ben pareció satisfecho de su sinceridad.

Grant, que paseaba solo por cubierta, se acercó en aquel preciso instante y Fern supuso que Ben no le había visto pasar. Ella, en cambio, comprendió que su plan de darle celos con sus coqueteos no iba a surtir efecto. Quizá era porque su propio corazón no se entregaba del todo a las caricias que le brindaban otros. Se alejó de los brazos de Ben, sintiéndose vacía.

Un día o dos después, asistió al último compromiso que tenía. Se trataba de una pareja de franceses y sus dos hijos, un chico y una chica, que estudiaban en París y estaban de vacaciones. Pasó el día en la inmensa plantación de té de *monsieur* Arnau. Por la noche, se unieron a otro grupo para asistir al espectáculo que ofrecía una compañía de baile de Sudáfrica.

Al terminar la velada, Fern les aseguró que Christopher la iría a buscar, así que se despidieron en el vestíbulo. El pequeño y agradable teatro de Port Dauphin estaba atestado de espectadores y Fern supuso que tendría que esperar que a Christopher le tocara su turno en la fila de coches. Salió una o dos veces a buscarle. A la tercera, el coche de Grant se detuvo y él bajó rápidamente y la alcanzó en los escalones de la entrada.

—¿Esperas a Christopher? —preguntó.

—Sí, y se le ha hecho tarde. ¿No le habrás visto por casualidad?

—No vendrá, yo te llevaré. Vamos —la cogió del codo—. Estamos estorbando a los demás.

—No es necesario, Christopher no tardará —replicó, intentando resistirse, pero Grant la empujó hacia su coche y la obligó a meterse. Inició la marcha para no entorpecer a los coches que esperaban detrás —. No comprendo, ¿le ha pasado algo a Christopher o al coche? ¿Sabe

papá que me vas a llevar tú?

—Sí, fue él quien le dio otras instrucciones a Christopher y me pidió que viniese a buscarte.

—¿Por qué?

—¿Pasaste una velada agradable? ¿Qué tal estuvo el grupo de danza?

—De maravilla, ¿lo has visto?

—Sí, llevé a Rose el domingo porque es el único día en que no canta en el Meurice.

Grant se dirigió al muelle, silencioso y desierto a aquella hora de la noche. Las embarcaciones allí ancladas se balanceaban en la oscuridad. Estaban a tres yates de distancia del Calypso cuando Fern se irguió de pronto. En vez del yate de su padre veía un espacio vacío.

—Pero ¿dónde está el Calypso?

Capítulo 4

¡ERA imposible! ¡No podía ser cierto! Debía existir alguna explicación que haría desvanecerse sus más terribles temores… ¡Era indispensable! Estaba segura de que, si habían tenido que cambiar el Calypso del muelle, había sido por una razón importante. Sí, eso era, aunque no tenía sentido. ¿Por qué no se lo había dicho Grant? ¿Por qué la llevó delante de aquel espacio vacío, había parado el coche, había apagado el motor y le había dado a entender que allí acababa el viaje? Fern se volvió indignada.

—¿Qué significa esto? ¿Dónde está el yate?

—Temo que se ha marchado —murmuró.

—¿Que se ha marchado? ¡No es posible! ¿Qué quieres decir con eso? ¿Hacia dónde iba a marcharse?

—El destino final es Inglaterra.

—¡No bromees con estas cosas! —exclamó, sintiendo que la entraban ganas de estrangularle—. Papá no me haría una cosa así. Teníamos planeado salir la semana próxima. ¿Qué va a ser de mí? No creo que hables en serio, pero si existe la remota posibilidad de que así sea, ¿qué va a ser de mí?

—En efecto, ¿que va a ser de ti? —repitió Grant con calma—. Es típico, y comprensible en ti, que lo primero que te preocupe en cualquier dilema sea tu persona…

—Entonces, ¿es verdad que papá se ha ido? —preguntó sintiendo que el temor la invadía—. ¿No estará enfermo y ha tenido que irse por eso? ¿Ha pasado algo terrible en las oficinas centrales? Aclárame esta situación.

—No ha sucedido nada de eso. Tu padre tomó la sencilla decisión de marcharse sin ti.

—¿Lo pensó y lo decidió sin comunicármelo?

—Muy a mi pesar, debo confesar que así fue.

—¿Porqué?

—Por dos razones primordiales. La primera es que tanto tú como yo le hemos desilusionado. Confiaba en que aceptarías acompañarme a cualquier sitio al que me enviara la compañía y cifró muchas esperanzas en que, al verte, te aceptaría a mi lado. Ninguna de las dos cosas ha sucedido. La segunda es que, al no haber surtido efecto su plan, no quiso que volvieras a Londres para reanudar las alocadas correrías de las cuales te había querido alejar. Ante la lógica del razonamiento, decidió que, por el momento, convenía más que te quedaras en Maracca.

—¿El razonamiento de quién fue? —gritó—. ¿Tuyo?

—Ambos lo debatimos. Estudiamos el plan por el derecho y por el revés y él luchó con su conciencia hasta convencerse de que sería práctico dejarte aquí para que te enfrentaras a la vida sin el apoyo de un padre indulgente y con influencias. Tuvo serias dudas en cuanto a si tomar esa decisión significaba perder la confianza que le tienes, pero comprendió que no existía nada que impidiese que volvieras en el primer vuelo disponible.

—¡Lo cual es muy probable!

—Si cuentas con el dinero suficiente —le señaló Grant.

—Existe lo que se llama crédito. ¿Lo conoces? —replicó.

—Un poco —concedió tranquilo—. Pero no olvidemos ese detalle ni muchos otros. No podrás conseguir ningún crédito con el poco dinero en efectivo que te ha dejado tu padre para las necesidades más apremiantes. No ha dejado capital suficiente para que disfrutes la facilidad de tener cuentas de crédito que luego pagaría papá. Seguiré dándote la asignación que siempre te he dado y esa será la única fuente de ingresos que tendrás aquí. Y otra cosa, tu padre ha puesto más que distancia entre Inglaterra y tú. Cerrará la casa de Eaton Place y se irá a nuestras instalaciones del oeste de Australia. No recibirá más comunicación que la de la compañía Opal.

—Me cierra todas las puertas y me convierte en tu prisionera. ¿Qué pensáis ganar con eso? —preguntó.

—Supongo que cifra sus esperanzas en lo que el tiempo pueda lograr.

—¿Y tú?

—¿Yo? No soy optimista, me limito a cooperar.

—No te creo. No quieres que me quede aquí, pero no resistes la oportunidad de castigarme por ser como soy, cosa que no puedo evitar. También tú cifras las esperanzas en lo que el tiempo depare. ¡Crees que me cansaré de esta comedia ridícula y que me daré por vencida! ¡Te equivocas!

—La clásica e irresistible fuerza contra el objeto inamovible… tampoco yo me rendiré —murmuró Grant.

—¡Podría cansarme de verte actuando en el papel de galán de Rose de Mille, fingiendo que eres soltero!

—Ahora me resultas como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer —dijo Grant con sorna—. ¡Qué pena! Pobre Rose, tendré que advertirle que tiene una enemiga por las habituales razones femeninas. En cuanto a castigarte, podrías ponerte a meditar que existen peores castigos para una esposa que abandona su hogar, que el de dejarla abandonada en un ambiente exótico.

—¡Intenta algo más severo! —masculló ella entre dientes.

—No me tientes, podría excederme y sería peor para ti. Mientras tanto… —se volvió hacia el volante— tenemos uno o dos pequeños problemas que resolver…

—Eres muy considerado al aceptar que tienes problemas. ¿Debo entender entonces que sólo tengo la ropa que llevo puesta y que no voy a tener alojamiento para dormir esta noche?

—Te equivocas, hemos pensado en todo. Todas las pertenencias que tenías en el yate las han dejado a mi cuidado y están en mi apartamento. También cuentas con una cama en donde dormir.

—¿La tuya?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Quédate con ella, iré a un hotel.

—¿A esta hora, sin equipaje y a pie? No pienso llevarte ni darte ningún aval para el pago del hotel. Me voy a casa.

—¿Cuál de ellas?

—Al apartamento, por supuesto. El club de la empresa lo administran igual que si se tratara de un albergue juvenil. Cierran sus puertas a medianoche. Te cederé la cama y yo dormiré en la sala. Además, la puerta del dormitorio tiene cerradura. ¿Te llevo allí o no?

Fern cedió. Faltaban pocas horas para que aquella noche horrible terminara y estaba cansada de discutir sin llegar a ninguna conclusión. Sin embargo, no pudo evitar lanzarle la última pulla.

—Cuando Opal te despida, no dudes en pedirme referencias en

cuanto a tu habilidad para el secuestro o el chantaje —le dijo en tono desafiante.

—Muchas gracias, Fern —repuso enfadado al ver que ella hacía el gesto de apartarse un mechón inexistente de la frente—. Lo recordaré.

La llevó a su apartamento después de entrar por el garaje y evitar el vestíbulo. Las maletas estaban amontonadas en el dormitorio y la cama estaba preparada. La joven se quedó petrificada, en medio de la habitación.

—¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

—Acostarte, por supuesto.

—¿Y dormir, después de todo esto?

—Para eso te he cedido mi cama. ¿Te ayudaría una copa?

—¡No! —exclamó.

—Tómalo con calma. Puedes utilizar el baño, bajaré a tomarme una copa en el bar, que afortunadamente está abierto toda la noche.

Al quedarse sola, Fern se dejó caer en la cama. No podía quedarse con la ropa que traía puesta, de modo que se quitó las sandalias, se desvistió y decidió darse un baño antes de que Grant volviera. En el baño, le dio la impresión de que jamás se había separado de su esposo. Grant nunca había usado máquina eléctrica para afeitarse y reconoció su jabón de afeitar. Vio las viejas zapatillas que ella le había regalado en la última Navidad que habían pasado juntos, y era evidente que seguía sin sacar la pasta dentífrica desde el fondo del tubo. El matrimonio, entre otras cosas, era conocer los pequeños hábitos del ser amado. ¿Quién gozaba, en el presente, de los momentos de intimidad que Fern había conocido a su lado? Desechó aquellos nostálgicos pensamientos que la atormentaban y cuando volvió al dormitorio, buscó el vestido que se pensaba poner al día siguiente, en el que tendría que planear su futuro inmediato. Permaneció despierta dando vueltas a aquel asunto a pesar de que tenía mucho sueño.

¿Qué haría? Por más que le molestara, tendría que aceptar la asignación de Grant. Legalmente, tenía derecho a ella y, tal como él había dicho, quizá fuese el único dinero con el que podría contar. Aún no sabía a cuánto ascendía ni si sería suficiente para pagar una habitación en un hotel. No iba a ser en el lujoso Meurice, desde luego, aunque aquél era el sitio en que sus nuevas amistades esperarían encontrarla al enterarse de que sir Manfred había tenido que marcharse urgentemente. Grant tendría que apoyarla en aquella mentira. ¡No se

atrevería a decir la verdad, por mucho que quisiera humillarla!

Se puso una bata, se acostó en la cama y se cubrió con la sábana y la manta, atenta al momento en que Grant volviera. Fingió dormir para que no le hablara a través de la puerta. Oyó unos pasos en la sala y luego silencio. La preocupación no la dejaba descansar. No permitiría que Grant la ayudara a partir al día siguiente. Les demostraría, a Grant y a su padre que podía independizarse y aquello, precisamente, era lo que tenía que planear antes del amanecer.

Ignoraba la hora en que el hotel empezaba a funcionar por las mañanas, pero tendría que estar lista para abandonar a Grant y llevar a cabo algún plan. ¿Qué hacer para superar la situación en que la había colocado? A pesar de haber conocido a mucha gente en la isla, no tenía a quien recurrir para auto invitarse a pasar más de una hora o dos en sus casas. Para crear una verdadera amistad hacía falta tiempo y esfuerzo, y, por tanto, no contaba con ningún amigo. ¿No tendría ni siquiera uno solo? Se mordía el labio mientras se devanaba los sesos, tratando de encontrar uno. Quizá hubiera algún sitio en donde su temprana llegada no llamara la atención.

Por supuesto, la guardería del campamento. Desde que le había prometido a Rhoda Camell que iría a visitarla, había ido varias veces. Suponía que había logrado traspasar los bruscos modales de Rhoda y que la joven la recibiría, alegrándose sinceramente de verla. También tendría que explicarle coherentemente a Rhoda la súbita marcha de su padre, aunque estaba segura de que la otra no le haría preguntas molestas. Desde luego, la guardería no sería un refugio permanente, pero podría convertirse en un punto de partida para sus actividades. Fern se felicitó por haber pensado en ello.

Resuelto aquel problema, tenía que pensar en cómo llevar a cabo su plan. No le gustaba la idea de bajar a desayunar al comedor con Grant o de que pidiera que les llevasen el desayuno a la habitación. ¡No era una prostituta! Su respiración se agitó. ¡No! Insistiría en que la sacara por el mismo camino por el que habían entrado. Mejor sería marcharse antes de que Grant se despertara y dejarle una nota diciéndole que enviaría a buscar sus pertenencias.

¿Cómo hacerlo? Se levantó y, descalza, fue de puntillas hasta la puerta. A la tenue luz del amanecer, que se filtraba por las persianas, vio el cuerpo de Grant, que se había acostado encima de dos sillas. No se atrevió a acercarse, pero oyó su rítmica respiración. Decidió bajar de ahí al vestíbulo y al pasillo posterior. Una vez allí, cogería el ascensor del servicio para bajar al garaje, abierto las veinticuatro horas del día.

Cogió el pomo de la puerta y le hizo girar. La puerta se entreabrió. Suerte que no estaba cerrada con llave. Si lograba vestirse y repetir su recorrido sin que… Volvió sigilosamente hasta la cama, pero de pronto en el arco entre el vestíbulo y la sala, vio la figura de Grant. Se abalanzó hacia ella y la agarró con fuerza. La corta bata de Fern se abrió. Grant llevaba una chaqueta de caza que le llegaba a la cadera. Con los pies separados y las piernas muy cerca de las de ella, la tenía firmemente sujeta, impidiéndole hacer cualquier movimiento; sólo la furia era patente en él. Fern, por su lado, estaba furiosa por tener que rendirse ante su fuerza.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas, vestida así? —preguntó Grant, agarrándola de la solapa de la bata.

—No podía dormir y estaba comprobando si podría salir por esa puerta tan pronto me vistiera —dijo ella, soltándose y envolviéndose en la bata—. Descubrí que no está cerrada con llave y…

—Claro que no está cerrada. Te he cedido mi cama, pero no te he metido entre rejas. ¿A qué viene esa prisa por irte y a dónde ibas?

—Pensaba salir antes de que te despertaras —le explicó.

—¿Sin el detalle de dejarme una nota? ¿Por qué?

—Porque no soporto más estar en deuda contigo, ¡por supuesto! —replicó.

—¿Tan malo te pareció pasar otra hora o dos conmigo para desayunar juntos? —preguntó Grant. Fern no se dignó contestar y se volvió. Pero cogiéndola del hombro, Grant la obligó a darse la vuelta—. Me pregunto…

—¿Qué?

—Si dices la verdad. Estás descalza, con el cabello adorablemente suelto y casi desnuda. ¿Por qué, si querías huir, no te vestiste primero para salir de una sola vez? Debiste imaginar que al estar acostado en dos sillas no estaría dormido profundamente y que te oiría.

—¡No comprendo qué insinúas! —preguntó Fern, abriendo mucho los ojos, a pesar de saber perfectamente a qué se refería.

—Es posible que tu tortuosa mente no estuviese urdiendo escapar sino que estuviera probándome para ver si todavía me siento tentado a volver a explorar el cuerpo con el que en otro tiempo solía disfrutar. Desde luego, no fue un ofrecimiento sincero, fue el señuelo para ver si yo era lo bastante tonto para aprovecharme.

—¿Insinúas que sería capaz de rebajarme a excitarte para que me hicieras el amor? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Tal vez para conseguir una mísera satisfacción o como un medio astuto para lograr algún fin.

—¿Qué fin?

—Tu esperanza de que, si fuese el tonto que supones, terminaría por ablandarme y aceptar tus condiciones para nuestra futura vida en común. Pero fallaste, mi falsa Dalila. Por muy hermosa que seas, y por muy a mano que estés en este momento, y con pocas ganas por mi parte de rechazarte, deberías agradecer que sea lo bastante grosero como para enviarte de vuelta a tu casta cama sin que hayas recibido el menor daño, a pesar de lo amable que has sido al querer compartir tus travesuras conmigo. Andando, quiero dormir otro poco, que buena falta me hace.

Fern le asestó una bofetada por la ironía que había puesto en sus bien elegidas palabras de insulto. Inmediatamente Grant le sujetó las dos manos; la mejilla se le había puesto roja. Las lágrimas de frustración y enfado que no pudo enjugarse no impidieron que Fern viera, aunque borrosamente, el rostro de Grant cuando la llevó en brazos a la cama. La arrojó sobre ella sin ninguna ternura. Fern empezó a buscar un pañuelo y él le dio el que traía en el bolsillo de su chaqueta de caza. Se quedó de pie, mirándola fijamente.

—Cuántos despliegues de dramatismo: ¡poca ropa, seducción discreta, virtud escandalizada, asalto, lágrimas! Querida, de no haber mostrado tus tácticas de manera tan evidente, quizá hubieras logrado hacerme decir: «¿Por qué no?»

—Grant… —murmuró la joven con voz temblorosa, incorporándose. Pero la sola mención del nombre no pudo transmitir la profundidad de su vergüenza y de su desesperación. No sólo eso sino que Grant dejó claro que no estaba dispuesto a escuchar lo que ella quería alegar en su defensa. Su obstinado desprecio la hirió profundamente.

La ciudad bullía de vida cuando se encontraron en la cafetería del hotel tres horas más tarde. Fern le había pedido a Grant que enviara sus pertenencias al guardarropa, a donde ella mandaría buscarlas más tarde. A pesar de que había querido llamar un taxi inmediatamente, él insistió en que primero desayunara.

Fern se obligó a cubrirse con la máscara del orgullo y la reserva. Se vistió con meticulosidad. Llevaba un traje azul marino sin mangas, sandalias blancas, bolso y sombrero de paja. Se maquilló con discreción, ya que su cutis no necesitaba de artificios ni siquiera para ocultar los

estragos de la noche anterior.

Trató de convencerse de que lo sucedido la noche anterior solamente había sido un mal sueño. A partir de aquel momento, se mostraría fría y segura frente a Grant. Y, si en algún momento él intentaba hablar de lo ocurrido, aunque fuese aludiendo a ello veladamente, ella se mostraría desdeñosa. Sin embargo, Grant no habló del asunto, tenía otras cosas en que pensar.

—¿A dónde piensas ir?

—A la guardería del campamento —murmuró ella a regañadientes. Se alegró de verle sorprendido.

—¿Por qué? ¿No necesitas buscar…?

—¿Alojamiento? —terminó por él—. Hablaré con Rhoda para que me aconseje. Nos hemos hecho buenas amigas y estoy segura de que podrá ayudarme a encontrar alojamiento mientras busco un empleo —otra vez tuvo la satisfacción de verle sorprendido.

—Si piensas buscar un empleo aquí, te aconsejo que lo olvides, es imposible.

—¿Por qué? —preguntó, untando con toda calma mantequilla en un panecillo.

—Porque no dejarás de ser la hija del jefe.

—No sólo soy una supuesta viuda sino también una supuesta huérfana. ¿No te parece que tengo suficientes motivos para ganarme la vida? —preguntó con voz melosa—. Prosigue.

—No estás preparada para trabajar. No podrías conservar un empleo.

—Quien sabe… soy bilingüe, hablo francés e inglés, y estoy aprendiendo el dialecto local. Hasta puedo sumar y restar ayudándome con los dedos, si me dan tiempo. Lenguas… matemáticas… ¿qué otra cosa se necesita?

—¡Nada! —la interrumpió Grant—. Vas a olvidarte de esas tonterías desde este mismo instante. Le he prometido a sir Manfred que vivirías con mi asignación y eso harás, nada más.

—¿Y si no puedo? Suponiendo… —fingió un gemido— suponiendo que no me alcance para mis necesidades suntuarias y que no pueda seguir el mismo tipo de vida al que estoy acostumbrada, ¿qué pasará?

—¡Pobrecita niña rica, le han llegado los malos tiempos! Puesto que parte del experimento era que te acostumbraras a ahorrar para independizarte, quizá te beneficiaría adaptarte. Pero tienes tantos amigos que me atrevo a decir que no necesitarás sufrir en tu vida social

por falta de ropa, privilegios y acompañantes. Hablo de los beneficios suplementarios, pero esos puedes conseguirlos gracias a tu sexo.

—Si es que, al convertirme en una trabajadora, encuentro el tiempo para lo demás —respondió Fern con aplomo. Se puso en pie, empujó la silla y abrió su bolso—. ¿Cuánto debo por el desayuno? —Grant también se puso en pie y masculló una maldición. Fern dejó unas monedas encima de la mesa y salió al mismo tiempo que él—. Necesito un taxi para ir a la compañía Opal —le dijo al portero, pensando que Grant se ofrecería a llevarla. Se sintió ultrajada cuando no lo hizo. Seguro que era su represalia. Sin embargo, dentro del taxi, cuando el automóvil echó a andar, se preguntó por qué no se sentía complacida por haber triunfado en aquel asalto de la pelea.

Aquella mañana, el trabajo de la guardería se había iniciado con mucho barullo. Cuando llegó, Mahe estaba sirviendo la leche y las galletas y Rhoda estaba acostando a los niños. Ben Croftus no estaba.

—Hola, ahora mismo estoy contigo —la saludó Rhoda sin suspender sus labores.

Fern buscó qué hacer. Con un delantal, que ya consideraba suyo, limpió, recogió los papeles tirados, las tizas rotas, los trapos manchados de pintura y enjugó el agua derramada en las mesitas.

—Es la segunda vez que vienes esta semana. ¿Qué pasa? —inquirió Rhoda sin hablar más de la cuenta.

—Nada —repuso Fern—, pero quiero pedirte un consejo, cuando dispongas de tiempo; no hay prisa —ella tampoco desperdició palabras.

—¿Te vas a quedar toda la mañana o te irás cuando suene la sirena?

—Si no te importa, prefiero quedarme.

—De acuerdo —dijo Rhoda levantando a un chiquillo que había caído de bruces sobre la arena, le limpió la boca y la nariz, y le entregó un azadoncito de madera antes de que empezara a llorar; luego desapareció. Al terminar las labores y después que las madres fueron a buscar a sus retoños, Rhoda le dio la noticia—. Voy a perder a Malie, se casará la semana que viene.

—¡Dios santo, pero si parece que sólo tiene trece años! —exclamó Fern.

—Los budistas de Maracca se casan muy jóvenes. Celebran una ceremonia sencilla: bendicen el hogar de la pareja y vierten agua bendita sobre sus manos entrelazadas ante testigos. No hay cura ni promesas y, por lo general, da el mismo resultado que en los enlaces europeos.

—La vas a echar de menos, es muy cariñosa con los niños, y parece cumplir muy bien con su cometido.

—Por supuesto —asintió Rhoda—. La adiestré para que adquiriera los conocimientos necesarios para trabajar como enfermera infantil. Ahora tendré que repetir el proceso y no es fácil conseguir voluntarias.

—Supongo… —se le ocurrió una idea, pero la descartó.

—Prosigue, supones, ¿qué?

—Nada… ¿De veras quieres adiestrar a una jovencita? ¿No serviría una mayorcita?

—Quizá, pero depende. ¿Tienes a alguien en mente?

—Sí, yo —contestó, decidiendo quemar sus naves de una vez. Por lo menos, Rhoda no se burló de ella.

—Más de ocho horas al día, levantarse a las seis de la mañana, para empezar a trabajar a las seis y media en punto. Olvídalo —le aconsejó.

—Hablo en serio. Escúchame —rogó Fern—: hasta cierto punto, las cosas han cambiado. Mi padre tuvo que volver a Inglaterra antes de ir a Australia y no pudo llevarme. Eso significa que me quedaré aquí por tiempo indefinido y quiero tener algo en qué ocuparme.

—¿Por qué? —inquirió sin compadecerse.

—Para ocupar el tiempo, para sentir que soy útil, y creo que lo conseguiría trabajando aquí.

—Hmmm. ¿Has trabajado en Inglaterra?

—No; al no tener necesidad de hacerlo, me divertía con mi círculo de amistades.

—Seguro que tampoco aquí tienes que trabajar, ya que no te faltan las diversiones. De pronto quieres ser «útil». Me pregunto por qué —Fern se sintió avergonzada y Rhoda movió la cabeza—. Lo lamento, no será posible. Para empezar no me serías «útil», hasta que te enseñara el trabajo. Todo es cuestión de labores caseras y cuidado de niños.

—Dijiste que de todos modos tienes que adiestrar a alguien —le recordó—. ¿Acaso no te ayudo cuando vengo?

—Por supuesto, pero como Dama Dadivosa que lleva la sopa a los feligreses… Sí, algo me ayudas y nos llevamos bien, hasta diría que tienes posibilidades de aprender…

—No sabes cuánto te lo agradezco —murmuró Fern.

—Pero entre otras incógnitas, si el Calypso zarpó sin ti, ¿en dónde vas a vivir? ¿En un hotel de la ciudad? Tendrías que levantarte demasiado temprano, mañana tras mañana, para llegar a tiempo. ¿Ves mi punto de vista?

—¿Quieres decir que no confiarías en mí si tuviese que venir desde la ciudad? No hace falta que viva en Port Dauphin. ¿Podría conseguir alojamiento aquí en el campamento? ¿Cómo viene Mahe al trabajo?

—Andando nueve kilómetros cada día desde su pueblo, pero no es lo mismo. Quizá puedas alojarte en una de las cabañas del personal, o… la cabaña contigua a la mía tiene un anexo. Consta de una habitación y un baño y tiene una puerta independiente. Lo usamos cuando tenemos necesidad de aislar a algún niño enfermo. La posibilidad es remota. Si de veras quieres trabajar aquí, te conviene aceptarlo.

—¿Eso significa que me admites? ¿Cuánto tendré que pagar por el alquiler?

—Nada. Es parte de la guardería y, en caso de necesitarlo, tendrás que desalojarlo. Recibirás tu sueldo de la compañía de Opal, igual que Ben Croftus y yo.

—¿Crees que la oficina de Opal podría rechazarme en caso de considerarlo conveniente? —preguntó, pensando que Grant podía vetar el plan.

—Podrían hacerlo, pero no lo harán si les digo que te necesito. ¿Cuándo podrás empezar?

—Si traigo mis pertenencias esta tarde, empezaré mañana.

—Hazlo —dijo Rhoda, pero, aunque parecía haber aceptado sin discusión los motivos de la estancia forzada de Fern, aún tenía otra pregunta—. ¿Consideras esto como si lo hiciera una señorita de sociedad que necesitara un curso preliminar sobre el trabajo doméstico antes del matrimonio?

—¿A qué te refieres? —preguntó Fern sonrojándose.

—Es que me sorprenden las repentinas ansias de una joven de sociedad por «ser útil». Por lo general eso significa que quiere serle útil a algún hombre. He visto que las chicas deseosas de comprometerse muestran esa necesidad. ¿Eres de ésas?

—No —contestó, negando con la cabeza. Sólo quería poder decirle a Grant, con mucho orgullo, que lo había conseguido.

—Parece que me he equivocado. Pero quise asegurarme de que tu instinto para construir tu nido no había entrado en acción y me preguntaba si conocía al hombre —murmuró Rhoda.

Capítulo 5

EN los siguientes días, Fern llegó a preguntarse si alguna vez aceptaría con gusto la tiranía del despertador. Por más temprano que se acostara, al despertar con el agudo timbre de aquel malvado reloj, le parecía que acababa de dormirse. Tuvo que imponerse la disciplina de levantarse de la cama y meterse bajo una ducha fría antes de que dejara de sonar, porque de lo contrario jamás despertaba del todo.

Un poco antes de las seis y media, todas las madres habían dejado a sus hijos en la guardería e iban camino de la oficina, la cafetería o el club. La rutina de la guardería se iniciaba con la inspección de las regordetas manitas de los niños para ver si estaban limpias; había que atar baberos en los cuerpecitos sentados en las sillas, alrededor de la mesa común, para un desayuno de arroz con leche para los mayorcitos y cereal tibio para los pequeños.

Después, se desalojaba la mesa y se lavaban los platos, mientras los niños se dispersaban para jugar a su libre albedrío. Aquello requería una estrecha vigilancia ya que siempre había rivalidades y ganas de destacar. Seguía «la calma», sólo en teoría, cuando se les animaba a realizar alguna tarea sedentaria, pero era «calmada» sólo en comparación con el tumulto anterior.

Siempre había que arreglar juguetes o coser ropa; primeros auxilios para deditos cortados y rodillas raspadas; cuidar a los más pequeños mientras dormían la siesta de media mañana, alimentar a los siempre hambrientos y, según Fern, mantener una continua paz entre aquellos pequeños ejemplos de las diferentes culturas: china, hindú, europea, árabe, que se reunían y vivían en una razonable armonía en la encrucijada exótica de Maracca.

Afortunadamente, Fern descubrió que, al igual que Malie, a quien

echaban de menos los niños, tenía cierto talento para hacer las paces después de una disputa y para calmar los enfados. Supuso que se debía a que recordaba sus problemas y frustraciones infantiles. Aplicó la justicia con buen humor y su actitud le valió la alabanza de Rhoda, que la calificó como un verdadero rey Salomón por sus dictámenes.

También se entretenían con juegos, canciones y marchas, y no faltaba la acostumbrada revisión semanal en el dispensario de Ben Croftus, donde a veces se presentaba alguna urgencia inesperada. Se les daba la comida a los chiquillos antes de que se marcharan. Luego, Rhoda y Fern ordenaban el salón y planeaban las actividades del día siguiente. A veces comían juntas, otras, alguna de ellas iba a la cafetería. Cuando Fern quedaba libre para descansar y dormir la siesta, los demás se levantaban. Después de un pequeño descanso en la fresca atmósfera de su habitación, a menudo iba a nadar a la piscina del club, a una hora en que las jóvenes madres acostaban a sus pequeños mientras que sus maridos tomaban la copa en el bar del club. Pasó la mayoría de los primeros atardeceres en compañía de Rhoda o en su habitación. Rhoda consiguió el permiso oficial de Grant para dar trabajo a Fern como ayudante suya, pero él no intentó verla. Su principal fuente de noticias era Ben, que le informó de lo que había oído en cuanto a su repentina desaparición de las candilejas de la sociedad. Sin embargo, se mostró reservado y no hizo preguntas, aunque le confesó que tenía intrigada a mucha gente.

—La noticia se apagará en unos cuantos días. Al oír algunos comentarios se pensaría que te has metido a monja y que darían cualquier cosa por enterarse del motivo. Incluso he oído insinuar a Freda Logan, una mujer venenosa, que se trataba únicamente de un ardid publicitario: *La hija del jefe de la compañía Opal se divierte en barrios bajos*. ¡Imagínate! Hablar así de nuestro grupo de madres y niños, el grupo más encantador que pueda existir. Desde luego, no falta la gente humanitaria que te concede todo el mérito. A decir verdad, Fern, creo que deberías negar el rumor de que te has metido a monja. No te recluyas por completo y muéstrales que eres la misma de siempre.

—No tengo tiempo para eso.

—Cuentas con tus noches, que es más de lo que yo puedo hacer. Mira, Grant Wilder va a dar mañana una fiesta en el club. ¿Lo sabías? ¿Te ha invitado? ¿No? Se trata de reunir a unos cuantos hombres con sus chicas para una agradable tertulia. Creo que sí podrás asistir. ¿Quieres ir conmigo?

—Gracias, me encantaría —repuso ella, diciéndose que aceptaba

porque no encontraba ningún motivo para negarse. Algún día tenía que volver a enfrentarse a Grant y qué mejor manera de hacerlo que en compañía de Ben y otras parejas. No se atrevería a humillarla delante de todos.

Tuvo cierto recelo cuando se unieron al grupo en la terraza del club, a la luz de los faroles y las velas en los candelabros. Si Grant se empeñaba, podría hacerle ver que no era bienvenida, lo cual intrigaría a Ben, que la había invitado tan confiadamente. Cuando la saludó con la misma amabilidad que a Ben, comprendió que Grant jamás se mostraría grosero en público. Por muy mala opinión que tuviese de ella, sólo se lo haría saber cuando estuviesen a solas.

La reunión siguió la habitual secuencia de charla y bebidas, llegadas y despedidas. Casi todos los invitados de Grant eran colegas de trabajo. Fern descubrió que la aceptaban como «una de ellos» y no tuvo dificultad en participar en la conversación. Se sentía tranquila y a gusto cuando Freda Logan, a la que le hubiera gustado poder evitar, se separó de otro grupo para acercarse a ella.

—Últimamente no se te ha visto en los acontecimientos sociales —empezó Freda—. La gente murmura y se pregunta qué ha hecho para ofenderte —sonrió como si acabara de hacer una broma, pero Fern sabía que lo que pretendía era ponerla en evidencia.

—¿Sólo porque he aceptado trabajar ahora que no está mi padre? ¡Qué tontería! —exclamó—. No creo que a nadie le extrañe.

—Bueno… es que ha sido tan repentino. Un día, contábamos con el jefe y de pronto se marchó; y tú te dedicaste a ser la buena samaritana y te viniste a vivir al campamento.

—En algún sitio tenía que alojarme y me pareció una magnífica idea vivir al lado de Rhoda Camell y cerca del trabajo.

—Pero, ¿por qué el trabajo? Sobre todo, ¡ese tipo de trabajo! Nada menos que cuidar niños ajenos y de color. Si estabas aburrida, podías haber elegido cualquier otra cosa. Austin tiene influencias y te habría ayudado gustosamente. De hecho, si se lo hubieses pedido, te habría dado el puesto de secretaria de su oficina.

—No sé escribir a máquina ni llevar un archivo —repuso Fern—. Además, en las seis semanas que llevaba aquí, sólo había visto un aspecto de la vida de la isla. Me pareció buena la idea de mezclarme con los nativos, tal como lo hago en la guardería infantil, para conocer otra forma de vida.

—No comprendo cómo pueden interesarte los nativos si estás de

paso y no vas a residir aquí de forma permanente. A menos que pienses casarte en Maracca, lo cual explicaría todo —insinuó Freda.

—¿Eso crees? ¿Explicaría qué? —la calma en su voz ocultó la irritación que le causaba aquella mujer.

—Me refiero a lo que imagina mucha gente respecto a ti —replicó Freda, poniendo cara de inocencia—. Piensan en los muchos hombres con quienes has salido y se preguntan a cuál de ellos has elegido para establecerte en Maracca. Querida, ¡corren tantos rumores sobre ti que llenarían toda una columna de los ecos de sociedad! Hasta se ha dicho que considerabas que Grant Wilder sería un magnífico premio, etiquetado como director de la compañía petrolífera Opal, Maracca. Debes saber que convenció a sir Manfred para que destituyera a Austin del puesto.

De modo que de eso se trataba, pensó Fern. El rencor de Freda Logan era resultado de la envidia que le tenía a Grant. Era irónico que impulsara a Fern a tomar el partido de ésta. Fern imaginó lo que Grant hubiera contestado de haber sabido lo que Freda pensaba. Ella sólo pudo responder que se sentía halagada de haberse hecho notar tanto y, en su interior, esperaba que su enemiga y la de Grant concluyera que le eran indiferentes los chismes que corrían.

Llevaban una hora allí, y ella y Ben formaban parte de un grupo al cual Grant acababa de unirse. De pronto, llamaron a Ben al teléfono. Ben volvió, cabizbajo.

—¡No podía durar! Me han llamado de urgencia para un caso de ataque al corazón. Se trata de un hombre joven, pero es la segunda crisis cardíaca que sufre y tendré que llevarle al hospital de Port Dauphin —le explicó a Fern—. ¡Qué mala suerte tener que irme sin saber si podré volver!

—No tiene importancia —dijo Fern, dejando su copa—. Te acompañaré y así me dejas en la guardería.

—Por supuesto —aceptó Ben, pero los demás exclamaron al unísono:

—No hace falta que Fern se vaya, nos encargaremos de que vuelva sana y salva.

—Yo llevaré a Fern —anunció Grant y alguien volvió a colocarle la copa en la mano a la joven.

Tal como había dicho Grant, el club cerraba temprano y la reunión se terminó antes de medianoche. Ben no volvió. La gente se dispersó en grupos de dos o tres, a pie y en coche. Fern y Grant, como anfitrión que era, fueron los últimos en irse.

Por la noche, la instalación del campamento tenía una magia silenciosa muy particular. En los patios, alrededor de los cobertizos y de los castilletes, no se movía nada que pudiera evidenciar la agitada actividad que se desarrollaba en el fondo de la tierra y que no cesaba ni de día ni de noche. La oscuridad era más intensa por contraste con los grandes abanicos de llamas, con todos los colores del espectro, que subían al cielo desde las bocas de las columnas de las plataformas conocidas con el nombre de torres ardientes en los círculos profesionales. Fern se las representaba en su imaginación como hirvientes calderos de brujas.

El aire nocturno era tan cálido como el de día de verano y Grant propuso que fueran caminando a la guardería. En el trayecto le preguntó con quién había hablado durante la velada y ella le describió el físico de algunas personas de cuyos nombres no se acordaba. No nombró a la señora Logan. Al llegar al anexo sacó la llave de su bolso y le tendió la mano.

—Gracias por haberme acompañado hasta casa —murmuró, pero Grant no se la estrechó.

—Entraré —dijo, cogiendo la llave. Luego, abrió y la dejó pasar antes de entrar él y cerrar la puerta. Fern encendió la luz, sintiéndose tan nerviosa como si estuviese en compañía de un desconocido.

—No debes quedarte. Cerrarán y no podrás volver al club —comentó al recordar el horario.

—No te preocupes, he hablado con Fadal, el chico encargado de la puerta —murmuró Grant con indiferencia, en tanto observaba la austeridad con que estaba decorada la pequeña habitación—. De modo que así vive la otra mitad; primitivo, pero limpio.

—No te he pedido tu opinión. A mí me parece adecuada —replicó la joven con dignidad.

—¿Soportas lo mejor posible un mal empleo o saboreas los privilegios de una chica trabajadora? Tienes tu propia llave, estás en libertad de ir y venir a la hora que te convenga sin tener obligaciones con nadie y con la ventaja de poder recibir a tus amigos sin obstáculos a cualquier hora de la noche.

—Disfruto de mi trabajo y me resulta muy conveniente vivir cerca de él. No recibo a nadie. Rhoda tendría motivos para quejarse si hiciese lo contrario. Además, puedes ver que no hay sitio ni sillas para más de dos personas a la vez.

—Pero una sí encontraría en dónde sentarse. ¿De haber vuelto con

Ben Croftus, le habrías invitado a pasar la noche contigo?

—Te recuerdo que me has traído tú —replicó, conteniéndose al comprender que intentaba provocar una discusión—. ¿Esperas que te invite a pasar la noche conmigo? —añadió fríamente.

—Sólo estoy probando… probando… —imitó a un electricista comprobando el funcionamiento de un micrófono—. Te equivocas, porque perderías tu dignidad si rechazara tu invitación, pero perderías más si aceptara quedarme. No, no te atreverías a correr el riesgo.

—¡Me alegro de que te hayas dado cuenta de que no tenía pensado invitaros ni a Ben ni a ti! —replicó ella, quitándose la chaqueta—. Por favor, vete, tengo que levantarme muy temprano —Grant se irguió y dejó de apoyarse en el respaldo de la silla.

—Para trabajar en algo que no podría ser mejor, dadas las circunstancias, para lograr tus propósitos, ¿no?

—¿Mis propósitos?

—Querida, ¿no irás a negarlo? ¡La cercanía diaria, con innumerables oportunidades para un momento de intimidad! La constante excitación para ese pobre tipo que te tiene tan cerca…

—¿Te refieres a Ben?

—¿Quién si no él? —inquirió, enarcando las cejas—. Le halagas al compartir su trabajo y hablar en términos médicos entre los interludios románticos… ¡Ah, sí, has planeado las cosas muy bien!

—¿Me acusas de haber pedido este empleo para estar cerca de Ben? —preguntó Fern con cara de sorpresa.

—¿Te atreverías a negarlo? No necesitas elaborar una confesión, porque la he hecho por ti. Te felicito, no has olvidado ninguna treta.

—Tú eres el jefe —exclamó la joven—. Si piensas así de mí, ¿por qué permitiste que Rhoda me contratara?

—Quizá al principio no me di cuenta de tus motivaciones, pero al enterarme decidí darte suficiente cuerda para que tú misma te delataras. Debes saber que no tienes futuro al tratar de pescar a Ben. Él y yo somos parecidos, ambos somos piedras que están siempre rodando y, cuando sienta el anhelo de seguir adelante, por muy comprometido que esté con alguna chica, ella tendrá que acompañarle… o dejarle ir. Al menos, así entiendo su filosofía de la vida.

—Lo sé —confesó Fern tranquilamente.

—¿Te lo ha advertido?

—No necesito advertencias. No estoy en absoluto comprometida con Ben Croftus.

—¿Ni él contigo? Me han engañado entonces, pensé que Ben estaba a punto de caer bajo tu seducción.

—Si temes que esté en peligro de que eso ocurra, ¿por qué no le previenes?

—¿Para revelar un interés por ti que hasta ahora he logrado ocultar? —dijo con la mano en el picaporte—. No, supongo que esto no representa para ti más que una forma de pasar el tiempo lo más agradablemente posible. Ben debe aceptar la suerte que le depare el destino.

—Entonces, ¿no te molesta que siga viéndole a menudo si me apetece? —inquirió Fern.

—Mi querida ex esposa, si en el futuro me importa «algo» ya sea que te vayas o quieras irte con otro, puedes estar segura de que no disfrutarás de las consecuencias —se echó a reír, pero su risa encerraba una amenaza. Abrió la puerta y durante un momento Fern vislumbró su silueta antes de que diera un portazo.

¿Qué había querido decir? ¿La había amenazado con el divorcio? ¿Terminarían así las cosas? Se preguntó qué contestaría Grant si se lo preguntase. En su desolación, quiso llorar al revivir el recuerdo de los besos que solían excitarla.

La fiesta que había organizado Grant había sido la primera de su retorno a la vida social. No tardó en aceptar dos o tres salidas por semana. Parte de sus motivaciones fue el comentario de Freda Logan en cuanto a su desaparición de la escena; lo demás fue un desafiador orgullo que exigía demostrarle a Grant que había sido ella la que había elegido el aislamiento y no que sus amistades la hubieran rechazado. Otro punto importante era que necesitaba ocultarle a sir Manfred que ni su ánimo ni su fuerza de voluntad se habían debilitado por haberla abandonado. Hizo caso omiso del consejo de Grant en cuanto a que no se comunicara con su padre y le escribió a Australia para contarle lo mucho que se divertía y lo agradable que resultaba su trabajo. No habló de las causas por las cuales él la había dejado abandonada. ¡No estaba dispuesta a quejarse!

En la guardería, se enteraba de los rumores que corrían sobre sus actividades sociales, románticas y deportivas; no faltaba quien le informaba de las veces que habían visto a Rose de Mille con Grant en las carreras de caballos, en el casino y a Rose de espectadora, cuando Grant había participado en la competición de esquí acuático. Todos

creían que la pareja estaba comprometida, aunque no lo hubiesen anunciado oficialmente, por lo que siempre les invitaban a los dos juntos. Fern solía recordar cómo se había negado a que la emparejaran con Grant desde el momento en que conoció a otros hombres en la isla. Sin embargo, su «ego» se habría sentido mejor si Grant la hubiese invitado tan sólo una vez, aunque desde luego, habría rechazado la invitación.

Ben le comentó que la rivalidad entre Austin Logan y Grant crecía de día en día. Grant estaba en la isla de Maracca como director de las proyectadas prospecciones en el mar y, además, para sustituir a Logan como director de instalaciones construidas en tierra firme. Fern recordó que sir Manfred había hablado de que el personal para ambos proyectos debía ser común y por lo tanto deberían contar con un solo director. Como Logan no tenía experiencia en instalaciones construidas en el mar, lo lógico había sido darle el puesto a Grant. A Logan, desde luego, no le había gustado la decisión y menos le gustó al ver que empezaban a levantar las plataformas. Ponía obstáculos en donde podía.

—No deja de decirle a Grant que no puede prescindir de los hombres que éste le pide, y aunque Grant tiene la autoridad para llevárselos, Austin puede incitar a los trabajadores a la rebelión si les convence de que les están explotando y de que deberían pedir más sueldo por el peligro que corren trabajando en el mar. En una empresa tan grande no faltan los descontentos dispuestos a escuchar.

—¿Qué puede hacer Grant? —preguntó Fern.

—Imponer su autoridad, ofrecer contratos de acuerdo con los riesgos, horas extras y todo lo demás. Pero si Logan continúa fomentando la discordia solapadamente, los contratos no valdrán más que el papel en que están escritos y Grant no podrá estar seguro de los trabajadores.

—¿Puede suplantar a Austin Logan?

—Sin autorización de la compañía Opal y en el puesto que ocupa ahora como segundo de abordo, no, pero conociendo a Grant no admitirá que no puede llevar el timón de su propio barco. No hay la menor duda de que puede salir adelante, pero mientras tanto tendrá que lidiar con la pareja Logan.

—¿Freda Logan? —preguntó Fern—. Desde que la conocí intuí que estaba en contra de Grant. Mi padre también se dio cuenta. No creo que ella pueda influir en los hombres.

—No directamente y menos que Austin, pero puede causar bastante

daño con su afilada lengua. Seguro que ya te has dado cuenta.

Ella lo sabía muy bien, pero no le reveló a Ben lo que la otra había dicho en cuanto a las ambiciones de Fern. Desde luego, Freda estaba equivocada y sus intrigas sólo tenían valor como una especie de conjura contra Grant. Desde aquel punto de vista, estaba de acuerdo con Ben en cuanto a que Grant podría manejar la situación y no vio impedimento en contarle la situación a su padre en una de sus cartas. No imaginó las consecuencias de su acción. No había recibido respuesta a su carta cuando Grant la invitó a cenar. Rhoda contestó al teléfono en el dispensario y la llamó.

—El jefe quiere hablar contigo.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? Pasaré a buscarte a las ocho.

—No estoy segura si… —titubeó al recordar que había decidido rechazar sus invitaciones.

—Tonterías. No te estoy invitando para una fecha lejana. Debes saber si estás libre esta noche. ¿Puedes o no?

—Hasta este momento, sí, pero existe la posibilidad…

—Si llega a presentarse, la ignorarás. Tengo que hablar contigo sobre un asunto y no puedo esperar. No es necesario que te acicales, saldremos de la ciudad. Te iré a buscar a las ocho —cortó la comunicación y Fern quedó intrigada al no ser capaz de imaginarse qué era lo que podía ser tan urgente. Supuso que quizá quería hablar sobre una reconciliación y que aceptaba sus condiciones o que, al contrario, le iba a pedir el divorcio, lo cual sería lo peor que le podía suceder. Cualquier otro motivo para aquella urgencia en verla se le escapaba.

Se puso un vestido verde pálido con una capita que hacía juego y una cinta de seda atada al cabello. Grant también vestía con informalidad. Mientras iban en el coche, Fern se dijo que tal vez pasaran una velada agradable. Cenarían en algún pequeño restaurante aislado en las colinas o junto al mar. No creía que el destino pudiera depararle una terrible suerte.

Grant no tocó el tema que tenía en mente y cenaron en silencio en la terraza, iluminada con velas, de un pequeño hotel. A Fern le parecía que los años no habían pasado para ella ni para Grant. Él se mostró atento y cautivador, tal como solían hacerlo en las noches de verano en Londres, cuando iban a cenar a algún restaurante situado a la orilla del río y luego volvían a casa para dormir abrazados.

En aquel entonces, deseaban lo mismo y sus cuerpos se compenetraban hasta casi fundirse en uno solo. Pero aquella noche, ella

dormiría sola y le hubiera gustado estar segura de que Grant haría lo mismo después de dejarla en el anexo. Al terminar el café y cuando sólo podía ver el humo del pequeño puro de Grant en la semioscuridad, Fern decidió abordar el tema.

—Dijiste que tenías que háblame de algo —le recordó.

—Así es, pero antes he querido disfrutar de la cena.

—Parece que va a ser desagradable.

—Más bien es algo que preferiría no tener que decir —hizo una pausa—. Le has escrito a tu padre. ¿Has recibido contestación?

—Aún no —contestó la joven sintiendo de pronto temor por la salud de sir Manfred—. ¿Por qué… qué le…?

—Me ha llamado por teléfono. Quería saber la verdad de lo que insinuaban los rumores, que tan detalladamente le expusiste en tu carta, y a mí me gustaría saber qué derecho tienes para hablar de los asuntos de la empresa que te son ajenos. Me refiero al informe que le diste acerca de que existen problemas internos, creados por los Logan, y que podrían llegar a ser incontrolables. ¿No irás a negar que le has escrito esas tonterías a tu padre? —de un agradable acompañante, Grant se convirtió en un desagradable fiscal.

—Sí, le he escrito a papá lo que oí…

—¿En boca de quién?

—Todos lo dicen y, especialmente, Ben Croftus —replicó, encogiéndose de hombros.

—Pensé que Ben, como profesional que es, mostraría más discreción —repuso Grant mirándola con severidad.

—Lo es en su profesión. Además no es nuevo para mi padre que Logan pueda crear problemas. Los dos lo comentasteis delante de mí.

—Pero no el tipo de problemas que insinúan los rumores. Aunque fuese como lo imaginas, ¿de quién es el problema y quién tiene la responsabilidad de resolverlo?

—Tú, por supuesto —respondió Fern.

—Exacto. Cuando la compañía Opal de Maracca se vea envuelta en problemas sin solución, entonces será cuando haya que enviar un informe oficial a las oficinas centrales. Hasta entonces no nos interesan los rumores o las calumnias. ¿Comprendes?

—Podías habérmelo dicho con más suavidad —murmuró Fern con la cabeza gacha.

—La calumnia es un tema odioso para que reciba un tratamiento amable. Eres empleada de la compañía Opal y haberte pedido que

fueras a mi oficina habría sido menos amable.

—Sí, muchas gracias —murmuró, sabiendo que no merecía que le dorara la píldora y que la previniera de no seguir citando las palabras de Freda Logan. Desconsolada, se dio cuenta de que la situación había llegado a un anticlímax. Ella había ido a cenar con Grant, dispuesta a aceptar cualquier arreglo de índole personal y, al parecer, lo único que le interesaba a Grant era que ningún escándalo debilitara su autoridad en la empresa. Tenía tanta confianza en sí mismo que no reconocía la deslealtad en nadie hasta que fuese debidamente comprobada. Era una postura que ella le admiraba a regañadientes, aunque le dolía que la hubiese reñido. Aceptó que la habría podido humillar más si la hubiese llamado a su oficina en vez de invitarla a cenar, pero podía haberle pedido su cooperación en vez de regañarla y acusarla de difundir rumores y habladurías. No sólo eso, sino que la había tratado como «empleada de la compañía Opal». ¡Cuánto había debido satisfacerle todo aquello!

—¿Te arrepientes de tener que obedecer mis órdenes? —inquirió él, como si le hubiese leído el pensamiento.

—¿Quieres conseguir mi arrepentimiento? —replicó.

—Me es indiferente.

—Antes te importaba bastante —le recordó. Grant se puso en pie y ayudó a la joven a ponerse la capa. Se la colocó sobre los hombros y dejó los dedos sobre su piel más tiempo del necesario.

—¿Para menospreciar tu terco deseo de demostrarme lo que puede lograr una chica trabajadora? —inquirió al salir.

—Pero te parece bien que las chicas trabajen, ¿no?

—Por lo general, sí.

—¿Y Rose de Mille en particular?

—¡Qué memoria y qué capacidad para los celos! Cualquiera diría que eres una esposa engañada… La respuesta es sí, me parece bien que trabaje Rose, no sólo porque es una profesional sino por otros motivos. ¿He respondido a tu pregunta?

—No ha sido pregunta, ha sido una afirmación. Insistes demasiado en la buena opinión que tienes de ella.

—Me atrevo a decir que también te tienen bien informada sobre eso —repuso. Fern dejó pasar el comentario. Grant volvió por otra carretera y pasó por la guardería y la zona residencial de camino al muelle principal. Estacionó el coche, con el morro hacia el mar. Apoyó los brazos cruzados sobre el volante y movió la cabeza—. Éste es el objeto

principal de la invitación. ¿Qué te parece?

Fern siguió su mirada hacia la alumbrada estructura que se veía a unos setecientos metros mar adentro; parecía un barco anclado, pero no lo era. Grant había dejado que Fern pensara todo el tiempo que la había invitado a cenar únicamente para regañarla.

—Creí que tú…

—Es el primer turno nocturno de la plataforma. Nos enorgullece y pensé que te gustaría verlo trabajando. ¿No te parece extraordinario?

A Fern le enterneció el tono orgulloso de su voz. Había dirigido la maquinaria más perfecta de la ingeniería moderna para crear algo de utilidad; no era el primer logro ni sería el último, pero necesitaba presumir y que le alabaran por ello; el macho eterno, seguro de su valor, pero chiquillo al fin, vulnerable a las opiniones que tuviesen de él. Ése era Grant, el hombre hábil, dominante y arrogante, pero deseoso de que ella le apreciara. Si tan sólo fuese verdad que necesitaba su aprobación y no la de Rose de Mille.

—Es magnífico. ¿Cuentas ya con todo el personal?

—En turnos continuos y todos trabajando como topos, a pesar de que, desde aquí, todo parece muy tranquilo —añadió como si estuviese hablando solo—. Es curioso saber que pocas veces tiene uno la oportunidad de poner en movimiento aparatos como ése, que seguirá funcionando y haciendo dinero mucho después de que uno desaparezca de la escena. Es un pensamiento solemne imaginar ese tipo de inmortalidad. Brunei con sus puentes, Eiffel con su torre… —al desvanecerse su voz, a Fern se le ocurrió algo maravillosamente revelador, pero que la hizo sentirse avergonzada.

Pensó que de haberse salido con la suya, le habría quitado aquella oportunidad de crear algo. Tal como él la había acusado, ella había querido mantenerle encerrado en una oficina en Londres, privándole del futuro que él vislumbraba. En aquel momento se dio cuenta del daño que le había hecho y le bastó ver lo que había delante del coche de Grant. Tenía que confesárselo y ceder incondicionalmente.

En el futuro, Grant podría ir adonde quisiera y ella le acompañaría. ¿Cómo se había atrevido a frenarle poniéndole precio a la lealtad que le debía como su esposa? Se arrepentía de todo. Lo que él deseara, ella lo desearía para él. Cuando fuese viejo, y no se lo imaginaba avejentado, podría decir al señalaren el mapa: «Aquí construí instalaciones, también aquí y aquí…» Era menester decirle todo aquello, aunque no acertara a explicárselo coherentemente. Llena de amor por el, colocó una mano

sobre el brazo de su esposo.

—Grant, yo… —no pudo terminar, porque en aquel preciso instante todas las luces de la plataforma del mar se apagaron.

Capítulo 6

GRANT soltó con un movimiento brusco.

—¿Qué diab… qué sucede? —murmuró.

—¿Qué pasa? ¿No está programado que apaguen los motores? —preguntó Fern, inquieta.

—¡No seas infantil! —exclamó irritado—. Es uno de los turnos de ocho horas y no hay ningún motivo para el apagón.

—Entonces, es que pasa algo malo.

—Seguro que han dejado de funcionar los generadores, pero, ¿por qué? —dijo Grant, fijando la vista durante unos minutos y encendiendo después el motor del coche—. Tengo que llamar a los ingenieros y a las instalaciones. Pero, primero te llevaré a casa.

—No te molestes, tendrías que desviarte. Puedo ir andando.

—Ni si te ocurra. Siéntate y agárrate, porque voy a ir a toda velocidad.

Al llegar a la guardería le abrió la puerta, pero no salió del coche. Fern bajó.

—Llámame por teléfono cuando averigües lo que ha pasado —le rogó, pero seguramente que al cerrar la puerta él no la oyó.

A la mañana siguiente la noticia corría por doquier… La energía en la instalación había sido saboteada.

El daño había sido mínimo y se corrigió en el curso de veinticuatro horas, pero el contratiempo era significativo. Fern se preguntó si Grant la habría regañado tan severamente de haber ocurrido el percance uno o dos días antes. No se había comunicado con ella y Fern maldijo la amarga ironía de que hubiera ocurrido precisamente en el momento en

que lo había hecho. De haber tenido unos minutos más, habría confesado que capitulaba. Él tendría que haberse dado cuenta de que su terco enfrentamiento había terminado y que ella le amaba como siempre. Le habría dicho que ansiaba su perdón y que si volvían a hacer el amor como de costumbre quedarían en paz.

Quizá no hubiera necesitado hablar, quizá hubiera bastado con buscar sus labios para convencerle de su sinceridad… De pronto recordó la noche que había pasado en el apartamento de Grant, cuando la acusó de tratar de incitarle a que le hiciera el amor. ¿Qué habría sucedido la noche pasada si él la hubiese rechazado? El percance de las instalaciones la había salvado de correr el riesgo. Conforme pasaban los días sin ver a Grant, Fern fue perdiendo la valentía. Si la había llevado a ver las instalaciones sólo para presumir y si la velada había terminado antes de lo planeado por él, Grant no podía saber su reacción. Fern no se atrevió a buscarle para hablar con él y, ante su silencio, decidió que quizá era mejor que las cosas quedaran como estaban.

El siguiente encuentro no lo había planeado ninguno de los dos.

Fern estaba esperando a Ben en el vestíbulo del Meurice cuando vio que Grant salía del bar y buscaba a alguien con los ojos. Al verla, se acercó a su mesa y se apoyó en la silla desocupada.

—¿Molesto? —preguntó.

—En este momento, no —respondió ella con voz calmada.

—¿Me permites? —dijo, sentándose en la silla—. ¿Qué bebes?

—Nada, espero a Ben; nos hemos citado para ir al casino, pero no acaba de llegar.

—¿Te ha dejado plantada? ¡Debería darle vergüenza!

—No tiene él la culpa, nunca sabe cuándo le van a necesitar para una urgencia. En caso de que se vea obligado a cancelar nuestra cita, no tardará en llamarme.

—¡Qué pena! —exclamó, fingiendo preocupación—. A eso se expone la amiga de un médico, pero no soy el indicado para criticar. Lo mismo me sucede a mí. Rose, con la que estaba citado, me ha dado calabazas. ¿No te parece que sería buena idea que nos consolemos mutuamente? Ahogar las penas con una copa, como se suele decir.

—Rose de Mille, ¿no tiene actuación esta noche?

—Es domingo —le recordó Grant—. La gerencia le concede un domingo libre cada quince días y no le impone reglas a la hora de que elija sus acompañantes.

—¿Y tú eres uno de ellos?

—A veces tengo que esperar turno —repuso él, llamando al camarero—. Como parece que tendremos que esperar un poco estoy seguro que no dejarás que beba solo. ¿Tomarás un inofensivo jugo de tomate o un refresco?

—Preferiría tomar un coñac —le replicó Fern en tono desafiante, sintiéndose molesta por su condescendencia.

Viendo que él adoptaba una actitud tan burlona, a Fern se le quitaron las ganas de hablar de cosas serias y decidió mantenerse distante hasta que Ben se presentara. Notó que Grant ponía cara de sorpresa porque sabía que a ella no le gustaba el coñac; sin embargo, se lo pidió al camarero sin demostrar su extrañeza porque ella hubiese cambiado sus gustos.

—¿Sobre qué vamos a hablar? ¿Quieres que hagamos una apuesta en cuanto a quién de los que esperamos se presenta primero? Así te irás preparando para el ambiente del casino. ¿O quizá prefieres que vayamos a bailar a otro sitio?

Fern tomó un sorbo de coñac e hizo una mueca de disgusto.

—Esperaré a Ben otros quince minutos.

—¿Y si no acude a la cita?

—Le dejaré una nota y me iré a casa.

—¡Vaya forma de desperdiciar una velada! Me has dado una idea y haré lo mismo con Rose. Nada impide que nos acompañemos en ausencia de nuestras respectivas parejas.

—No me gusta la idea —replicó.

—¿Crees que no sabría llenar el vacío?

—Quizá, pero estoy segura de que Ben no tiene la culpa. Además… —decidió no nombrar a Rose, pero en aquel momento la vio salir de uno de los ascensores y dirigirse hacia ellos. Se puso en pie—. Solucionado el problema.

Rose ya había llegado junto a ellos.

—Más vale tarde… —comentó Grant.

—¿En dónde estabas, Grant? Te he esperado más de media hora. ¿Qué haces aquí? —continuó sin dejarle responder.

Grant quiso cogerla de la mano, pero ella no se dejó.

—Llegué hace un rato y te estaba esperando.

—La cita no era aquí protestó Rose—. Quedamos en que nos veríamos en tu apartamento —hizo una pausa y recalcó, en honor a Fern—. Como siempre, *mon ami*.

Grant miró a Fern y ella pensó: «Él comprende lo que Rose me acaba de decir».

—En tal caso, soy culpable —respondió—. Debí aclarar las cosas cuando nos citamos. Estábamos allí arriba cuando dijimos el sitio y la hora, ¿no? Por eso tú entendiste… —Fern cogió su bolso y vio la complacida expresión de la otra—. ¿Te vas? —le preguntó Grant.

—Sí, buenas noches.

—Le has quitado siete minutos y medio a Ben —murmuró Grant consultando su reloj.

Fern ignoró el comentario y se dirigió al mostrador de recepción en donde le comunicaron que estaban a punto de llamarla para decirle que el doctor Croftus había telefoneado para avisar de que le era imposible cumplir con el compromiso. De haberlo sabido unos minutos antes, se habría evitado la humillación que había sentido al oír la explicación de Rose en cuanto a que había estado esperando a Grant en el apartamento. Se dijo amargamente que no le importaba quién de los dos tenía la razón, el caso era que Rose tenía llave para entrar en casa de Grant. El hecho en sí no era extraordinario, pero la entristeció. ¿A qué habría ido Rose allí a las nueve de la noche? ¿A cenar en la intimidad? ¿Y luego qué? Fern, consumida por los celos, no tuvo dificultad en representarse en su imaginación la siguiente escena, así como la silenciosa vuelta de Rose a la habitación que ocupaba en el hotel.

Aquellos pensamientos le dejaron un amargo sabor de boca. Si le faltaban razones para apoyar su decisión de no rendirse ante Grant, había encontrado una muy buena. Admitió que Rose de Mille la había vencido. Había tenido suerte la noche del sabotaje al no revelar sus verdaderos sentimientos, ya que incluso entonces, habría sido demasiado tarde.

Por el contrario, la vida de Fern en el trabajo era tranquila ya que el ambiente de la guardería no estaba enrarecido por complicaciones sentimentales y le calmaba el espíritu. El mundo de los niños era realista y poco complicado. Tenían necesidades básicas y tan pronto reían como lloraban. Rhoda era un pilar de seguridad dentro de aquel pequeño reino. Lo dirigía con justicia, cosa que llenaba de admiración a Fern, que se daba cuenta de que, a pesar del hosco exterior de la otra, en el fondo era tierna y quería con locura a los chiquillos y a sus madres.

Malie invitó a Rhoda y a Fern a su ceremonia nupcial, en la que

ungirían los dedos entrelazados de los novios y bendecirían su futuro hogar.

—¿Crees que debemos asistir? —preguntó Fem.

—Por supuesto, la ofenderíamos si no lo hiciéramos —le aseguró Rhoda.

—¿Le llevamos regalo?

—Si quieres, sí, pero no es obligatorio. Lo más importante es estar presente, puesto que nos han invitado.

Fern compró un brazalete en filigrana de plata, hecho en Maracca, y Rhoda un juego de ollas de cobre para la cocina. Cogieron un taxi para ir al pueblo de Mahe y presenciaron la sencilla ceremonia de la unción de las manos de los desposados. Después fueron en procesión al nuevo hogar, una cabaña con dos habitaciones y de techo de césped seco. El banquete se organizó en una extensión de hierba requemada que rodeaba la casa.

Malie y Selim formaban una hermosa pareja. Él ganaba un buen sueldo en una plantación de té, según le explicó a Fern. La familia de la novia estaba orgullosa de tenerle como hijo político. Buda bendeciría a la pareja y les daría muchos hijos que, algún día, les ayudarían a tener su propia plantación. A la pregunta de Fern contestó que tenía buenos padres, severos, pero justos. Tenía una hermana muy inteligente, Vitora, que trabajaba en las oficinas de la compañía Opal y le aseguró que era, además, una belleza. Confesó que aquella temporada la veía triste y que no sabía el motivo porque no le había comunicado sus cuitas.

La modestia de Selim Sulong no era falsa y no había exagerado al hablar de la belleza de su hermana. Para ser malaya, era alta y hermosísima. Tenía una boca y unos ojos muy expresivos. Tanto los ojos como el cabello eran negros como el azabache. Llevaba puesto un sarong rojo e iba descalza. Selim la acercó al grupo de invitados en el que estaban Fern y Rhoda y ella sonrió con dulzura a los visitantes.

—Creo que te conozco, ¿no trabajas en la compañía Opal? —preguntó Rhoda.

—Sí, en la oficina de *sahib* Logan. Abro su correspondencia y contesto al teléfono. También preparo el café.

—Tu hermano está muy contento con Malie. Y tú ¿no estás casada? —preguntó Rhoda y Fern advirtió entonces la tristeza de la que había hablado Selim.

—No, no tengo esposo —contestó con aire reservado y Rhoda tuvo la impresión de que había dejado entrever una pizca de celos por la

felicidad de los recién casados.

—Debe tener cinco años más que Mahe y es posible que piense que se va a quedar soltera —comentó Rhoda momentos después.

—¿Con su belleza? —inquirió Fern—. ¡Los hombres de su pueblo y los que la conocen en la compañía Opal deben estar ciegos!

—Ella sabe que es hermosa y se estará preguntando por qué nadie la ha elegido.

—Sólo ha admitido que no tiene esposo —recalcó Fern.

—Pero no ha añadido que tuviese novio, lo cual habría sido una defensa legítima. ¿No lo harías tú?

Fern no contestó porque tenía ambas cosas en Grant y en Ben.

La relación que mantenía con Ben la preocupaba mucho. Él estaba demasiado confiado en que cuando ella no tuviese que estar en la guardería, saldría con él y que sólo en ocasiones acompañaría a Rhoda o se quedaría sola. Ben le caía bien y le agradecía su compañerismo; también le admiraba por la ambición que le impulsaba. La deseaba ardientemente, pero se contenía porque según le había confesado, tenía el ideal de casarse con una mujer virgen. Eso la excluía, pero no se atrevía a contárselo, él no lo comprendería. Fern vivía con el constante temor de que se sintiera engañado si le confesaba la verdad, pero sabía que el momento no había llegado. La ocasión se presentó inesperadamente. Todo empezó cuando llamaron a Ben a la oficina de Grant, al acabar su trabajo en el dispensario, en el mismo momento en que Rhoda se iba a comer a la cafetería y Fern empezaba a hacer la limpieza de la mañana. De inmediato, presintió la emoción que le embargaba al volver.

—¡Tengo noticias maravillosas! —le anunció, cogiéndola de la cintura y dando vueltas con ella en brazos por el salón—. Adivina.

—Tu descubrimiento para curar el catarro común y corriente ha resultado ser un éxito y te otorgaran una medalla de cera por tu experimento —le dijo ella en tono de broma.

—¡Ojalá fuese cierto! —exclamó—. No, en serio… ¡La empresa está contratando personal para el nuevo proyecto de Brasil! —añadió, sonriendo lleno de alegría.

—¿Y? —lo animó Fern.

—¡Y la planta necesitará un médico, y Wilder me ha recomendado para el puesto!

—Ay, Ben —murmuró, sintiéndose compungida sin saber por qué—. Si te ofrecen el puesto, ¿lo aceptarás? ¿Significa un ascenso para ti?

—Un poco, sobre todo en la cuestión económica —continuó Ben, entusiasmado—. Lo importante es que Grant aprueba el cambio. Él sabía que aceptaría inmediatamente, así que prometió que iría yo incluso antes de comunicármelo.

—Entonces, ¿te irás?

—Grant no me habría permitido dudar. Me ha ordenado aceptar por el bien de mi futuro y yo ya estoy casi con un pie allí —después de un corto silencio, añadió suavemente—: ¿Querrás venirte conmigo, Fern?

—¿Grant te dijo que era por tu propio bien? —preguntó, empezando a sospechar.

—No hay duda de ello y le creo. Es un tipo estupendo. ¿Me has oído, querida? Te he preguntado que si querrías venirte conmigo a Brasil, ¿qué me contestas?;

—Que te lo agradezco con toda el alma —respondió, sintiéndose enfadada por la hipocresía de Grant, aunque comprendía que no podía decirle nada de ello a Ben—. Es imposible. Te irás a Brasil y me alegro por ti, pero tendrás que irte solo porque no puado acompañarte.

—¿Quieres decir que no puedes abandonar a Rhoda antes de que adiestre a otra chica? Eso no importa. Hay bastante tiempo para que busque una suplente, la adiestre y nos casemos antes de marchar. ¿Preferirías que nos casáramos en Inglaterra? Estoy seguro que querrás volver… —esperaba una ansiosa aceptación, pero al ver que ella callaba, añadió, cogiéndole las manos—. ¿No se tratará de algo más serio, verdad? No te he declarado mi amor antes, porque no creí que fuese necesario. ¿No lo sabíamos ambos desde hace tiempo? —hizo un gesto de amargura—. Cuando menos yo lo sabía… ¿lo ignorabas tú?

—No sabía nada, Ben.

—¿De veras?

—Sí —repuso Fern—, y ahora comprendo que me equivoqué —no quiso ver el dolor de aquellos ojos acusadores, así que bajó la cabeza para mirarse las manos—. Nuestro compañerismo me ha sido muy grato y siempre has sido sincero en cuanto a que necesitas desplazarte de un lugar a otro… hasta encontrar el que te llene del todo. Siempre he sabido que no soy la chica que estaba destinada a acompañarte y por eso no me he permitido encariñarme demasiado contigo. Esperaba que tú pensaras igual.

—Pero es que yo te quiero —le reprochó Ben—. En cuanto al espíritu nómada, no veo que sea impedimento, sólo necesito contenerme un poco.

—No, no estoy dispuesta a que tengas que reprimirte por mi causa. Ojalá no tuviese que decirlo, pero no te amo lo suficiente.

—Hablas con franqueza —repuso el con tristeza, con aire de haber recibido un duro golpe—. Pero yo te quiero mucho y no te exijo demasiado, ¿no te basta con eso?

—Ben, sabes perfectamente que no resultaría. Te mereces una chica que vaya contigo hasta el fin del mundo y yo no soy esa chica. Hay otra cosa. Me tienes en un pedestal y dijiste que deseabas ser el primer hombre en la vida de tu esposa. No lo serías para mí; amé antes de conocerte —le rogó al cielo que Ben no le exigiera explicaciones y su suplica fue escuchada.

—¿Qué pasó? —preguntó, soltándole las manos amargamente.

—Nos separamos.

—¿Porqué?

—Por lo mismo que nos separaríamos tú y yo. No quise seguir unida a un hombre que se desplazaba como un gitano por todo el mundo. Quise un hogar permanente y…

—Y cuando se lo dijiste a tu marido, os separasteis —la interrumpió Ben.

—Sí.

—¿Sigues amándole?

—Sí, y ahora me doy cuenta de que fui muy tonta y de que me equivoqué, pero es demasiado tarde.

—No necesariamente, si él no se ha casado con otra —murmuró Ben —. Nunca lo hubiera imaginado, parecías tan abierta, libre e ingenua. Pero si sigues enamorada de él, significa que entre nosotros no puede existir nada. Te quiero y te deseo, Fern, pero no puedo concebir seguir haciéndolo si continúas pensando en otro hombre y si no puedes compartir mi modo de vida. Por favor, no te preocupes por mí. Te agradezco los momentos que hemos pasado juntos. Al menos, no podrás decir que no nos hemos divertido.

—En efecto, hemos pasado muy buenos momentos… Gracias por todo —murmuró Fern cuando él se volvió desde la puerta.

—Quizá Grant acepte que me vaya de inmediato y no dentro de un mes. Dadas las circunstancias, será lo mejor.

—Sí, creo que tienes razón, será lo mejor para los dos —dijo, haciendo un gesto de desaliento.

No tenía derecho a elegir el momento de la despedida y, si los motivos de Grant eran los que ella sospechaba, era muy posible que

quisiera someterla a una refinada tortura al privarla, poco a poco, de la amistad de Ben, en vez de hacerlo de una sola vez. Era muy posible que disfrutara viéndoles trabajar juntos, sabiendo que pronto dejarían de verse. Se puso a pensar en cuánto tiempo y cuántas acciones vengativas eran necesarios para que su amor se convirtiera en odio.

—No querrás verme más y yo no lo soportaría. Iré a hablar con Grant por la mañana.

—Es posible que no acepte —le previno, pero la puerta ya se había cerrado.

Era imprescindible que viera a Grant antes de que Ben hablara con él. Tenía que saber si realmente quería alejar a Ben para hacerla sufrir y aquello sólo Grant podía aclarárselo.

Capítulo 7

ERAN las siete de la tarde y Fern supuso que Ben no iría a buscar a Grant a aquella hora, pero ella tenía que hacerlo. Ya no estaría en la oficina y, si se encontraba en el club, no podría desafiarle allí. Tenía que averiguarlo y, sin decir su nombre, llamó a Le Corsair, en donde el amable portero le dijo que Grant no estaba en su habitación ni en las salas del club. Añadió que, a menudo, el señor Wilder iba a la ciudad a aquella hora. Le sugirió que le buscara en su apartamento del Meurice.

Podía hacerlo, pero no lo prevendría por teléfono. Si no estaba allí, no sabría adonde ir a buscarle después. Si le acompañaba la suerte, el apartamento le proporcionaría un sitio en el que poder estar a solas para llevar a cabo su propósito, siempre y cuando Grant no estuviese acompañado. Pidió un taxi para ir lo más rápido posible y le dejó un recado a Rhoda explicándole que iba a la ciudad.

En el Meurice recorrió el concurrido vestíbulo y buscó en los bares y en el comedor. Al no encontrar a Grant, cogió el ascensor y subió al último piso. Llamó a la puerta y le abrió Grant. Llevaba puesto un albornoz y señalaba la página de un libro con el pulgar.

—Vaya, vaya —sonrió él con cinismo—. Tenía que haber hecho una apuesta sobre el tiempo que tardarías en buscarme —Fern se desconcertó al no verle sorprendido.

Había ensayado lo que iba a decirle airadamente, pero al comprender que ello precisamente era lo que esperaba Grant, tuvo que improvisar.

—Sabías entonces que iba a descubrir tu ardid para despojarme de uno de los dos únicos amigos de verdad que tengo en la isla y que no tardaría en venir a reprochártelo.

Grant la dejó entrar y cerró la puerta.

—Más o menos —asintió—. Contaba con tu habilidad para prejuzgar mis motivos y sabía que vendrías a reprocharme lo que había hecho y que estarías de parte de Ben, ya fuera con o sin su consentimiento.

—Alguien tenía que hacerlo —replicó—. Te consideras como su hada madrina ya que le has proporcionado la oportunidad que esperaba. Él no lo sabe, pero yo lo sospeché inmediatamente, ¡que lo has hecho única y exclusivamente con el propósito de castigarme a mí!

—¿Por eso crees que lo he hecho? ¿Y se lo vas a decir así a Ben? —preguntó, mirándola fijamente.

—No, no quiero desilusionarle, destruyendo la opinión que tiene de ti. Se irá a Brasil creyendo que eres un gran tipo y jamás imaginará que tus motivos para enviarle allí han sido tan mezquinos.

—Caray, no sabía que fuese tan hábil como para conseguirle un empleo en Brasil, en donde mis influencias son nulas —comentó Grant.

—Lo único que digo es que viste una ventaja para ti en ofrecerle el puesto a Ben y asegurarte de que lo aceptaría —repuso Fern con impaciencia.

—No hizo falta mucha labor de convencimiento.

—Es lógico, ya que sabías que tenía la ambición de mejorar en su profesión sin estancarse en un mismo sitio. Por eso mismo es tan despreciable tu plan. Odiabas vernos juntos y así has logrado terminar con nuestra amistad. ¡Has ganado y espero que te sientas satisfecho!

—¡Tu desafío es infantil! Necesitabas desahogarte, pero no quieres que me sienta satisfecho. Más te gustaría verme martirizado por los remordimientos.

—Dudo que tengas conciencia para eso.

—¿Por poner a Ben Croftus en camino de lo que anhelaba hacer?

—Por haberlo hecho por las razones mezquinas por las que lo has hecho.

—Y si admitiera que mis razones son discutibles, ¿no se te ha ocurrido que puedo haberlo hecho como una última y desesperada tentativa de rescatar a Ben? —hizo una pausa—. Rescatarle de tus garras, querida, nada menos que eso.

—¿Rescatarle? No necesitaba maniobras de salvamento. ¡Está… enamorado de mí!

—Precisamente —replicó Grant—, se acercaba, a galope, al peligro, si es que el agua no le ha llegado al cuello todavía —con las manos dentro de los bolsillos del albornoz, se acercó a Fern, que, al darse cuenta de su cercanía, percibió el aroma personal que despedía y, por

más que quiso huir de la malicia que veía en él, añoró acariciarle y que él la acariciara—. Eres un peligro para cualquier hombre, lo fuiste para mí y lo eres para Ben. Tu físico, esos estanques verdes que tienes por ojos, tu cuerpo, tu carisma, tu atractivo… Presiento que Ben ha llegado hasta el extremo de pedirte que le acompañaras a Brasil y que tú le has rechazado.

—Así fue.

—Por supuesto, nada de promesas: «Dondequiera que tú vayas, he de ir yo». Para ti no existen enemigos en los molinos de viento, ni paraísos perdidos. No lo hiciste por mí y no lo harías por Ben. Tenías razón cuando una vez me dijiste que debía decirle la verdad. Eres algo parecido a *La Belle Dame Sans Merci*. Debí decirle: «Tienes una hermosa dama sin piedad, compañero. ¡Mala suerte!», pero si se va a Brasil solo, quizá es que ha visto la luz roja antes de que sea tarde —concluyó.

Por lo visto, después de todos sus esfuerzos, Fern sólo había conseguido su desprecio.

—Ben te va a pedir que le permitas irse inmediatamente, antes de que cumpla con el mes acostumbrado.

—Podrá hacerlo en cuanto encuentre quién le sustituya —Grant volvió la cabeza por encima del hombro mientras se quitaba el albornoz —. ¿Cómo has venido?

—Cogí un taxi.

—¿Le has pedido que te esperara?

—Sí —mintió.

—Perfecto, porque iba a bañarme antes de cambiarme para acudir a una cita —le abrió la puerta y Fern salió, sintiéndose desairada.

Pocos días después el sucesor de Ben llegó en avión desde Sudáfrica y Ben se marchó después de ambientar en la guardería al doctor Verhout, un holandés de mediana edad. A Fern le habría gustado saber de qué habían hablado Grant y Ben cuando le pidió que le eximiera del mes de espera obligatorio, pero Ben sólo comentó que Grant no se había mostrado difícil. A partir de entonces, se mostró frío con ella o la evitó.

Fern no tenía derecho a sentirse dolida. Ben había podido colocarla en una situación más difícil de haber rechazado su negativa y haber insistido. Le iba a echar de menos y le molestaba pensar que Grant había debido regocijarse al romper una sincera amistad sin dar motivo a que Ben se lo reprochara.

¡Grant la había calificado como peligrosa! Sólo por ser ella misma.

Por ser humanamente sincera y agradecida ante la agradable actitud de los demás con ella. ¿Acaso no era la misma que Grant había conocido y amado apasionadamente hasta el momento de su ruptura? Entonces no la había considerado peligrosa. ¿Por qué le importaba lo que ella hiciera?

Se ofreció una fiesta de despedida para Ben en el club la última noche de su estancia en Maracca. La reunión sería solo para hombres, por lo cual Fern sintió un gran alivio ya que Grant asistiría. Temía una despedida a solas, pero, afortunadamente, Ben no se la pidió. Fue considerado hasta el final y se despidió de ella en la guardería, al mismo tiempo que de Rhoda y los niños. A todos les regaló algo y todos le desearon lo mejor.

—No es culpa tuya. Gracias por todo —le murmuró a Fern al oído.

Con su típica reserva, Rhoda había aceptado la creciente intimidad que había ido surgiendo entre Ben y Fern, pero igual aceptó la repentina marcha del médico sin hacer comentarios. Debió considerarla como un traslado profesional y no como algo motivado por razones personales.

—Bastante malo es perder a Ben, para que, además, tuviésemos que perderte a ti —comentó, haciendo que Fern se sintiera halagada.

Dio a entender que sabía que había preguntas por hacer, pero que no eran de su incumbencia.

A Fern le habría gustado que todos hubieran tenido la misma actitud frente a los acontecimientos, pero la mayoría se había dedicado a hacer comentarios al no verla con Ben en la ciudad cuando iba a jugar al tenis o a nadar. Tampoco le habían faltado candidatos dispuestos a llenar el vacío. También se murmuraba en la pequeña comunidad del campamento y, aunque nunca lo hacían delante de Fern, la joven no pudo evitar enterarse de algunos rumores.

Se decía que había rechazado a Ben por ser hija de sir Manfred y que, por lo tanto, Ben no era un partido adecuado. Se comentaba que Ben la había dejado al enterarse de que coqueteaba con otro; se rumoreaba que no había sido Grant Wilder quien le había ofrecido el puesto en Brasil a Ben, sino todo lo contrario, que el médico había pedido el traslado debido a su desilusión. ¿La prueba de todo ello? ¿Acaso habían visto juntos a Ben y a Fern desde el día en que el médico había anunciado su partida?

Los chismes abundaron y Fern tuvo que aprender a ignorarlos. Comprendía que la curiosidad a menudo fabrica exageraciones y aún no

sabía que se decía que había engañado a Ben con otro hombre. Se enteró en el salón de peluquería al encontrarse con Freda Logan, que esperaba su turno. Cuando la recepcionista recibió a Fern, Freda dejó la revista que estaba hojeando y le sonrió.

—Últimamente te hemos visto muy poco en la ciudad —le dijo a Fern—. Te veíamos más antes de que Ben se fuera. De hecho, la gente se pregunta cómo habéis podido trabajar estando tan juntos. Desde luego, sólo son habladurías. ¡Ya sabes cómo es la gente!

—No me lo tienes que decir —murmuró con fingido candor.

—Bueno, os llevabais tan bien que todos esperábamos estar invitados a la boda. De pronto, Ben huye como un gato escaldado, sin que se sepa a qué se ha debido su prisa.

—No me digas —Fern cogió una revista—, ¡Qué raro! Según algunas versiones que han llegado a mis oídos, creí que la gente sabía por qué lo había hecho.

—Entonces, ¿estás enterada de lo que se dice? —pareció defraudada al no obtener la información que buscaba.

—¿Era un secreto? —repuso—. Después de todo, si no conociera los rumores, no podría decirte qué versión es la verdadera.

—¿Admites que sí ha habido algo personal para que decidiera marcharse? —preguntó, llena de interés, sin haber advertido la ironía de las palabras de Fern—. ¿Tuvo algo que ver contigo?

—Naturalmente, si tenemos en cuenta la estrecha amistad que nos unía. Creo que fui la primera en enterarme de la oferta que le hicieron para trabajar en Brasil.

—¿Sólo… te dijo… nada más que eso? —preguntó Freda, sonriendo para ocultar su desencanto—. ¡Es sorprendente cómo se distorsiona la verdad con los rumores! ¿Te das cuenta de que se supone que engañaste a Ben y que le dijiste que sólo te divertías con él? Querida, ¡gran parte de nuestras amistades cree eso!

—Así lo tengo entendido —respondió con voz calmada.

—Hay otros que piensan que le engañaste a escondidas con Grant Wilder… —al ver que Fern contenía el aliento calló, pero, momentos después, prosiguió—. Sé que piensas que es absurdo que duden de tu lealtad hacia Ben. Temo que debo confesar que, en parte, tengo la culpa ya que fui una indiscreta al divulgar que te había visto ir sola a visitar a Grant una noche… Quizá fui imprudente, pero todos sabemos que la Mille le visita en su apartamento. ¡Por supuesto, es lógico, cada una lo hace por separado! —Fern recordó que aquella noche había estado

buscando a Grant en los bares y en el vestíbulo del Meurice.

—No recuerdo haberte visto aquella noche en que subí sola al apartamento de Grant Wilder. ¿Cómo sabes que estuve allí?

—Fui al tocador y al salir del otro ascensor oí que le pedías al botones que te subiera al último piso. Cuando bajaste estaba en el vestíbulo, tomando una copa con algunos amigos.

—¿Y no bajé pocos minutos después? —inquirió Fern.

—Así fue —asintió Freda con voz molesta—. No pudiste lograr nada en tan poco tiempo y en eso me equivoqué. En vez de comentar lo que había visto debí guardármelo y prevenirte para que no jugaras con fuego. No niego que es tentador si se siente atracción por ese hombre, que es dinamita para las mujeres, ¡nada menos que dinamita!

—Tenía entendido que está plenamente ocupado con Rose de Mille —comentó, despreciándose por hablar acerca de Grant.

—¿Plenamente? Querida, un hombre con los apetitos de Grant Wilder rara vez se compromete de lleno con una sola mujer. ¡Deberías saber cómo hablan de su reputación en la oficina! Es tan sátiro con las oficinistas que ninguna se siente segura. Por eso no deberías rebajarte al… —dejó de hablar al ver venir a su peluquera—. ¡Ah, Toya!, ¿estás lista para mí? —antes de irse, añadió—: ¡Si tu amigo no se cuida es posible que no tarde en encontrarse metido en un lío gordo, ya lo verás!

Conque así había empezado el rumor de que Fern había engañado a Ben. Nadie más que Freda pudo haber hecho correr tales habladurías. No dudó de que la ficción de Freda se había comentado sin cesar, ni que aquella mujer hubiera llegado a insinuar que era algo habitual. Ben había debido enterarse y se había dejado llevar por los celos.

Por más enfadada que estuviera, Fern se sentía impotente. No tenía más prueba que su intuición para saber que Freda había dicho algo más escandaloso que la verdad acerca de la visita que le había hecho a Grant. Era sólo la palabra de una contra la de la otra. Por lo que se refería a las insinuaciones acerca de la promiscuidad de Grant, Fern sabía que no debían preocuparle demasiado. Era muy posible que Freda las hubiera inventado momentos antes sólo para lanzarle una pulla. El egoísmo de Grant era demasiado fuerte para que necesitara reforzarlo con correrías amorosas con chicas del personal. No era motivo para que Fern temiera que…

Estando Ben ausente, se sentía muy sola y añoraba tener a alguien en quien confiar. No podía hacerlo con Rhoda, a pesar de que era el paño de lágrimas de muchos. Era demasiado tarde para reclamar

públicamente su condición de casada. De hacerlo, Grant jamás la perdonaría por colocarle en la misma posición falsa que ella se vería obligada a asumir. La única solución que vislumbraba era abandonar el trabajo en la guardería, irse a casa, y dejarle para que soportara solo los chismes. No podía hacerle algo tan ruin. Al volver a Inglaterra, y era indispensable que fuese pronto, tendría que volver como Fern Stirling, tal como la conocían en Maracca.

Se sintió orgullosa del optimismo con que le escribía a su padre y por no mencionar ningún chisme que habría podido parecerle mal a Grant.

La ola de problemas internos que se había levantado en el campamento ya no podían considerarse como simple habladuría. Eran hechos. No era secreto que, a partir del sabotaje inicial, no pasaba día sin que Grant tuviese que lidiar con la noticia de un desperfecto, pequeño o grande.

Los castilletes dejaban de funcionar; las herramientas se perdían; hubo un intento fallido de incendio. Austin Logan no cooperaba y se mostraba insolente, y Fern estaba segura de que él provocaba la mayor parte de los contratiempos, aunque no participara en la ejecución. No sabía si Grant había informado de los incidentes a las oficinas centrales, pero era evidente que no había tomado precauciones en contra de Logan. De pronto, surgió un problema que afectaba a Grant y que no provenía ni de Austin ni de su esposa.

Sin darse cuenta de lo que significaba la ausencia de Vitora Sulong en la oficina, Fern notó que no estaba cuando fue a buscar una autorización para unos suministros para la guardería. Necesitaba la firma de Austin. Desde que Fern y Vitora se habían conocido en la boda de Malie, la primera siempre iba a saludarla y a intercambiar algunas palabras. Aquel día, al salir de allí, Fern preguntó por Vitora.

—No está aquí —le informó la chica a quien le había hecho la pregunta.

—¿No ha podido venir hoy? Espero que no esté enferma.

—Vitora no está enferma, simplemente no ha venido —dijo la chica, sonriendo tímidamente durante algún tiempo—. Tampoco vino ayer y no vendrá durante algún tiempo… creo —por lo visto la chica no iba a decir nada más.

Al volver a la guardería y comentarle el incidente con Rhoda, ésta no se mostró sorprendida y respondió con un mínimo de palabras, tal como era su costumbre.

—Lo sé, le han dado permiso para faltar. Está embarazada de tres meses.

—¡Dios mío! —exclamó Fern—. En la boda de Mahe nos dijo que no estaba casada —suspiró—. ¿Cómo lo sabes?

—Llamaron al doctor Verhout para que la examinara. Se desmayó en la oficina y la enviaron a casa. Entonces no quiso decir el nombre del padre, pero ya se lo ha dicho al doctor.

—¿Quién es, algún chico de su pueblo o alguien del campamento?

—Es cuestión de ética profesional y el doctor no me lo diría aunque se lo preguntara. No quiero arriesgarme.

—Haces bien —asintió Fern. Ninguna de las dos sabía que había otra persona que conocía el secreto de la chica. Uno o dos días más tarde todos se enteraron de que Vitora había confesado que Grant era el futuro padre.

El efecto en una comunidad que disfrutaba con los escándalos de índole privada, la noticia causó sensación. Para Fern fue casi aniquilador. Nunca antes, si se excluían las palabras de Freda Logan, se había acusado a Grant de meterse con las chicas del personal. No creyó que Grant fuese capaz de tal vileza, así que olvidó las insinuaciones de Freda por considerarlas inverosímiles.

Pero aquella noticia se encargó de propagarla la misma Vitora Sulong, primero a su médico y luego, quizá, a su familia que no supo guardar el secreto. Al recordar que el hermano de Vitora había declarado que sus padres eran «severos, pero justos», se preguntó si se habían visto obligados a hacerla confesar el nombre del culpable. ¿Qué pensarían hacer al enterarse? Fern también se preguntó cómo reaccionaría Rose de Mille cuando lo supiera. ¿Defendería a Grant después de sobreponerse a la incredulidad? Si Rose le amaba, seguramente lo haría. Aquella había sido la reacción de Fern. Grant parecía ser el culpable, estaba entre la espada y la pared y se enfrentaba a la acusación y a la burla de los demás. Le excluirían de su círculo.

A pesar de todo, Fern, que le amaba, quería ponerse de su parte y hacerle saber que estaba a su disposición en caso de que la necesitara. ¿Cómo se lo haría saber si él insistía en desdeñarla una y otra vez? Ojalá se le presentara la oportunidad de decirle que nada, ni Rose ni Vitora Sulong, podían destruir el amor que le profesaba. ¿La escucharía, comprendería y perdonaría? Temía intentarlo, porque no estaba segura de que creyera en su sinceridad.

Grant no le prestó atención al asunto y se mostraba indiferente y

desdeñoso ante la ola de críticas que había suscitado, no sólo aquel sórdido asunto, sino también su competencia como director. No pedía consejo a nadie, no aceptaba ni negaba nada. Vitora no volvió a la oficina. Se quedó en casa y se rumoreaba que Grant le enviaba dinero todos los meses. Mahe confirmó esto último un día que fue a visitar a Rhoda y a Fern a la guardería y a pasar una mañana con «sus» niños.

—Cada semana, Vitora recibe dinero por correo —comentó Mahe—. Selim no sabe cuánto, pero es más de lo que le pagaban en la oficina. Selim está muy triste por lo de su embarazo. Tenía esperanzas de que, gracias a su inteligencia, llegara a ser una verdadera secretaria y aprendiera a escribir a máquina. Cree que *sahib* Grant le ha aconsejado que no trabaje estando encinta y ella le hace caso.

—¿Va al médico regularmente? —preguntó Rhoda.

—Cuando él va al pueblo, sí, y le ha dicho que todo marcha bien —respondió Malie.

—¿Cómo lo tomaron sus padres?

—Al principio, el padre de Selim estaba muy enfadado con Vitora. Pero le hizo caso a Selim, quien le dijo: «Lo hecho, hecho está». Ahora él y su esposa están contentos de que pronto les vaya a dar un nieto.

—También tú esperas hacerlo, ¿no? —Rhoda observó el cuerpo de Malie.

—Todavía no —murmuró tristemente—. Me hubiera gustado que el pequeño de Vitora no fuese mucho mayor que el mío para que jugaran juntos.

—A esa edad, uno o dos años de diferencia no tiene importancia —la consoló Rhoda.

El hijo de Grant, gateando y balbuceando, riendo y llorando, en un ambiente diferente, mientras Grant mantenía su reserva y nadie se atrevía a hacerle preguntas sobre el asunto. Fern le dio gracias al cielo porque ni Rhoda ni Mahe imaginaban cómo cada palabra iba abriendo una nueva herida en su corazón. Antes de que Mahe se marchase, Fern se obligó a preguntarle si Grant visitaba alguna vez a Vitora. Mahe respondió que no y, al parecer, nadie le había visto. Sólo recibía el dinero por correo. Nada más.

Fern se preguntó si Grant se consideraba obligado decirle por qué, cómo había sucedido y cuáles eran sus planes para la chica. Pero Grant le dio muestras de que opinaba que ella no tenía derecho a hacer preguntas, y Fern comprendió que estaba muy lejos de considerarla como su esposa. Era más probable que Rose de Mille recibiera las

explicaciones que no pensaba darle a ella. ¿Le habría comunicado algo a sir Manfred? ¿Cómo escribirle a su padre como si no existiera nada siniestro en lo referente al trabajo o la vida privada de Grant? No había decidido nada acerca del asunto, cuando recibió la ansiada llamada de Grant, desde su oficina, para invitarla a cenar. Le dijo que, aunque el Meurice era muy popular, reservaría una mesa allí, a menos que ella prefiriese otro sitio más tranquilo.

¡Para aquella reunión, quizá la última, ya que iban a dejar aclaradas por fin unas cuantas cosas, lo necesario antes de despedirse para siempre, naturalmente que quería un lugar más tranquilo!

—¿Podríamos vernos en tu apartamento? —sugirió.

—Muy bien, iré a buscarte a las ocho.

—No —replicó Fern, ya que aunque estaba segura de que Rhoda no iba a hacer preguntas, no quería tener que decirle que iba a cenar con Grant—. Te encontraré en el salón de huéspedes del Meurice.

Llegó al hotel, enferma de temor por el escándalo que se desencadenaría en caso de que les viesen juntos. Él la esperaba en la entrada, en vez de en el vestíbulo, y la condujo a los ascensores. Tuvieron suerte y subieron solos.

La cena estaba servida en la sala y consistía únicamente en platos fríos: una sopa *vichyssoise*, un *mousse* de pescado, ensalada y fruta. Fern supuso que Grant habría pedido que les subiesen cena allí para no tener a un camarero cerca de ellos y se sintió dolida al comprender que también él consideraba que el encuentro tenía que ser clandestino.

Le sirvió el vino y la sopa. Parecía dispuesto a posponer la charla hasta que terminaran de cenar. Fue demasiado para los tensos nervios de Fern.

—Esto no es ni mucho menos una velada de sociedad. ¿No crees que deberías decirme de qué se trata? —preguntó, mientras jugaba nerviosamente con su copa.

—¿Y echar a perder lo que había imaginado como una cena agradable y tranquila?

—¿Se arruinará con lo que me vas a decir? —preguntó mirándole con recelo.

—Nuestros encuentros, por lo general, se echan a perder antes de que terminen —repuso él, encogiéndose de hombros.

—Si lo sabes, ¿por qué te has molestado en invitarme a cenar? —replicó hábilmente.

—Porque —contestó dejando su copa sobre la mesa, extendiendo la

servilleta y cogiendo la cuchara sopera—… tenía y tengo la intención de no permitir que se arruine nuestra cena. Bebe y disfruta lo que han preparado según mis órdenes y permite que sea una cena memorable para ambos. Es mi contribución a la velada, luego te dejaré que elijas.

¿Qué quería decir? ¿Cómo podía mostrarse tan confiado teniendo problemas con tres mujeres, aparte de los que le había creado la envidia de sus enemigos? Fern cedió y saboreó la deliciosa sopa y, conforme el vino le hacía efecto, logró tranquilizarse con poco esfuerzo. Hablaron de asuntos impersonales y Grant seguía calmado. Fern no logró ocultar del todo la inquietud que la envolvía. Sin mirarle de frente, dijo:

—Ya no podemos seguir posponiendo el asunto. ¿Para qué querías verme?

—Para comunicarte algo que considero debes saber —contestó Grant, acercando su silla a la de ella.

—¿Qué es ello?, ¿podré adivinarlo? —preguntó Fern, intentando dominarse.

—No lo creo, todavía no es del dominio público.

—Si es algo relacionado contigo, pronto lo será. Deberías saberlo —recalcó Fern.

—Esta vez no será así, porque depende de mí que se divulgue o no la noticia. Ha llegado de las oficinas centrales, en clave. Tengo que marcharme de Maracca para ir a construir unas nuevas instalaciones a Noruega, con miras a intentar evitar algunos problemas que se prevén para el próximo invierno.

Fern no lo podía creer. ¿Estaría huyendo o le habrían ordenado marcharse ante las críticas de sus enemigos?

—Pero si eres el director aquí. Creí que tu cargo sería permanente —protestó—. ¿Quién va a ocupar tu puesto?, ¿Austin Logan? ¿Cuándo tienes que marcharte?

—No creo que sea Logan, no es apto para el puesto. Enviarán un nuevo director cuando me vaya… La fecha todavía no se ha fijado, lo cual me permitirá arreglar mis asuntos aquí.

«Tu relación con Rose de Mille; tus obligaciones con Vitora Sulong. Aunque puedas comprar a Vitora con dinero, debo ser un obstáculo para que te arregles con la otra», pensó Fern. No quiso mencionar nombres y sólo dijo:

—Supongo que te has visto obligado a decírmelo porque soy uno de los asuntos que tienes que dejar arreglados.

—Es lógico —asintió, poniendo cara de sorpresa ante la pregunta—.

¿Creías que iba a largarme a algún punto lejano del globo terrestre sin decírtelo antes?

—Papá lo hizo… con tu ayuda —le recordó con amargura.

—Sí, pero esto es diferente. Seguimos unidos por la ley y considero que tengo el deber moral de notificarte mis planes para el futuro. Me iré a Noruega. ¿Qué vas a hacer tú?

Al oír aquella pregunta, Fern se sintió vencida y desesperada. Deseó que las cosas hubiesen sido distintas. Había esperado que él le preguntara si quería acompañarle. Pero, en vez de hacerlo, la invitaba a que expusiese sus planes, pero como algo completamente desligado de lo que iba a hacer él.

—¿Sabe papá esto? —preguntó después de darle un sorbo al café.

—Fue idea de él, creo.

—¿Quieres ir?

—Sí, pero con cierta reserva. Trato de consolarme, pensando que va a ser un cambio agradable.

—¡Ya lo creo, de Maracca a un invierno en Noruega! —un invencible deseo de hacerle daño la obligó a añadir—: No puedo decir que te envidie.

—Era de esperarse —respondió él, y su tono le indicó a Fern que no tenía sentido esperar que le dijera lo que ella ansiaba escuchar—. No has contestado a mi pregunta, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. Me has cogido desprevenida. Me gusta la isla y he hecho buenas amistades. Creo que me quedaré hasta que papá vuelva a Inglaterra para ir a reunirme con él.

—Eres libre —repuso, dando a entender que el plan era lógico. Se puso en pie para acompañarla hasta la puerta.

—Gracias por decírmelo antes que a los demás. ¿Me avisarás cuando…? —parecían dos desconocidos despidiéndose al terminar una fiesta, marchándose los dos en direcciones distintas.

—¿Sabes? Empiezo a creer que sir Manfred tuvo razón al decirme, en una ocasión, que tú y yo somos nuestros peores enemigos.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó ella con los ojos muy abiertos—. ¿En qué sentido?

—No recuerdo, pero en términos generales, tenía razón y a menudo he pensado en ello. De haber sido más sensatos, quizá habríamos corrido una tempestuosa aventura antes de despedirnos, diciendo que ha sido agradable vernos, pero sabiendo que no volveremos a vernos nunca.

—¿Dijiste que lo has pensado a menudo? —inquirió con voz temblorosa.

—En alguna ocasiones… Sin embargo, todavía podríamos permitirnos decir que ha sido agradable, ¿no te parece?

Fern intuyó que la abrazaría y que ella no le iba a rechazar.

Los brazos de Grant la estrecharon. El bolso que le colgaba del brazo le golpeó en el muslo. Impaciente, Grant se lo quitó y lo tiró al suelo; luego, volvió a abrazarla con fuerza. Cubrió sus labios con los suyos y le entreabrió la boca para acariciarla primero con ternura y luego con pasión.

No era nada parecido al despiadado ataque a que la obligó la última noche que pasaron juntos. Era un galanteo premeditado, pero paciente; esperaba que ella se excitara y le correspondió. Era el galanteo, natural y agradable, del macho con la hembra, para ganarse su amor.

Fern capituló, excitada y llena de deseo; tenía cegada la razón. Mientras las manos seductoras de Grant le acariciaban el pelo, los hombros, que habían quedado al descubierto, la cintura y las caderas, Fern empezó a gemir, embelesada. De pronto la palabra «pericia» creó un obstáculo imprevisto que la obligó a pensar con cordura. Era la palabra que encajaba con la personalidad de Grant. Su esposo era un experto en enamorar y así había debido hacerlo con Rose de Mille y con otras antes que con ella. Igual había debido seducir a Vitora Sulong.

—¡No! —gritó, apartándose de sus brazos.

Ambos respiraban como animales que sienten cerca un peligro.

—¿No? —repitió Grant y ella asintió. Se arregló el vestido y él le dio el bolso—. ¿Sin explicación?

—Es falso… es demasiado tarde —¡era demasiado tarde después de Rose y de Vitora… él debía comprenderlo!

—Comprendo —murmuró, acompañándola hasta la puerta y saliendo con ella. Cuando iba a cerrarla, Fern susurró:

—No, por favor… deja que vuelva sola a casa.

—Está bien —dijo Grant—, te pediré un taxi y diré que te espere a la entrada —después, sin volverse a mirarla, volvió a entrar en el apartamento y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 8

AL día siguiente, Fern recibió un hermoso ramo de flores que contenía orquídeas y pasionarias. La tarjeta, escrita de puño y letra de Grant, decía por un lado: «mientras duró fue…» y por el otro, «maravilloso estar contigo». La irrevocabilidad de las palabras le dolió y en vano intentó contener las lágrimas.

Recordó que hasta la noche anterior se había considerado aliada de Grant contra las tormentas de la vida porque al amarle le perdonaba cualquier cosa, incluso sus amoríos con las otras dos mujeres. Sin embargo, aquella noche había esperado una invitación que no se había formulado y no había podido olvidar que aquellas manos habían acariciado otros cuerpos y que aquellos labios habían besado otros labios. Había dejado que sus pensamientos le provocaran una repulsión física que había contrastado vivamente con la respuesta de su cuerpo. Le había fallado a Grant y ya no tendría una nueva oportunidad para demostrarle su fidelidad.

Pensó mucho en sus planes para el futuro. Le gustaba su trabajo en la guardería y se sentía comprometida con Rhoda, en el sentido de que debía quedarse a su lado el mayor tiempo posible. Había conseguido cierto sosiego en Maracca, a pesar de haber perdido a Grant, y tendría que acostumbrarse a vivir sin verle, cuando él se marchara a Noruega. Con el tiempo le sería más fácil oír su apellido de soltera sin experimentar el sentimiento de culpa que todavía la acosaba. Puesto que no tenía hogar al que volver en Inglaterra, se quedaría en la isla.

Tomó aquella decisión sin entusiasmo. Le escribió a su padre dándole la noticia y contándole que estaba enterada del proyectado traslado de Grant a Noruega. No quería volver a Londres hasta que sir Manfred estuviese allí. En la primera carta escribió que lamentaba que

el experimento hubiese fallado, pero que le agradecía la intención. La rompió y escribió otra en donde suprimió aquellas palabras. No tenía sentido recordarle que ella había pronosticado aquel resultado.

Sus días en la guardería no tuvieron más contratiempos que una falsa epidemia de sarampión y, durante una semana, la falta de helado que era una especie de recompensa para los chiquillos. Al parecer la provisión se había perdido en el muelle. Pero un día se presentó Malie, acalorada y desaliñada, después de una larga caminata desde su pueblo. Su serenidad oriental parecía completamente alterada y ni Rhoda ni Fern la habían visto antes en aquel estado.

—¡Tenemos problemas! —exclamó casi sin aliento—. Vitora se ha ido de casa. No le dijo nada a Selim ni a nadie y no sabemos por qué, ni adonde ha ido. Ay, *Mem* Camell —se aferró a las manos de Rhoda—. Por favor, aconséjanos qué hacer. No ha dejado nada escrito ni para su madre ni para su padre. ¡Se ha ido!

—Un poco de café —le pidió Rhoda a Fern mientras se soltaba de Mahe y la obligaba a sentarse.

Malie cogió el tazón y bebió ávidamente mientras Rhoda le repetía la noticia a Fern.

Como de costumbre, Vitora había dormido en casa la noche anterior. Aquella mañana había desaparecido, llevándose pocas pertenencias, pero todo su dinero. El padre corrió a la cabaña de su hijo con la noticia, pero Selim había ido a trabajar a la plantación muy temprano y Malie, al no saber qué aconsejarle, había decidido ir a pedirle ayuda a *Mem* Camell.

—¡Si Grant Wilder tiene la culpa de esto, le pediré cuentas! —le dijo Rhoda a Fern antes de dirigirse en tono más calmado a Malie—. ¿A nadie se le ha ocurrido que el padre del futuro hijo se la ha podido llevar?

—El… padre… pero si es… —balbuceó Malie, ruborizándose.

—Lo sabemos, Vitora te lo confesó, ¿verdad? Se trata de *sahib* Grant.

—Pero él no… —se interrumpió—. Le envía dinero para el niño. Él no se… casará con ella —tartamudeó tímidamente—. Ella es malaya y budista. No estaría bien.

—Existe una contestación a eso, pero no la diré —le dijo Rhoda a Fern, antes de dirigirse de nuevo a Malie—. Es posible que Vitora haya querido estar sola un día y que vuelva pronto.

—Se llevó un sarong, unas sandalias, su velo, pulseras y otras cosas dentro de un *bakil* —recalcó Malie.

—Es un cambio de ropa y unas cuantas baratijas. ¿Cómo sabes las cosas que se llevó?

—Su madre revisó sus cosas y sabe lo que falta.

—Parece que Grant está metido en esto y, aunque no haya secuestrado a Vitora, ella es también un problema suyo —le dijo Rhoda a Fern—. Voy a llamarle para que venga. Mientras tanto, pregúntale a Fatimah por qué vacía su caldero de arena sobre la cabeza de Ahmad y le ordenas que deje de hacerlo.

Fern se enfrascó en el trabajo, quería estar ocupada para no enfrentarse a Grant. Éste estuvo hablando con Mahe y Rhoda, junto al escritorio y, poco después, salió a buscar su coche, acompañado de Malie.

—Hemos conseguido sacarle una pista a Malie. La dejaréis en casa de su suegra ya que os coge de camino.

—¿La dejaremos?

—Sí, varios kilómetros al norte. Grant quiere que una mujer le acompañe como testigo o lo que sea. Él te repetirá lo que nos ha dicho Malie. De prisa, por favor. Te espera y el tiempo es importante.

—Sí, pero… ¿te ha convencido de que no tiene nada que ver en este asunto? —preguntó Fern.

—No sabe nada y está tan intrigado como nosotros, te lo aseguro —repuso, llevando a Fern hasta la puerta y añadiendo muy seria—: Aunque no confío en la intuición, sospecho que me ha convencido de algunas cosas más.

—¿Qué quieres decir?

—Eso lo vas a tener que averiguar tú. Es posible que me equivoque, pero escucha lo que hemos conseguido sonsacarle a Mahe y fíjate cómo te lo cuenta Grant. ¡Juzga por ti misma!

—No comprendo, ¿qué me va a contar? —preguntó, irritada por tantas insinuaciones.

—Me parece que le ha sorprendido tanto como a nosotras lo cual, dadas las circunstancias, es muy raro.

Poniendo cara de estar muy nerviosa, Mahe guardó silencio mientras Grant le explicaba a Fern la tarea que les esperaba.

—Parece que hace tiempo los padres de Vitora le prohibieron comprometerse con un joven nativo. Se llama Husain Dhar, es tallador de madera y taxidermista y vive de su trabajo. Casi siempre vende sus trabajos a los turistas en los mercados de Port Dauphin y Beau Pitón. Es un verdadero artista y le va bastante bien, aunque los Sulong no lo

consideran así. Ellos impidieron que siguieran viéndose. Mahe no sabe si Vitora y Husain se encontraban en secreto después de la ruptura. Selim, el esposo de Malie, le dijo que la separación fue definitiva y que Vitora parecía haberse consolado. Ahora, Mahe piensa que quizá se ha refugiado en casa de Dhar, aunque la posibilidad es remota porque hace tiempo que no ven al joven.

Llegaron a la cabaña de los Sulong y Grant entró con Malie. Fern ya no estaba intrigada por el comentario de Rhoda en cuanto a que se fijara únicamente cómo Grant le relataba los detalles del idilio fallido de Vitora. ¡Habló de ella como si fuese una extraña para él, una chica que conocía como únicamente empleada de la compañía Opal! Rhoda había notado su indiferencia y había supuesto que Fern también la vería.

Vitora había asegurado que Grant era el padre de su futuro hijo. ¿Cómo era posible que él no supiese más sobre ella si la había visto a menudo a solas? ¿No era lógico que Vitora, víctima del encanto de Grant, le hubiese confiado sus pasadas cuitas de amor?

Aquellos pensamientos no dejaban en paz a Fern. Vitora había sido obligada a confesar que Grant la había seducido y él no lo había negado. Tampoco había negado que le enviaba dinero. Sin embargo, parecía no conocer a la chica más que de nombre. Era un actor consumado o el chivo expiatorio de Vitora. No se trataba de la palabra de uno contra la del otro, porque Grant no había afirmado nada. Tiempo atrás, cuando Fern había sido su esposa, en todo el sentido de la palabra, habría tenido derecho a interrogarle. ¿Se atrevería a hacerlo en aquellos momentos?

—No han querido cooperar —comentó Grant al salir, sentándose al lado de Fern—. No han querido ni oír que existía la posibilidad de encontrarla en casa de los Dhar. Para ellos ese asunto se acabó hace ya mucho tiempo.

—¿No están preocupados? ¿Sugirieron otra cosa?

—Parece que les preocupa su reputación cuando les relacionen con la familia Dhar y lo que se diría sobre eso en la sociedad de Maracca.

—¿No les preocupa que Vitora sea una madre soltera?

—Al parecer, no. ¡Menos mal que te he traído, porque si no la señora Sulong se habría negado a recibirme! ¿Te comentó Rhoda que es probable que los Dhar se muestren difíciles? Si Vitora está con ellos no querrán que un hombre hable con ella a solas o se la lleve de vuelta a casa de sus padres. Tu compañía me es imprescindible.

—Comprendo —repuso Fern, pensando que todo seguía como al principio… Grant actuaba como si no conociera a los Sulong y como si para Vitora sólo fuese un hombre cualquiera y no el amante culpable. ¡No tenía sentido! Nada tenía pies ni cabeza. Desesperada, Fern intentó formular la pregunta, pero Grant no paraba de hablar, calculando el tiempo y la distancia.

—Si Vitora salió a pie es posible que la alcancemos. Nos lleva buena delantera, pero es imposible que haya hecho a pie la distancia que hemos recorrido en el coche.

—¿Nos falta mucho? —inquirió Fem.

—No, Mahe dijo que es la primera cabaña del siguiente pueblo una vez pasado el monasterio budista… aquél debe ser —señaló un muro de poca altura que rodeaba una extensión de prados y macizos de flores y unos edificios rojos y dorados, agrupados junto al templo.

En la parte delantera, se veía un puente de muchos arcos y, aunque varios hombres, casi todos solos y algunos con aspecto de jardinero, paseaban por él daba la impresión de que en aquel sitio reinaba una tranquilidad y un silencio infinito. Cuando Grant aminoró la velocidad para que Fern apreciara la vista, un joven, que iba paseando con los dedos entrelazados debajo de su barbilla, les saludó con un movimiento de cabeza y Grant le devolvió el saludo.

—¿Es sacerdote? —preguntó Fem.

—No creo, es demasiado joven. Lo más probable es que sea un lego, que cumple con su deber como monje, obligatorio para todos los del sexo masculino. No difiere mucho del servicio militar europeo, sólo que es ineludible. Es cuestión de honor servir en el monasterio durante un mínimo de tiempo y creo que dura cinco meses o más. Se puede hacer antes o después del matrimonio, y como tienen prohibido tocar a una mujer durante el servicio, debe ser una prueba muy dura para los superdotados sexualmente, ¿no te parece?

Fern pudo haber aprovechado la oportunidad para encararse con Grant, pero ya habían llegado al siguiente grupo de casas. Grant paró el coche delante de la primera. La mujer que abrió la puerta era morena y parecía ser bastante más joven de lo que indicaban las muchas arrugas que surcaban su rostro. No les invitó a pasar a la sombreada habitación y escuchó, impasible, las explicaciones de Grant en inglés. Cuando Grant le hizo una pregunta en el dialecto local tuvo que meter el pie para que no le cerrara la puerta.

—No ha entendido nada —le murmuró a Fern y luego repitió la

pregunta en el lenguaje isleño.

Fern no sabía que lo hablara y ella no comprendió más de una o dos palabras. Intuyó que la misión había fracasado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fern ya dentro del coche.

—Estamos en las mismas. Vitora no está aquí, ni ha estado ni la esperan. La señora Dhar no la ha visto y tampoco su marido desde que los Sulong le prohibieron comprometerse con Husain. La señora les tiene mucho rencor. Husain tampoco está en casa.

—Pero deben de saber en dónde se encuentra su hijo.

—Hace algún tiempo que está cumpliendo su servicio en el monasterio por el que pasamos.

—¡Dios mío! —exclamó—. Entonces Vitora no ha podido reunirse con él.

—¿En un monasterio para célibes? ¡Imposible! Hemos llegado a un callejón sin salida. La familia de Vitora tendrá que empezar a atar cabos si siguen sin recibir noticias de ella.

—¿Crees que ha intentado abandonar la isla? —inquirió Fern.

—Para eso se necesita dinero.

—Malie ha dicho que se llevó dinero, aunque no sabe cuánto. ¿Habrá tenido suficiente para un pasaje de avión o de barco?

—¿Cómo voy a saber cuánto llevaba? —replicó Grant, poniendo cara de ignorarlo por completo.

—¿De veras no lo sabes, no te lo imaginas? —le hizo aquella pregunta porque sentía que, su paciencia, estaba a punto de agotarse ante la actitud indiferente de Grant. Aunque había ofrecido su tiempo y su coche para buscarla, no parecía preocupado por Vitora. ¿La consideraría un estorbo después de haberla dejado embarazada? Fern tenía que llegar al meollo del asunto—. ¿No deberías saber cuánto dinero llevaba Vitora? ¿No le enviabas cada mes…? —dejó de hablar al darse cuenta de que Grant no le prestaba atención. Pasaban por delante del monasterio y le señaló una figura sentada entre la pared y la reja.

—¡Mira quién está allí¡, ¡nada menos que Vitora! —exclamó, aminorando la velocidad.

La chica les miró como un animal acosado, dispuesta a emprender la huida. Grant saltó del coche, echó a correr hacia ella y la cogió del brazo.

—Te estábamos buscando, Vitora —gritó Fern—. ¿Permites que sahib Grant te lleve a casa?

—¡No, no! —dijo Vitora forcejeando para soltarse—. Espero a

Husain Dhar. ¡Tengo que verle! Él es mi esposo, yo su mu…

—¿Qué dices? —inquirió Fern, sorprendida mientras se volvía para ver la reacción de Grant.

—Aunque así sea, no podrás verle mientras esté cumpliendo el servicio —respondió Grant.

—Soy una mujer y no me permitirán entrar, pero cuando llegue al jardín le gritaré y me contestará.

—¿Aunque con ello quebrantes sus votos? —preguntó Grant—. ¿Vienes al jardín todos los días?

—Cuando tiene que pasear rezando sí, pero cuando va a los mercados con el tazón de la limosna, no. Algunos días lo tiene que hacer.

—¿Estás dispuesta a esperar aunque sea en vano? ¿Y qué piensas hacer si no consigues verlo?

—Buscaré en el pueblo una mujer buena y le pediré alojamiento.

—¿Conoces a alguien?

—No, pero ya encontraré a alguien y mañana volveré a buscar a Husain si no puedo verle hoy.

—Y te mojarás esperándole —Grant levantó la vista al cielo. Empezaron a caer las primeras gotas y humedecieron el polvo del camino. Se volvió a Fern y le dijo—: Trata de convencerla de que entre en el coche. Tenemos que llevarla a su casa, pero antes me gustaría saber más acerca de ese matrimonio. El monasterio podría eximir a Husain del servicio o posponérselo hasta que nazca la criatura, siempre y cuanto sea cierto que están casados.

—¿No sabes si lo están o no?

—¿Por qué habría de saberlo? A mí me ha confesado exactamente lo mismo que a ti.

Fern le agradeció al cielo la bendición del agua porque gracias a ella, consiguió meter a Vitora en el coche, pero la chica seguía forcejeando.

—¡No puedo! —gimió—. Con usted, sí, *Mem*, pero no con *sahib* Wilder. No me dejará ir y me querrá pegar por lo que le he hecho… ¡No!

—*Sahib* Wilder no está enfadado contigo y no te va a pegar porque no se lo permitiré —dijo Fern, sentándose al lado de Vitora en el asiento de atrás y cubriéndole el tembloroso cuerpo con su impermeable—. Por favor, dinos por qué has huido de casa y has intentado hablar con Husain.

—Me desperté por la noche y comprendí que había obrado mal —murmuró—. Hace ya muchas noches que me venía pasando lo mismo. Pero hoy tenía que decirle a Husain que lo había hecho por el bien de los dos. Si yo no hubiese hecho esa mala acción nunca nos hubieran dejado casarnos y vivir felices como Mahe y Selim. Por eso lo hice y debo decirle a Husain el motivo.

—¿Quién no te dejará vivir con Husain? —preguntó Fern, después de mirar a Grant en busca de una explicación.

—Papá y mamá.

—Pero te has casado con Husain, ¿no? ¿Cuándo?

—Hace unos cuatro o cinco meses, pero nadie lo sabe. Nadie en nuestro *kampong* lo sabe. Tampoco los padres de Husain. Fuimos a otro pueblo, muy lejano, en donde Husain tiene amigos y ellos presenciaron nuestro matrimonio y lo santificaron. Cuando podemos, nos reunimos para amarnos. Pero Husain, que es buen budista, dijo que tenía que cumplir su servicio de monje. Me quedé triste, pero él quiere cumplir con su deber. Sé que volverá a mi lado.

—¿Cuándo entró en el servicio?

—Antes de que yo supiera que estaba… así —señaló su cintura—. Así que no pude decírselo a él ni a nadie.

—¿Porqué no? —Grant hizo la pregunta.

—Porque se enfadaría más al saber que veía a Husain y que soy su esposa. Cuando el médico me dijo que estaba así, pensé que debía decir la verdad.

—Pero no lo hiciste.

—No —contestó, bajando la cabeza—. No revelé lo de Husain porque la otra *Mem* me aseguró que no hacía falta y que ella me daría mucho dinero si le decía al médico que el padre había sido… —levantó la vista hacia Grant y añadió con voz llorosa—… usted, *sahib* Wilder.

El corazón de Fern dio un salto de alegría y alivio. La joven había adivinado quién había urdido la mentira.

—¿Quién fue esa *Mem*? —preguntó Grant.

—*M-Mem* Logan.

—¿Ha cumplido su promesa de enviarte dinero?

—Sí, cada mes me lo trae el cartero.

—Y tú lo has guardado y por eso tu familia ha creído que yo te lo enviaba.

—Sí, lo guardo para Husain, para que se lo enseñe a nuestras familias cuando se enteren de que estamos casados y que vamos a tener

un hijo. Comprenderán que es un hombre rico y nos perdonarán.

—¡Nada como el dinero contante y sonante para cambiar las opiniones! —comentó Grant sin dirigirse a nadie en especial—. ¿Sabías que no estaba bien lo que te pidió que hicieras *Mem* Logan? —le preguntó a Vitora.

—Sí, pero al principio pensé que, como usted es tan importante, *sahib*, nadie le criticaría… pero me despertaba por las noches y decidí que tenía que decírselo a Husain…

—Ya nos lo has dicho —la interrumpió Grant—. La llevaremos a su casa pero, ¿qué le vamos a decir a su familia, Fern?

—Lo que nos acaba de confesar.

—No estoy muy seguro. ¿Ves algún motivo para hacerlo?

—¡Es tu reputación la que está en juego…!

—Olvida eso —le ordenó y se volvió para poner en marcha el motor —. Veamos —dijo—. Vitora decidió pasar el día fuera de casa para dar un largo paseo…

—Un campesino me trajo en una carreta tirada por bueyes —les aclaró Vitora.

—Eso explica cómo llegaste tan pronto, pero, de todos modos, logramos alcanzarte. Te sentiste cansada y decidiste volver con nosotros. No dirás nada acerca de Husain. Déjamelo a mí. No nombrarás a Husain para nada, ¿comprendes? Lo único que has hecho hoy ha sido salir a pasear sola; ayer estabas en casa y mañana harás lo mismo. Cuando el cartero te traiga el dinero de *Mem* Logan, lo coges y lo guardas con el resto de lo que tienes ahorrado para Husain. ¿Querrás hacerlo?

Al oír aquel extraño consejo, Fern dedujo que Vitora estaba tan perpleja como ella.

—No diré nada ni a Selim ni a Mahe ni a nadie y guardaré el dinero mientras espero que Husain termine el servicio, ¿eso quiere?

—Sí, y buena suerte.

Dejaron a Vitora en su casa y la siguieron con la vista hasta que entró. A pesar de tener muchas preguntas en mente, Fern no pudo hallar nada menos trivial que:

—Tendrá que explicar por qué se llevó parte de sus cosas.

—Es una mentirosa tan consumada que dudo tenga dificultades —respondió secamente.

—¿La tachas de mentirosa?

—Así es. Quizá, con mis influencias pueda ayudar a Husain a salir

del servicio, pero no veo motivo para que la señora Logan no siga enviando el dinero unos meses más.

—¡Debes saber por qué no es posible! —exclamó airadamente Fern—. ¡Es preciso que limpies tu nombre de este escándalo que corre por toda la ciudad!

—A su debido tiempo.

—¡No puedes elegir el momento para acallar el rumor que corre de boca en boca desde hace semanas! En ocasiones, los rumores, aun careciendo totalmente de verdad, pueden lograr su propósito. Me regañaste por decirle a papá lo que sospeché acerca de los Logan, ahora está comprobado que son tus enemigos y no haces nada por evitarlo.

—La información que le diste a sir Manfred fue precipitada y estaba fuera de lugar. Prefiero que los Logan caven sus propias tumbas y cuanto más profundas, mejor.

—Pero es una terrible calumnia decir que sedujiste a Vitora, daña tu reputación…

—Sería peor para mi orgullo si fuese cierto. Sé que no es así y, por el momento, es todo lo que importa. De todos modos, no comprendo por qué te indignas tanto. ¿Qué puede importarte que cubran de barro mi nombre?

—Me… importa mucho —repuso, y calló. Esperaba que Grant comprendiera su insinuación de que seguía amándole y que le era fiel. Al no recibir respuesta añadió tristemente—: ¡Me sorprende que no te interese la reacción de Rose de Mille quien, seguramente, está enterada de la calumnia y, por lo tanto, disgustada!

—Hasta cierto punto —repuso Grant, sonriendo—. Rose es una mujer mundana y realista. Si ha reaccionado de alguna forma a causa de mis ruines escarceos con Vitora, quizá le agrade mi despliegue de virilidad.

¡Como si no le hubiese proporcionado suficientes pruebas! ¿Para qué necesitaría más? Cansada de una discusión en la que no ganaría nada, Fern intento un último desafío.

—No le diré a Rhoda la mentira de que Vitora salió únicamente a pasear. Es mi mejor amiga, en realidad la única que tengo aquí, y no quiero engañarla.

—Dejarás que yo le diga lo que considero que debe saber por el momento… es una orden. ¿Comprendes?

Fern bajó del coche y se alejó, dejándole con la palabra en la boca y sin aclarar qué era lo que pensaba hacer.

Capítulo 9

ANTE el dilema de cuántas cosas podía revelarle a Rhoda sin desobedecer a Grant, Fern se limitó a afirmar que no cabía la menor duda de que Grant y Vitora no habían podido ser amantes porque no se conocían bien.

—Lo adiviné —murmuró Rhoda con aire satisfecho—. Eso significa que la chica mintió y sólo existe un motivo para que se atreviera a dar el nombre de Grant.

—Así parece.

—Está encubriendo a su amante, quienquiera que sea —dedujo Rhoda, acercándose a la verdad. Decidió abandonar el tema después de asegurar que no creía que Grant se fuese a molestar en negar el rumor sino que lo más seguro era que dejara que se apagara por sí solo.

¿Tendría razón Rhoda?, se preguntaba Fern a fines de semana, sabiendo que Grant no había tomado ninguna represalia contra los Logan. ¿Qué esperaba? ¿Quería que cavaran su tumba igual que cavaban la de ellos? Si esperaba para explicar la verdad hasta el momento de irse a Noruega, los Logan podrían alegar que había fracasado como director y que lo destituyeron del puesto por comportarse como un vividor. Todos creerían la palabra de aquellos infames.

Los planes de Fern cambiaban como una veleta al viento. Se dijo que tenía que esperar a ver qué pasaba… No, no podría soportar verle partir. Debía esperar un tiempo razonable para no defraudar a Rhoda, pero, ¿qué le impedía irse inmediatamente? Lo decidido un día, ya no tenía peso al día siguiente. Sólo una cosa tenía capital importancia. Antes de que ella o Grant se marchasen de Maracca, tenía que saber si Rose de Mille se iba a ir con él o le iba a seguir después. Era

imprescindible que lo supiera…

Excluyendo a Rose y a Grant, la única persona que podría suministrarle aquellos datos era Sophie Dean, la acompañante de Rose. Sus múltiples actividades la mantenían sumamente ocupada y sólo la localizaría a la hora en que iba a comer a la cafetería del Meurice. Ella y Fern se conocían únicamente de vista y sólo habían intercambiado unas cuantas palabras. Fern, sintiéndose como una espía, la siguió un día, a la hora de la comida, y se invitó a compartir la misma mesa de la otra.

—Por supuesto, siéntese —dijo Sophie y se puso a comer deprisa como si la estuviesen persiguiendo.

Fern comprendió que no tendría el tiempo suficiente para hablar de tan delicado tema. Tendría que darse por satisfecha si Sophie le informaba acerca de los futuros compromisos de la cantante. Después de un poco de charla trivial, decidió hacer la pregunta directamente.

—¿Adonde irán cuando terminen con el contrato de Maracca?

—¿Me pregunta acerca de mis planes? —inquirió Sophie a punto de engullir el flan.

—Quise decir usted y madame de Mille.

—No nos iremos juntas como siempre —comentó Sophie—. Me iré a casa para tomarme un largo y bien merecido descanso. Rose…

—¿Se separan…? —inquirió, sorprendida.

—La he acompañado durante siete años y estoy harta. No necesita una esclava, sino todo un séquito. No soporto más.

—Entonces, al terminar aquí, ¿se irá sola?

—Sí. Rose ha firmado un contrato para trabajar en Oslo durante la temporada de invierno. No le será difícil sustituirme porque sobran las aspirantes… —se tomó el café, y cogió su bolso—. Como de costumbre, tengo que irme corriendo. Hasta pronto… —le gritó a Fern, volviendo la cabeza antes de desaparecer.

Oslo… Noruega. Fern no había tenido que sonsacarle la información. Sophie se la había proporcionado sin imaginar que había dado una terrible noticia a Fern. Grant iría a Noruega y Rose de Mille, también. Fern se sintió vacía y no era porque tuviera hambre. Era el desolado vacío de la desesperación.

El esfuerzo de Fern para recabar la información había sido innecesario porque pronto se supo la noticia. El Meurice anunció el fin de su temporada en Maracca y ofrecía una cena y un baile de gala en honor de Rose de Mille.

Nadie sabía que Grant iba también a Noruega, así que no se habló sobre la coincidencia. Sin embargo, todos hacían conjeturas: se preguntaban si la relación Wilder y de Mille terminaría en matrimonio, a pesar del escándalo de Vitora Sulong; se preguntaban si Rose estaría dispuesta a olvidar el otro asunto y cancelaría su viaje a Oslo para aceptar a Grant. En vista de los problemas y disturbios surgidos en el campamento petrolífero, ¿cuánto tiempo podría Grant mantenerse en su puesto como director? Seguramente la compañía Opal le reemplazaría pronto, a no ser que tuviese una influencia desconocida sobre sir Manfred.

¡Cómo debían estar disfrutando los Logan con aquella perspectiva!, pensaba Fern, sintiéndose frustrada por la constante indiferencia de Grant frente a la explosiva situación.

Cuando el Meurice confirmó la fecha de la noche de gala, recordó la primera a la que había asistido acompañada de Grant, después de devolverle el anillo que él había dejado caer dentro de un cajón. También recordó que, más tarde, Grant se había burlado de ella insinuando que había intentado seducirle. Grant había sido su acompañante en muchas fiestas; luego lo había sido Ben, pero ya no existía ningún otro con quien estuviera dispuesta a aceptar asistir a aquella noche de gala. Más que nada, no quería ir porque era en honor de Rose. Nunca hubiera imaginado que Grant la llamaría para invitarla.

—Debes estar bromeando —respondió—. No pienso asistir.

—¿Por qué no? ¿No has leído la publicidad? Será un «Acontecimiento que nadie debe perderse» —citó Grant.

—Un acontecimiento en honor de Rose de Mille y, ¡crees que debo participar! —replicó.

—¿No me digas que la horrible sombra de los celos se asoma? ¡Deberías avergonzarte! Conoces a Rose tan bien como yo y sabes que es una mujer bella, inteligente y triunfadora. No puedes soportarlo, ¿verdad? ¡No eres lo bastante generosa para despedirla como se merece!

—¡Quizá no sea tan generosa como a ti te gustaría, porque no puedo ver como una coincidencia que el destino os envíe al mismo sitio!

—Lo lamento, pero no deja de ser una coincidencia —repuso él con indiferencia, después de guardar un momento de silencio—. Rose firma los contratos con su agente, pero a mí, la compañía Opal no me consultó antes de ofrecerme un puesto en Noruega.

—¡No deja de ser desagradable!

—Entonces, podría ser una agradable despedida para todos —

asintió.

—¡Estoy impaciente! —exclamó con sarcasmo.

—Pues, adelante, acompáñame a presenciar la noche de Rose en todo su glorioso esplendor. ¿Aceptas?

—¿Para ser la manzana de la discordia entre vosotros?

—No será nada semejante. Rose será la estrella de la noche y toda la gente importante la estará agasajando, los demás seremos espectadores. Está decidido, gracias —murmuró como si nunca hubiera dudado de que Fern aceptaría.

Fern eligió un sencillo vestido negro, para que Grant no pensara que quería sobrepasar a Rose en elegancia y sofisticación. Sabía que nunca podría hacerlo. Al vestirse, se preguntó cuándo le pediría Grant que le concediese la libertad de deshacer aquel falso matrimonio suyo. ¡Quizá lo hiciera aquella misma noche!

La publicidad del hotel había tenido mucho éxito. El vestíbulo estaba atestado, los bares, imposibles, el comedor centelleaba como la cueva de un mago y Rose recibía a los que llegaban como si fuese una anfitriona y los demás sus invitados. La sentaron entre el alcalde y su ayudante, alejada de la multitud, como si perteneciese a la realeza. Después de la cena no bailó cuando algunos lo hicieron y sólo una vez le pidieron que cantara. Eligió una serie de canciones campesinas de Auvernia, recibió el largo aplauso con una inclinación de cabeza y desapareció poco después de la medianoche. Rose era experta en lidiar con su público y, quizá, también con sus admiradores. Daba apenas lo suficiente para mantenerlos ávidos. Fern tenía celos de ella, aunque tuvo que admitir que su comportamiento antes de irse de Maracca fue admirable. La desaparición de la diva marcó la pauta para los demás. Fern le dijo a Grant que iba a buscar su estola.

—Todavía no vas a irte, quiero que subas conmigo a mi apartamento.

—¿Para qué? —preguntó. ¿Habría acertado en sus sospechas y Grant le iba a pedir el divorcio para casarse con Rose?

—Porque quiero yo.

—Ése no es motivo.

—Es un sustituto adecuado. Vamos.

Grant abrió la puerta de su apartamento y entraron en la sala, que estaba a oscuras. Cuando Grant encendió la luz vieron que alguien estaba sentado junto a la ventana.

—¡Papá! —gritó Fern y corrió hacia los brazos abiertos de sir

Manfred, pero se volvió para acusar a Grant—. ¡Lo sabías y no me lo dijiste! ¿Cuándo llegaste? —le preguntó a su padre.

—¡No sabes la alegría que me da verte! —le dijo él con voz emocionada, acariciándole el pelo—. Llegué en el avión procedente de Durban. Grant me ha mantenido encerrado porque no quería que te perdieras la cena de gala.

—¡Más bien quieres decir que él no se la quería perder!

—Es lo mismo —intervino Grant—. No quise quedarme sin compañera para la cena, en el último momento… —sonó el teléfono—. Perdón. Sí… no… no es molestia alguna. En realidad, en este momento creo que estoy de más. Te lo explicaré cuando nos veamos. No tardo —colgó el auricular.

—Era Rose de Mille —aseguró Fern sin molestarse en preguntar.

—En efecto.

—¿A esta hora? ¡Podía haber hablado contigo en cualquier momento durante la cena!

—Nos acompañará Sophie, aunque está dormida en su cama —replicó él sin inmutarse—. Vuelvo enseguida —le dijo a sir Manfred antes de salir.

—Está enamorado de ella. Siempre me utiliza como lo ha hecho esta noche. Ya ves que ha admitido que se trataba de Rose. Ella no tiene más que llamarle para que él corra a su lado…

—También he oído tu ridículo y celoso comentario. Poco ha faltado para que dijeras «esa mujer» —murmuró sir Manfred.

—No estoy celosa. Todo se ha acabado entre nosotros, pero sí me molesta que Grant espere que me muestre complaciente en ese asunto. No le importa que yo sepa que la ve a menudo y que la considera algo excepcional. Se pavonea con ella delante de mí. ¿Sabes que, casualmente, Rose ha firmado un contrato en Oslo? Te apuesto cualquier cosa a que le ha llamado para planear el viaje juntos.

—Perdóname, pero estoy en desacuerdo contigo. Grant tiene demasiados problemas que resolver aquí antes de irse. Deberías saberlo.

—Sí, losé. En realidad, no creo que Grant sea capaz de insultarme haciendo el viaje con ella —con un movimiento cansado se apartó el pelo de la frente—. ¿Por eso has venido? ¿Para solucionarle los problemas?

—No, quiero ser testigo de cómo los resuelve solo.

—¿Te has enterado de las mentiras que urdió Freda Logan para acusarle de seducir a una de las chicas de las oficinas?

—Estoy al tanto.

—Se enfadó conmigo porque te dije en mi carta que los Logan eran sus enemigos.

—Tuvo razón porque el rumor no tenía fundamento.

—¡Ya lo tiene y no ha hecho nada para aclararlo!

—A partir de hoy, lo hará. ¿No te ha contado que, aunque logró eximir al joven esposo del servicio en el monasterio, su esposa no aceptó el trámite?

—Sólo me dice lo que le parece —murmuró Fern.

—La chica le dijo a Grant que su esposo debe cumplir con su servicio a Buda, impulsada por la fe o, quizá, porque sabe que tan pronto se sepa la verdad de su matrimonio, los Logan dejarán de enviarle dinero. Grant no sabe cuál es el verdadero motivo —sir Manfred se echó a reír y Fern le imitó.

—Grant no quería que Freda se librara de ese compromiso demasiado pronto —comentó Fern.

—La chica tendrá que conformarse con salvar su reputación porque dejará de recibir dinero en cuanto se le insinúe a Austin Logan que renuncie. Los Logan no tardarán en marcharse de la isla.

—¿Antes que Grant?

—Antes de que los demás se enteren de que le hemos ofrecido un puesto a Grant en la instalación de Noruega. Nadie debe saberlo mientras Grant siga todavía aquí.

—¿A qué se debe?

—Grant considera que la mejor forma de arreglar los problemas causados por los Logan es trabajar duro para que los hombres recobren la confianza y la seguridad. Estoy dispuesto a que así se haga antes de que acepten al nuevo director.

—¡Se irá a Noruega sin terminar lo que ha empezado aquí!

—Desgraciadamente, así tiene que ser. El proyecto en Noruega es nuevo y va de acuerdo con sus capacidades y con su experiencia, tuvimos que ofrecérselo. Me atrevo a decir que los asuntos personales influyeron en su decisión.

—¡No tienes que decirlo con medias palabras, papá! —exclamó Fern amargamente—. Yo soy uno de los asuntos personales que Grant tiene que solucionar antes de irse, ¿no?

—Si nada ha cambiado entre vosotros desde la última vez que te vi, no le dejas elegir otra cosa.

—Ahora me juzgas, ¡tal como lo hiciste cuando permitiste que Grant

te convenciera de abandonarme aquí! Los dos creísteis que no sirvo para nada y que al tener que depender de él, cedería. Pero conseguí un empleo y tienes razón al decir que nada ha cambiado entre nosotros. Estamos igual que cuando me engañaste para traerme aquí y él negó públicamente nuestro matrimonio.

—Sin embargo, sobreviviste a la adversidad y te quedaste en Maracca —recalcó sir Manfred—. Grant se ha visto envuelto en dos escándalos, uno con Rose de Mille y otro con la chica budista. Aunque no sabías la verdad de todo ello, has sido muy valiente al no volverte en avión a Inglaterra. ¿Por qué no lo hiciste?

—Me gusta la isla.

—¿Qué pasará cuando Grant se vaya?

Fern no contestó inmediatamente y pensó en Maracca sin Grant; era una perspectiva en la cual era mejor no pensar.

—Supongo que tendré que volver a casa cuando tú lo hagas. Tendré que avisar a Rhoda Camell.

—Sabes que me encantará tenerte a mi lado, cariño —le aseguró su padre—. ¿No existe posibilidad de que cambies de opinión con respecto a Noruega?

—¿Cambiar de opinión? No se me ha consultado, sólo me ha dicho que le habían ofrecido el puesto —explotó.

—Evidentemente Grant no quiso desperdiciar palabras para pedirte que le acompañaras. Debes saber, hija querida, que existe un límite en la humillación que un hombre está dispuesto a soportar.

—¿No te parece que también me han humillado a mí?

—Salta a la vista que ya ha sido suficiente para los dos y que existe un estancamiento. Tal como dijiste, estamos como al principio. ¿No esperarás que Grant te lleve a casa?

Fern se dirigió hacia la puerta.

—Al volver de… ¿tú qué crees? —dijo ella en tono burlón.

—Anda, llámala «esa mujer», ¡quizá te ayude!

—No ayudará. ¿En dónde te quedas, papá?

—Aquí, en el hotel, hasta que el yate vuelva de Inglaterra a buscarme, a buscarnos si quieres. Vamos, te llevaré en taxi.

—Gracias… y así quiero que sea —mintió y, en un gesto nervioso, se mordió el labio.

—Tú decides, cariño —Fern se tuvo lástima e ilógicamente quiso creer que su padre siempre estaba del lado de Grant y no del de ella.

Con su diplomacia y su experiencia, Grant consiguió resolver los problemas que habían dejado los Logan al irse. Por más que le tuviese rencor, Fern tuvo que admirar la dedicación que había demostrado en la tarea, a pesar de que no se iba a quedar para presenciar el resultado final. Así era Grant, ella lo sabía, concienzudo en todo, incluso en rechazarla.

Se guardó el secreto de su traslado a Noruega y Fern no tenía indicios de las intenciones que podría tener en cuanto a Rose, que se marchó un día antes de que atracara el Calypso y de que su padre se instalara en su camarote. Al ir a verle allí, Fern se sintió desgarrada entre considerar el yate como un refugio o como una celda. Desde la llegada de sir Manfred, no había habido ningún contratiempo entre ella y Grant, aunque él la llamó, al día siguiente de la llegada de sir Manfred, para preguntarle por qué no le había esperado para que la llevara a la guardería.

—¿Cómo iba a saber que no ibas a pasar toda la noche con Rose? —inquirió sarcásticamente y no se inmutó al oírle reír.

—¿Vigilado por Sophie en la habitación contigua? De haber querido pasar toda la noche con Rose, habría elegido otro sitio más íntimo. Además, debes recordar que la que me invitó fue ella.

—¿Qué quería?

—Que la felicitara por el éxito de la velada. Como todos los artistas, vive del aplauso. Además, al irme te di la oportunidad para hablar a solas con tu padre.

—Muchas gracias.

—¿Le informaste acerca de los nulos progresos en nuestras delicadas y extrañas negociaciones antes de huir al gallinero y ponerme en mi lugar?

—No quise darte el gusto de que me llevaras a la guardería en el momento en que decidieses dejar a… tu amiga.

—Apuesto a que estuviste dudando entre darme un plantón o esperarme para echarme un sermón.

Fern se sentía como suspendida en el vacío. Trabajaba en la guardería como de costumbre, veía a su padre casi todos los días y evitaba a Grant. Esperaba que llegase el día en que todo terminara, cuando Maracca y su magia se convirtieran en un episodio del pasado y cuando Grant ya no existiera en su futuro.

Le dijo a Rhoda que se marcharía en el Calypso con sir Manfred y le

agradeció que no se lo reprochara.

—Me siento halagada de que te quedaras cuando Ben Croftus se fue a Brasil —comentó Rhoda—. Desde luego, sabía que esto no sería definitivo para ti, aunque admito que hemos trabajado bien juntas.

—Gracias por tu ayuda y tus enseñanzas —le aseguró Fern con voz emocionada.

—No olvides nada de lo que has aprendido para cuando tengas hijos —le aconsejó Rhoda—. Creo que Mahe volverá a ocupar el puesto que dejas. Hay competencia en esa familia. La cuñada, Vitora, pronto dará a luz y Mahe todavía no se ha quedado embarazada. Sí, creo que si se lo pido, Mahe volverá.

Fern intuía que su padre estaba ya dispuesto a zarpar. Una tarde, cuando fue a visitarle, le encontró dándole instrucciones al camarero para que hiciera su maleta. De pronto sonó el teléfono y le explicaron algo: le hizo una seña a Fern mientras escuchaba.

—Me han llamado de Inglaterra, mejor dicho de Escocia. Una de nuestras instalaciones de la costa Oeste ha quedado a la deriva y amenaza con hundirse. La comunicación ha sido defectuosa y varios detalles no están muy claros. Tendré que irme inmediatamente. Cogeré el vuelo de esta noche a Durban y allí haré trasbordo.

—¡Qué terrible, papá! —exclamó Fern, sabiendo que otros consorcios petrolíferos habían sufrido ese tipo de percances y que era la primera vez para la compañía Opal—. Iré contigo. Si no hay tiempo para que recoja mis cosas, iré así como estoy.

—No tenemos tiempo y no vendrás conmigo —dijo sir Manfred con firmeza—. Voy derecho a la instalación y en nada podrás ayudarme. No, cariño, por el momento te quedarás aquí para ayudarme. Ayer, Grant tuvo que volar al continente y vuelve esta noche. Le dejaré un recado, pero quiero que le busques y que le transmitas cualquier noticia que llegue esta noche. ¿Lo harás?

—Sí. Llamaré al aeropuerto para saber a qué hora…

El teléfono volvió a sonar otra vez.

—¿Diga? —contestó nerviosamente sir Manfred y luego preguntó—: ¿Dos? —escuchó y colgó—. Se teme por la vida de dos hombres y uno de ellos está casado.

Sir Manfred cerró la maleta y le pidió al camarero que se asegurara de que el taxi le estuviese esperando. Fern le acompañó al muelle.

—Dile a Grant lo que sabes y recurre a él si necesitas algo —le dijo a la joven, dándole un beso en la frente.

Fern volvió a bordo del Calypso y se tomó ávidamente el té que le sirvió el camarero, como si fuese una droga de la que tuviese necesidad. La noticia le retumbaba en la mente: *Se teme por la vida de dos hombres, uno de ellos está casado…* A diario se escuchaba la brevedad impersonal de las agencias de noticias. Dos vidas y en el trasfondo una esposa. El paralelismo la dejó sin aliento.

Algún día quizá recibiría la misma lacónica noticia con respecto a Grant. Grant en peligro, Grant desaparecido en un accidente de igual magnitud y ella no estaría a su lado por estar divorciada y alejada para siempre, porque no había querido olvidar su tonto orgullo que le había impedido mantener un matrimonio que no se merecía.

El reproche que se hizo le resultó doloroso porque era demasiado tarde. Grant estaba comprometido con Rose, y por eso que no le había pedido que le acompañara a Noruega. Sin embargo, seguía siendo su esposa. Si quedaba en él algún vestigio de piedad o de amor por ella, ¿la escucharía si le decía cuan equivocada había estado y lo criminalmente despreocupada que había sido para llegar a irse de su lado, cuando en realidad lo único que ansiaba era volver junto a él?

Agonizando por sus erráticos pensamientos permaneció, bastante tiempo, en el camarote de su padre, sentada junto a la ventana. Por fin se levantó para llamar a Rhoda, notificarle lo sucedido y avisarle de que era posible que llegara tarde si el avión de Grant se retrasaba. Llamó al aeropuerto en donde le informaron que el vuelo había aterrizado temprano y que todos los pasajeros habían salido. Aseguraron que *sahib* Wilder había sido uno de ellos y que había recogido su coche del estacionamiento. Era una suerte que conociesen a casi todos los viajeros locales en aquel pequeño aeropuerto y Fern se tranquilizó al saber que Grant había llegado.

Le dio tiempo de llegar al club, pero le informaron que no se había presentado. Luego llamó a su apartamento del Meurice. Su teléfono no respondió, ni acudió cuando le llamaron en el vestíbulo, los bares y el restaurante.

Perdió la paciencia al fracasar en todos sus intentos. Llamó a Christopher, el chófer de su padre y le esperó en el muelle.

Primero, fueron al Meurice por ser lo más cercano. Había pensado que dejaría una nota antes de dirigirse al club. Cuando Christopher estaba ya a mitad de camino de la ciudad, a Fern se le ocurrió que quizá estaría en el Calypso, ya que era lógico que informara a su jefe de sus logros en el continente. Le ordenó a Christopher que regresara al muelle

y, en efecto, allí estaba el coche de Grant. Con el alma pendiente de un hilo, echó a correr por la pasarela.

—El señor Wilder pidió que le permitiésemos la entrada al camarote de sir Manfred. La espera allí —le anunció el camarero de cubierta.

—Grant, ¿recibiste el mensaje de papá? —le preguntó casi sin aliento cuando le vio sentado frente al escritorio de su padre.

—¿En lo tocante a la instalación en Escocia? Sí. Me dijo que estarías aquí y que quizá tendrías más noticias para mí.

—No hay nada nuevo. No has venido directamente del aeropuerto porque nos habríamos encontrado. He ido a buscarte a tu apartamento y al Corsair.

—Fui a casa a recoger algo y salí de inmediato, por eso no me has encontrado.

—Comprendo —repuso, sintiéndose torpe por no saber cómo decirle lo que había planeado y sin saber lo que resultaría—. ¿Te dijo papá que ha habido víctimas? —preguntó—. Hasta ahora han perdido dos vidas y eso me ha hecho pensar… —le era difícil proseguir.

—¿Pensar en qué?

—Bueno, que lo mismo podría ocurrir en cualquier instalación marítima, sin previo aviso…

—No sería la primera vez, ni la última, y con un resultado más catastrófico que la pérdida de dos vidas.

—Eran dos seres humanos, dos personas y alguien estará sufriendo por su pérdida. Cuando imaginé que algún día podrías ser tú, no pude soportarlo. No quise acompañarte al Golfo Pérsico y no habría venido a Maracca de haber sabido que estabas aquí. Incluso estaba dispuesta a negarme a acompañarte a Noruega… —tuvo que llevarse los nudillos a la boca para evitar que le temblara—. En caso de que me lo hubieses pedido —se llevó la mano a los ojos.

—Y no lo hice —dijo Grant, tirando de ella para que se sentara a su lado.

—Ahora es demasiado tarde. Sólo quise que… lo supieras.

—¿Qué, que me acompañarías a Noruega si te lo pidiese?

—Ay, Grant, no titubearía. Admito que he sido una tonta de remate. Ahora existe Rose.

—Olvídala. Forma parte de otro asunto y no nos afecta en nada. Escucha, tontina. ¿Si te dijera que de querer irte a Noruega, tendrías que ir sola? —parecía disfrutar con el azoro de Fern—. No pienso ir y jamás lo tomé en cuenta —Fern tardó bastante tiempo en captar la

noticia.

—¿Quieres decir que papá y tú me mentisteis? ¿Por qué?

—Por un fin justo, al menos así lo pensamos. ¿Conoces la frase que dice que el fin justifica los medios? Decidimos intentar otra estrategia que podría dar resultado.

—¿Me pusisteis a prueba?

—Cuando tu padre se fue en el Calypso creímos que, tarde o temprano, decidirías acompañarme.

—Me pusiste las cosas muy difíciles. ¡No quisiste que se supiera que estábamos casados!

—No me quedó más remedio, ya que mi esposa no quería vivir a mi lado. Intenté otra táctica, te mantuve en la incertidumbre con respecto a Rose…

—¡Sigo sin saber nada!

—Sólo fomentaba tus celos. No fue difícil alabar a Rose. Es una mujer hermosa, inteligente, dedicada a su trabajo, desenvuelta… y casada.

—¿Casada?

—Con un parapléjico crónico que tiene que estar en una silla de ruedas de por vida y por el cual tiene la misma dedicación que la que le tiene por su trabajo. Viven en París cuando ella no está de gira, y en estos momentos está a su lado, antes de irse a Oslo. Las pocas semanas que pasan juntos significan mucho para ambos. Además, guarda el secreto celosamente tanto de su matrimonio como de que su marido depende económicamente de ella.

—Pues estar casada no le impidió pedirte muchas cosas —protestó.

—Yo le pedí que lo hiciera para así conseguir mi propósito —concedió Grant—. Pero aunque ella colecciona homenajes masculinos, igual que el polen atrae a las mariposas en agosto, delimita una precisa frontera en las relaciones íntimas. A nadie le ha permitido acercarse demasiado.

—¿Ni siquiera a ti?

—Jamás me sentí tentado a explorar el otro lado de la frontera —dijo, sonriendo con tristeza—. Tenía otro asunto en mente y hacía mis cálculos. Los celos que tenías de Rose y mi falsa aceptación a ir a Noruega acabarían por vencer tu testarudo orgullo.

—Me hiciste sufrir a causa de Rose y, si fui tan testaruda como dices —replicó con gesto ofendida—, debo decirte que lo aprendí de ti.

—No fue tu orgullo lo que me molestó. Sólo esperaba que, al

casarnos «para bien o para mal», viviríamos, nos amaríamos y trabajaríamos juntos. Tenías que haberme acompañado a cualquier sitio al que me enviaran porque te lo pedí y te necesitaba. No te pedí que me acompañaras a Noruega porque el plan era que tú me lo pidieras. Habíamos fijado la fecha de mi partida de manera que te vieses obligada a ceder o rechazar de una vez por todas —suspiró—. Lástima que nos tomáramos tantas molestias, porque lo decidiste independientemente del plan.

—En realidad fue la noticia de la muerte de esos dos hombres la que me conmovió. De no haber sucedido esa desgracia, quizá te había perdido a causa de mi orgullo. ¿No lo comprendes? Jamás olvidaré que el precio de esas dos vidas pudo reconciliarnos.

—Tendrás que olvidarlo, amor mío —dijo, acercándose y apartándole el pelo de la frente—. De no haber estado decidida a volver a mi lado, la muerte de esos dos hombres no te habría impresionado tanto. Habrías sentido lástima, nada más. Tal como estaban las cosas, temiste por mi vida y… —el teléfono les interrumpió. Con el auricular en el oído, Grant le dijo—: Es Escocia, nos pasarán más información —a partir de aquel momento, Fern sólo oyó la voz de Grant—. No. Salió de Maracca en el vuelo nocturno. Soy su yerno, Wilder, de la compañía Opal de Maracca y mi esposa está a mi lado —al colgar el aparato de dijo—: Esperan salvar la instalación y los dos hombres han aparecido con vida. Parece que contaron mal. Los hombres se habían dado de baja por enfermedad y no habían subido a la plataforma.

—Ay, Grant, ¿es cierto? —preguntó, sintiendo alivio y, sin pensarlo, le abrazó—. No sabes lo que ha significado para mí oír que me llamabas tu esposa —murmuró.

—¿Qué ha significado?

—Me he estremecido de placer.

—¿Sólo te has estremecido, no puedes hacer algo más? —le dijo, levantándole la barbilla con un dedo—. Te das cuenta, señora, que no podemos presentarnos de pronto como esposos sin el protocolo de un corto compromiso y, por supuesto, una ceremonia religiosa.

—¡Sería escandaloso! ¿Cómo vamos a casarnos otra vez? No sería legal volvernos a casar sin habernos divorciado.

—No te preocupes, mi querida «ni doncella, ni esposa». Ya se han hecho los arreglos.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo sabías que estaba dispuesta a rogarte que me volvieras a aceptar?

—Tenía los dedos cruzados. Tu padre dijo que, si me hubieras dejado de amar, habrías vuelto a Inglaterra hace tiempo. Teníamos el plan adecuado en caso de que aceptaras el ultimátum de ir a Noruega o…

—Claro, todo era un ardid, ya que nunca habías aceptado el puesto en Noruega.

—Exacto. Puesto que no podemos vivir aquí sin que se sepa que estamos casados, debemos desaparecer durante una temporada para que nuestro idilio y nuestro matrimonio sea verosímil cuando volvamos.

—¿Vamos a volver a la isla?

—Por supuesto. La oferta de ir a Noruega es tentadora, pero estoy tan interesado en ésto que jamás la he tenido en cuenta.

—¡La has utilizado como una palanca en contra mía! ¿Adonde vamos a ir?

—A Inglaterra, como es lógico. La gente ya sabe que piensas ir a casa y a mí me corresponden unas vacaciones. Dentro de unos dos meses, nuestro amor habrá vuelto a florecer, nuestro matrimonio en Inglaterra será cuestión del pasado y nuestra vida aquí, será el futuro —el dedo de Grant se deslizó de la sien a la barbilla y de allí a la mejilla, como si estuviese memorizando las facciones de Fern—. ¿Estás de acuerdo, querida?

—Sí, sí. ¿Cuándo nos iremos?

—Teníamos planeado que, si todo resultaba bien, los tres volveríamos en el yate, ahora tendremos que esperar instrucciones del jefe.

—¿No se lo podemos decir mañana, cuando llegue a su destino? Además, hay otra cosa…

—Dime.

—¡Le diré la verdad a Rhoda cuando volvamos! Es reservada y discreta y guardará el secreto como una tumba. No pensará en ello y no lo recordará en cuanto pase un poco de tiempo. Ha sido tan buena amiga que no podría engañarla. Por favor.

—Lo sé, tiene la reputación de ser una almeja cerrada. Hazlo si crees que es indispensable.

—Y, si a nuestra vuelta cuento con tiempo, ¿podré ayudarla con los niños?

—¡Mira qué sumisa y obediente me ha resultado! —dijo Grant, en tono burlón—. ¿Podré, podremos? Si sigues así no te voy a conocer, porque no será Fern la que habla. ¿Cuánto tiempo libre crees que te

quedará al convertirte en mi ama de casa, mi anfitriona, mi compañera de juego y la única mujer de mi corazón?

—Tendré tiempo libre cuando estés trabajando.

—Bueno, siempre y cuando yo ocupe el primer lugar —repuso, sonriendo y luego añadió—: Fern, querida, hemos esperado tanto tiempo. ¿Es necesario que desperdiciemos más tiempo? ¿Sabes lo que quiero?

Fern lo sabía. El contacto de aquel cuerpo masculino, las manos acariciadoras, el deseo que veía en sus ojos se lo decían sin necesidad de palabras. Ella quería lo mismo. Todos sus deseos carnales, reprimidos durante años, se acumularon de pronto y se sintió una mujer deseosa de su compañero.

Se lo hizo saber con besos y caricias. La timidez virginal ya no existía porque recordaba el cuerpo masculino y comprendía que a él le pasaba lo mismo. No se resistió cuando Grant la llevó a la cama y se sentó a su lado para redescubrir las curvas de sus hombros y de sus senos. Con manos hábiles la desvistió. El resto fue inevitable. La necesidad que ambos tenían sólo pudo calmarse con la expresión física de su matrimonio. La sensualidad surgió como una ola que los cubrió inexorablemente hasta que el deseo llegó a su culminación.

Permanecieron acostados, sintiéndose gratamente satisfechos. Con las manos entrelazadas hablaron de nimiedades. Poco a poco y a regañadientes volvieron a la realidad.

—Cenaremos aquí y luego volveremos al anexo de la guardería. Rhoda se alegrará de saber la buena noticia con gusto —murmuró Grant.

—Sí —repuso Fern mientras veía que él sacaba algo del bolsillo de su camisa y le cogía la mano izquierda.

—Te adoro con toda mi alma… —susurró Grant.

Fern bajó la vista hacia el anillo de matrimonio, que volvía a estar en su sitio.

—¡Grant, lo has traído! ¿Cómo adivinaste que iba a ceder?

—Fui a buscarlo antes de venir aquí. No lo sabía, pero tenía la esperanza.

Fin

Biografía

Eileen Norah Owbridge nació el 8 de septiembre de 1903, vivió en Preston, Sussex, Inglaterra, y falleció el 4 de febrero de 1994.

Ella escribió bajo el seudónimo de Jane Arbor más de 55 novelas románticas de Mills & Boon entre 1948 y 1985. Ella comenzó a escribir romances de médicos y enfermeras, más tarde, centró su escritura en romances ambientados en lugares exóticos como la Europa continental, el Caribe, Marruecos…